

Allí donde vuelvo a buscarte

Un encuentro que marcará la diferencia

Artemisa

Índice.

Introducción. *Bip, bip, bip…*

1. *La magia de la noche.*
2. *La deuda***.**
3. *La fiesta***.**
4. *La mafia***.**
5. *La taberna de Bell***.**
6. *Cambio de juego.*
7. *Sin control.*

BIP, BIP, BIP…

El despertador de mi mesita de noche suena enloquecido. Son algo más de las ocho y aunque no tengo ganas de levantarme, el me avisa de que llego el momento. La noche, algo inquieta, me ha dejado la resaca del duermevela y la sensación de añoranza aún se apoya sobre mis hombros. Realmente no quiero despertar.

"Aún sigo buscándote en mi cama, pero un día más no estás en ella."

Ese pensamiento me golpea cada mañana desde hace mas un año. Te busco en la oscuridad, entre las sábanas frías, y me encuentro sola. El tormento no descansa; sigue ahí, mordiendo despacio, recordándome que nada ha cambiado.

Me repito que estoy perdida, que no sé cómo seguir, pero mi cabeza, testaruda, se aferra a ti una y otra vez. Y aquí me quedo: atrapada en esta obsesión.

Lo sé: esto no es más que el comienzo de mi historia. Una vida que late entre dudas e incertidumbres, entre sentimientos que me quiebran por dentro, y un amor imposible que no se apaga.

Lo único cierto es que la sombra de lo ocurrido no me suelta… cada día despierto con la tristeza de llevarla a mi lado.

Y sigo sin saber si para bien o para mal… pero aquel día mi vida cambió por completo…

CAPÍTULO I. LA MAGIA DE LA NOCHE.

La magia de la noche deslumbraba la ciudad, y las luces del nuevo club se encendían por primera vez, tiñendo el cielo con destellos dorados. Era la cita de la temporada, el acontecimiento del que todo el mundo hablaba. Llevábamos semanas oyendo rumores sobre su inauguración: la gran fiesta que reuniría a las celebridades más influyentes, empresarios, artistas y políticos en un mismo lugar. Un evento inédito, reservado solo para unos pocos.

Nosotras, por supuesto, teníamos que estar allí. No podíamos dejar pasar una ocasión de ese calibre. Aquella noche representaba algo más que una simple salida: era la oportunidad de cruzar una frontera invisible, de entrar —aunque fuera solo por unas horas— en ese mundo brillante que siempre parecía al alcance, pero que nunca al nuestro. Y estábamos dispuestas a hacer lo que fuera necesario para lograrlo.

En la oficina nadie hablaba de otra cosa. Las chicas andaban inquietas, tachando los días en el calendario mientras planeaban cada detalle. Maya y Rosa, las más atrevidas del grupo, lo tenían todo previsto: desde el transporte hasta el tipo de cóctel que pediríamos en la barra. Decían que sería la mejor noche de nuestras vidas, y yo quería creerlo.

Evidentemente, Paula, Julia y yo nos sumamos sin dudar. Aquella noche prometía más que diversión: era una promesa de cambio, de sentirse parte de algo más grande. Y aunque intentábamos disimular los nervios bajo capas de maquillaje y risas, en el fondo sabíamos que lo que estaba por venir no sería una fiesta cualquiera.

Porque a veces, una noche basta para que todo cambie.

Los días previos al gran evento pasaron volando. Apenas habíamos terminado de organizar los últimos detalles durante un desayuno en la oficina, cuando ya estábamos corriendo de un lado a otro, intentando ganar tiempo para prepararnos para la tan esperada "Crazy Girls Night".

Nada se había dejado al azar. Cada una de nosotras había planeado hasta el más mínimo detalle: el maquillaje, el peinado, los accesorios… Todo debía salir perfecto. Aquella noche no era una más; era la noche. Y no íbamos a permitir que nada la arruinara.

Yo, en particular, había hecho de mis preparativos un ritual. Busqué durante días el atuendo ideal hasta dar con ese vestido: el más sensual que había visto jamás, una prenda que parecía hecha a mi medida. No era solo ropa; era una declaración de intenciones.

Lo acompañé con unos tacones imposibles —de esos que desafían las leyes de la gravedad y el sentido común—, pero que prometían convertirme, aunque fuera por unas horas, en la protagonista de la noche.

Mientras me miraba por última vez al espejo, comprendí que no se trataba solo de verse bien. Era una forma de reafirmarme, de recordar quién era y lo lejos que estaba dispuesta a llegar. Esa noche, el éxito empezaba por la imagen… pero lo que buscaba iba mucho más allá del reflejo.

Y así fue como salí a la calle aquel viernes por la noche. El aire olía a promesa y a peligro.

Iba dispuesta a vivir la mejor fiesta de los últimos tiempos… sin imaginar que, entre luces y música, algo inesperado estaba a punto de cambiarlo todo.

El viernes llegó casi sin sentirlo. La rapidez de los días, metidos en la vorágine de la semana, nos llevó sin darnos cuenta al momento esperado. Allí estábamos las cinco, a las puertas del "Inferno", minutos antes de la medianoche, dispuestas a entregarlo todo por una noche tan especial como esa.

La expectación que había generado aquel evento era descomunal. Toda la ciudad llevaba días hablando de la gran inauguración del icónico local. Pero lo cierto era que, para mí, la noche se sentía diferente. Una extraña sensación me invadía desde el comienzo, y no me abandonaba.

Tal vez fuese porque el lugar era nuevo, o quizás porque yo me sentía distinta. Aun así, todos mis amigos estaban allí, y no iba a permitir que una sensación arruinara un día como ese.

"Solo estoy nerviosa", pensé. Nada podía anunciarme lo que estaba a punto de ocurrir.

Mucho alcohol, música a todo volumen, luces enloquecidas y una enorme pista para bailar – eso fue lo que encontré nada mas entrar – Todo en aquel lugar invitaba a disfrutar. Y lo mejor: los hombres más guapos de la ciudad desfilaban por la puerta del club como si fuera una pasarela. Muchos de ellos acompañados de modelos, otros simplemente solos, como auténticas estrellas de Hollywood. Vamos, lo normal de cualquier fin de semana. No podía creerlo.

Desinhibida y eufórica, disfrutaba junto a mis amigas de la diversión que nos regalaban el alcohol y los ritmos que hacían vibrar el ambiente. Los sonidos nos impulsaban a movernos, exagerando cada gesto en una danza hipnotizante.

Algunos valientes se acercaban, convencidos de que su presencia sería bienvenida. Pero nosotras estábamos allí para pasarlo bien, sin más. Nuestro único objetivo era disfrutar hasta el amanecer. Ninguna pensaba en irse. ¡Nadie quería regresar!

Ante nuestras negativas, muchos se marchaban. Otros, más insistentes, decidían probar suerte un poco más, esperando que alguna acabara rindiéndose.

El cansancio podía hacer mella y, quizá, alguna optaría por buscar a un apuesto caballero que, como buen Casanova, la acompañara a casa. Un comportamiento algo obsoleto, que a mí personalmente me resultaba ridículo.

Caballeros de armaduras relucientes que se batían en duelo por ser elegidos por la dama en apuros. Una alegoría de los tiempos medievales, de gusto añejo, aunque —¿quién era yo para juzgar?— hay gustos para todo. Seguramente a más de una de aquellas "damiselas" les resultaba atractivo, incluso seductor, ese tipo de héroe.

Pese a algún contratiempo con ciertas compañías, la noche seguía siendo increíble. El lugar parecía irreal, como una réplica moderna de los antiguos clubs

de otra época: un espectáculo de buen gusto y elegancia adaptado a nuestros tiempos.

Toda una fantasía para los amantes de la fiesta. Sin duda, uno de los mejores locales de la ciudad, convertido en una sola noche en el epicentro de la vida nocturna.

Y todos los personajes más conocidos querían pasar al menos una noche allí, culminando así sus apretadas agendas sociales.

Todo era una experiencia para los sentidos. Una noche fantástica... hasta que todo tomó un cariz diferente.

En un momento concreto, las puertas del club se abrieron de par en par. Como una aparición estelar, un extraño grupo de personas entró envuelto en un halo de misterio y expectación que llenó por completo la inmensa sala.

Había entrado y salido mucha gente durante la noche, pero ninguna con aquella presencia. En esta ocasión, fue diferente. Esa entrada despertó en mí una curiosidad intensa, una mezcla de atracción y desconcierto. Sin embargo, el resto del público parecía no percibirlo.

Por aquellas grandes puertas entraron cuatro personas: dos enormes gorilas —intimidantes y de dudosa simpatía— y dos hombres más.

Los primeros saludaban al personal de seguridad con familiaridad, como si fueran parte del lugar. A los dos que los seguían, en cambio, los trataban con respeto, casi con obediencia.

No podía saber quiénes eran, pero estaba claro que no eran personas comunes. Todo lo contrario.

La multitud en la entrada generó tal revuelo que me resultó imposible seguir observando, aunque alcancé a notar los gestos y miradas que compartían, como si fueran contraseñas ensayadas. Estaba claro que también pertenecían al club… y no eran simples guardaespaldas.

A su paso, parecían conocerlos. En aquel espacio atestado, donde convivían personas de todos los estatus y gremios, ellos destacaban.

Rodeados de un grupo de mujeres hermosas que los seguían a todas partes, se movían con soltura, dominando el ambiente. Era evidente que eran conocidos y respetados. Sin decir palabra, transmitían pertenencia. Parecían una familia… una

de esas familias poderosas y silenciosas que todos reconocen, aunque nadie mencione.

Cuando aquella comitiva entró, el club estaba a rebosar. Miles de cabezas se movían sin descanso, entremezclándose en un caos armonioso.

Pero había una zona en la que el movimiento se detenía: una esquina elevada donde se ubicaban tres reservados. Lo lógico sería pensar que, siendo la inauguración, estarían llenos. En cambio, solo había allí los dos gorilas y una decena de chicas que casi se confundían con la decoración del lugar.

"Seguramente algún rico egocéntrico lo habrá reservado todo para él", pensé al verlos tan vacíos.

Pero solo fue un pensamiento fugaz. Otro acontecimiento llamó mi atención y me hizo olvidar por completo a aquellas misteriosas personas.

Eran ya las 4 de la mañana, las horas con los tacones comenzaban a causar estupor en mis mal trechos pies. Pero habíamos venido a darlo todo, y no seria yo, la primera en abandonar este barco. Así que aproveché la excusa de ir a por una copa a la barra, para en uno de los bancos, poder descalzar mis pies aprovechando el momento.

—Por favor, un whisky con Coca-Cola.

—Lo siento Señora, tengo órdenes expresas de no servirle nada.

—¿Perdona? Creo que no le entendí bien. Por favor, ¿podrías ponerme un Whisky con cola?

—Lo siento, como le dije. No puedo servirle nada.

—¿Quién dio esa orden? ¿Qué tontería es esta? Exijo hablar con quien este am mando. Háyase visto semejante ofensa.

—Esta bien, señora. Espere un segundo aquí.

Aquel insolente camarero, se perdió entre la multitud del local. Reconozco, que no era su culpa. Bastante tenía ya con tener a un imbécil por jefe, pero era a él, a quien yo podía expresarle mi disgusto. Podía no saber de muchas cosas, ¿pero de leyes? De leyes, sabía algo más que el resto de los que allí trabajaban.

Pasaron varios minutos y allí seguía sin venir nadie. Estaba ya apunto de regresar con mis amigas, cuando el joven camarero, regresó con uno de los que parecían ser miembros de seguridad del local.

—Disculpe, señora. ¿ Podría acompañarme?

— ¿Yo?, ¿Por qué tendría que hacerlo?

— El jefe quiere verle.

— Bueno, si tanto interés tiene ese señor en verme, ¿Por qué no vino hasta aquí, en vez de mandar a su matón?

— Señora, por favor acompáñeme.

— Lo siento, pero no iré con usted a ningún lugar. Además le diré algo mas, no solo no voy a ir, sino que voy a poner una hoja de

reclamaciones a este local, no puede ser, que se dé este trato tan inadmisible a los cliente

— Señora, haga el favor de acompañarme.

— ¡No! No lo haré.

Y dicho esto, me giré en dirección a la pista de baile, donde mis amigas se encontraban. Aquel imponente hombre, no hizo ni el mínimo amago por detenerme, ni tan siquiera, se movió del lugar donde estaba. Sólo, acercó su mano derecha al pinganillo que colgaba de su oído, y recibió instrucciones. Quien fuese el dueño de aquel local, estaba presenciando la escena desde algún punto del mismo. Aquel pensamiento, me lleno de cierta intranquilidad.

Al llegar junto a mis amigas, decidí ignorar lo que habia pasado. No quería incomodarlas, ni fastidiar el momento, así que me decidí a reservármelo para mi misma y uniéndome al grupo, bailar la improvisada coreografiaba Maya.

Pasaron aproximadamente 15 minutos, antes de que delante de nosotras, se parase uno de los dos gorilas que momentos antes habían entrado en el local. Estos, habían abandonado su pedestal, desde donde observaban con desdén a todos los seres que danzábamos a sus pies. La altura a la que se encontraban les daban esa posición privilegiada. Y digo esto, no porque nos sintiéramos inferiores, por hecho de estar a pie de pista, Sino porque, lo hacían desde uno de esos exclusivos reservados.

—Por favor, podrían acompañarnos. Han dispuesto un reservado para vosotras.

—¿Para nosotras?

—Increíble, chicas. ¡Un reservado! ¿Quien conoce a alguien del club? Vamos que hable la zorra que lo haya ideado.

Maya estaba encantada con la idea de pasar a ser, parte de esa escala social que miraba al mundo desde la altura de sus hombros. Yo por el contrario, detestaba aquella postura, y me negaba a formar parte de aquel rebaño de ovejas.

—Vamos chicas, estamos bien aquí, sigamos pasándolo bien. Además allí apenas hay gente, ¿para que excluirnos de esa manera?

—Vamos Sabrina. No seas la aguafiestas de esta noche. Vayamos, seguro lo pasaremos bien.

Algo me decía, que aquella generosa invitación, tenía mas que ver con el ofrecimiento a que le acompañase de aquel otro hombre, que a la idea de agasajarnos. Por lo que aquella idea no acababa por gustarme. Pero había decidido no contarle a las chicas, y eso implicaba seguirle el juego que aquellas personas me estaban marcando.

—Vamos, Sabrina. Vayamos. ¿Qué podría pasar? ¿Qué por una puta vez, seamos nosotras las que brillemos?

—Joder, no me importaría brillar cada noche.

La pregunta de Rosa y la posterior respuesta de Paula, dejaban en claro que todas ellas estaban encantadas. Les gustaba sentirse

agasajadas. Por lo que, ¿Quién era yo para fastidiarles la mejor noche de sus vidas?

Aceptamos la invitación y seguimos aquellos hombres en dirección a las escaleras. Unas que subían a esa parte superior que te elevaban al nivel de dios.

—Increíble lo aesthetic que es este lugar.

Maya estaba flipando. Sus ojos brillaban emocionados con todo lo que veían. Se sentía privilegiada por andar codeándose con semejante estirpe. Paula y Rosa, en cambio, eran más comedidas. Algo me decía, que al verse rodeada de aquel elenco de modelos, las hacia sentirse algo intimidadas. Yo en cambio, me sentía incomoda. Aquel inquietante encuentro, con el escolta y la presencia de aquellos dos gorilas, me resultaban algo subversivo.

—Señoritas, ¿me permiten sus abrigos?–dijo el temeroso gorila.

Las atenciones por parte del personal que atendían la zona, eran halagadoras. Reconozco que el status que te daba acceder allí, iba más allá de las apariencias. Y es que realmente, disponías de mejores servicios y lugar.

—Señoras, ¿Que desean tomar?– un joven camarero le sonreía al otro lado de la barra.

Otro guapo camarero se acerco amablemente. Nos ofreció una amplia carta de diferentes cócteles para pedir, y que directamente nos traerían a nuestra mesa ¡Las diferencias de un trato vip! A mis amigas, les pareció genial la idea, y todas ellas se lanzaron a pedir

diferentes bebidas. Algunas que jamás habian probado en su vida, pero en ocasión así bien valía la pena, y tenían que aprovecharla.

—Yo tomaré, Cutty Sark con cola.– dije uniéndome al resto.

Me contrario ver como el camarero hacia oídos sordos a lo que yo le pedía. Así que volví a insistir.

—Para mi por favor, Cutty Sark con cola.– insistí levantando un poco mas la voz.

Al escucharme, hizo un leve contacto visual conmigo, -apenas un microsegundo- y sin mediar palabra alguna, se marchó.

…….

No podía creerlo, ¡me estaba ignorado! No podía ser que continuasen con lo mismo. Esto estaba alcanzado términos delictivos.

¡No saben con quien se han ido a meter!

Ofendida y humillada, me enfadaba un poco mas a cada rato que pasaba. No podía dejarlo así, tenía que hacer algo al respecto o todo esto solo iría a mas. Así que usando toda la experiencia que tenía en derecho civil, me acerque directamente a los dos gorilas que esperaban, a los pies de las escaleras de acceso. Y le dije que necesitaba pasar.

—Caballero, quisiera hablar con la persona responsable del club.– reclamé algo enfadada.

—De acuerdo… Acompáñeme.–respondió con toda naturalidad.

—No, no. No me has entendido. Quiero que esa persona, quien quiera que sea se personifique aquí, que es donde esta el problema.– fue lo que exigí haciendo uso del conocimiento que tenia.

—Perdón señora, si quiere hablar con alguien, tendrá que acompañarme.

—¿Pero esto que es?, ¿Obstrucción? Quiero el libro de reclamaciones.–aquella situación comenzaba a molestarme enormemente.

—Señora, me limito a cumplir las ordenes que me han dado. –su voz sonaba como algo neutro— Si usted quiere hablar con el propietario, estaré encantado de acompañarle… le esta esperando.– y continuo diciendo— De no ser así,–aclaro con algo mas de brusquedad— lamento que no podré ayudarle.

Me enfurecía la idea de tener que ceder ante el impulso absurdo y poco maduro, de aquellos hombres. Me obligaban a rendirme. Pero si quería tomarme una puta copa en aquel local, no tendría más remedio que terminar claudicando. Así que pensé que el echo de ir hasta donde estuviera esta persona, podría ser la solución.

—Esta bien, iré.–respondí.

—Estupendo Señora, si me acompaña. La llevaré a donde la esperan.

¿Dónde me espera? ¿Eso que quería decir? ¿Que durante toda la noche, esa persona habia tenido constancia de mi intención de hablar con él? Aquello me enfureció mas aun ¿Qué demencial juego era aquello?

Enfadada e indignada con el trato que recibía por parte de aquel que todo lo controlaba, dude de sí merecía de mi presencia. Podía valer la pena… sacrificarme para hablar con alguien como este personaje o simplemente, girarme y marcharme de allí dándole por saco a aquel presuntuoso club.

—Disculpa, lo pensé mejor. Me marcharé y punto.–dudé.

—Señora, ya estamos aquí.

Por un oscuro pasillo de la parte trasera de los reservados habia caminado sin saber bien hacia donde me dirigía. Estábamos parados ante una enigmática puerta oscura, cuando aquel grandísimo y temeroso hombre me indico que ya habíamos llegado.

—Gracias señora por acceder.

Estaba agradeciéndome que hubiera accedido a ir con él. Qué tipo de animal debía de ser su jefe, para que aquel hombre, estuviera agradeciéndome que le acompañase. Aquello solo podía significar una cosa, y es que el hecho de hacerlo le libraba de tener problemas con él. Eso ya me daba una idea del tipo de personaje que debia ser.

¿Un monstruo horrible y atroz ?

Me enterneció pensar en un hombre así. Alguien que no podía bajar su arrogancia al tener un gesto amable, incluso con una mujer. Y al mismo tiempo sentía compasión de él. Trabajar para alguien

asqueroso y perverso, que trataba así a la gente, a sus trabajadores, no podía ser nada bueno.

Mientras pensaba todo aquello algo de miedo me invadió. Caminaba hacia ese lugar haciéndome temblar en un segundo. Un paseo escalofriante, cuando algunas ideas horribles se pasearon por mi cabeza. Pero ya estaba ante la curiosa puerta y no retrocedería. Una discreta puerta de cristal oscuro, se camuflaba detrás de una cortina. Permanecía cerrada, aunque a través de los cristales se vislumbraba una luz tenue que incitaba a llamar.

—Adelante.

Solo tuvo que acercar su reloj a un pequeño sensor en el lado derecho y esta se abrió. Dejando el acceso libre, a la sala que había al otro lado.

Al entrar, la oscuridad se cernió sobre mi. En la tenue luz de aquella sala, una elegante silueta se movía, formando parte de aquella habitación oculta. Escondida, tras los grandes espejos que coronaban, la parte superior de la sala de baile, estaba la oficina de este ser enigmático. Podía desde allí observar todo lo que sucedía en su local, siendo espectador privilegiado de cuanto allí ocurriese.

"Bien pensado", fue lo que se vino a la cabeza.

Desde un punto de vista empresarial, me pareció una idea inteligente. Un sistema de control astuto, su negocio en primera persona sin la necesidad de ser visto, era una estrategia estupenda. Pero que podía saber yo del tipo de negocios que tenia entre manos aquella persona. Inconscientemente me fije, que desde la posición en la que me encontraba podía ver con claridad a mis amigas que

bailaban en el reservado. Justo en el lugar donde minutos antes, su escolta me había "invitado amablemente" a que lo acompañase. Aquello me contrarió.

—Pasa, acomódate.– me sugirió una voz oculta.

Aquella voz varonil emergió desde la penumbra de la sala, atravesando el aire con una firmeza que me sobresaltó. Mi curiosidad se habia encendido ante aquella frase, dejando en mi oído el eco de una autoridad incuestionable.

En un amplio sillón, vuelto de espaldas a mí, la voz continuaba hablándome, sin que su dueño se dignara a mostrar el rostro. Era, cuanto menos, una escena insólita: yo había venido a conversar con alguien, y lo único que hallaba era una oscura voz en un sillón ejecutivo, inmóvil, como si él mismo fuese el anfitrión.

Eso sí, de cuero auténtico, tan auténtico que su olor animal se imponía con una crudeza que casi apestaba.

—Me gustaría poder hablar de frente a alguien, si no es molestia para usted.

—Señorita, Me gustan sus modales. Pero no me haga perder el tiempo.

—No se trata de perder el tiempo, caballero —dije, marcando cada palabra como quien coloca fichas sobre la mesa— Se trata de respeto. Y ahora exijo que me explique esa absurda razón por la cual se niegan a servirme una copa en su local.

Un leve chasquido de dedos resonó en la penumbra. No supe si era una señal, una advertencia o un simple gesto de impaciencia, pero el aire se volvió más pesado, como si la respuesta estuviera a punto de llegar… o de hundirme.

—¿Me exige? Creo que no estas en posición de exigir —respondió la voz, con una calma que me incomodó más que cualquier grito—. En mi local, yo soy quien decide. Es mi autoridad y tengo la potestad de prohibir… además de tener derecho de admisión.

Apreté la mandíbula de forma drástica.

—Según la ley —dije, conteniendo la furia—, siempre que sea mayor de edad, que esté dentro de las horas permitidas y en un local donde lo sirvan, tengo la posibilidad de consumirlo, si así lo deseo.

Hubo un breve silencio. El cuero del sillón crujió cuando él se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de revelarme un secreto que no quería oír.

—Las leyes son para los que no saben imponer las suyas, señorita — susurró, y en ese instante su voz se tornó más fría, más cortante—. Aquí decido yo, no la ley ni ningún reglamento.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras sus palabras se clavaban en el aire, pesadas y ominosas. No era solo un asunto de una copa; era una advertencia velada, un recordatorio de que estaba pisando territorio donde las reglas se escribían con poder y miedo.

Sentí el peso de su mirada invisible, fija en mí desde la oscuridad, evaluando hasta dónde estaba dispuesto a llegar. En ese instante

comprendí que esta noche no se trataba de un simple desacuerdo, sino de un juego peligroso donde el precio por desafiarlo podría ser más alto de lo que imaginaba.

El silencio volvió a caer, denso y amenazante, y su voz volvió a romperlo, esta vez sin necesidad de mirarme:

—Aquí, señorita, las decisiones tienen consecuencias.

Me fulminó con palabras que parecían cuchillas.

—Veo que entiende de leyes. Pues quiero que sepa que en mi local aplico yo la ley, y quienes esta en él hará lo que yo desee… si no quiero que usted, señorita malcriada consuma alcohol, no lo consumirá. –paro su frase por una fracción de segundo para continuar diciendo– Tengo potestad para dejar de servir alcohol a quien yo considere, presente o no signos de estar ebria. Incluso puedo obligarla a abandonar el lugar si así lo deseo. Así que, si no quiere dejar a sus amigas solas, para que se entretengan con mis chicos de seguridad, no le servirán ninguna bebida. Quiero que seas consciente de todo lo que te haga.

—¡De que narices hablas! —respondí, tratando de mantener firme la voz, aunque sentí cómo un nudo se formaba en mi garganta.

—No le servirán nada —interrumpió sin titubear— hasta que yo no diga lo contrario.

—¿Qué está diciendo? ¿Está loco? ¡No puede hacer esto!

—Para nada —dijo con un suspiro que parecía burlarse—. Está en su mano decidir, señorita. Le ofrezco una alternativa a todo esto.

Tragué saliva, el aire se hacía cada vez más denso, como si la amenaza latente fuera a estallar en cualquier instante.

—Me está insultando. La ley ampara mi derecho. ¿De qué diablos habla?

Su respuesta fue una sonrisa ladeada, pero en sus ojos no había rastro de humor, solo un frío cálculo.

—De algo más que leyes, señorita. Aquí, el poder dicta el ritmo. Y usted acaba de entrar en mi terreno.

—¿De que diablos esta hablando?–salte de forma exaltada.

—El diablo soy yo, ¿acaso aun no se habia dado cuenta?

Sentí que la atmósfera se espesaba, cada palabra suya era como un filo invisible que amenazaba con cortar cualquier intento de resistencia. La oscuridad en la sala parecía cerrar filas a mi alrededor, y el sillón de cuero se erguía como un trono desde el cual aquel hombre movía los hilos.

—¿Y cuál es esa alternativa? —pregunté, tratando de que mi voz no delatara el temblor que sentía por dentro.

Él se incorporó lentamente, el crujido del cuero resonando como un eco macabro en la penumbra.

—Podría marcharse ahora mismo, olvidar esta noche y volver a la seguridad de sus amigas.—Me miró, esta vez de frente, aunque sus ojos seguían ocultos en sombras, una amenaza silenciosa.—O puede quedarse, jugar bajo mis reglas, y demostrarme que merece esa copa.

No había opción real. Era un desafío envuelto en una advertencia clara: la línea que cruzara definiría el resto de la noche… y quizás algo más.

Apreté los puños, consciente de que lo que venía no era solo una simple disputa, sino una batalla de voluntades en la que solo uno saldría intacto.

—Si tiene algún problema al respecto —dijo con voz grave y sin perder la calma—puede usted, señorita, marcharse de aquí y no hacerme perder el tiempo.

Lo miré fijamente, sin apartar la mirada, sintiendo cómo cada palabra caía como un reto que ardía en el aire.

—Pero algo me dice —continuó, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—, que volverás con la cabeza baja, y entonces descubrirás todo lo que este lugar puede ofrecerte.

Un silencio denso se instaló entre nosotros, cargado de promesas veladas y amenazas tácitas. No era solo un lugar, era un dominio, y él era su dueño absoluto.

Me quedé paralizada un instante, sopesando mis opciones: irme y aceptar la derrota, o quedarme y enfrentar lo desconocido bajo sus

términos.

Sabía que cualquiera de las dos decisiones tendría un costo, pero también que, de alguna manera, esa noche marcaría un antes y un después.

No tenía intención de quedarme para averiguarlo. Todo aquel halo de misterio, comenzaba a ponerme nerviosa, y en ese momento, lo único que necesitaba era regresar junto a mis amigas y olvidarme de todo aquello.

Salí de allí a toda prisa. Caminando apresurada recorrí aquel oscuro pasillo. Y rápidamente, estaba al respaldo de mis amigas.

—¿Dónde andabas Sabrina?–preguntaron algo alteradas.

—Me perdí buscando el baño. ¿Qué les parece si nos vamos a otro lugar?–mentí tratando de no tener que dar mas explicaciones

—¿Estas loca? Aquí estamos de P.M.

—¿Dónde vamos a ir? Mejor quedémonos aquí.

—En serio, en otro sitio seguro podemos pasarlo bien.

—Estas loca, Sabrina. ¿Dónde podríamos estar mejor?– se reafirmaban en su decisión

—Esta bien, nos quedaremos si es lo que queréis.–termines cediendo.

Sabía que nos observaban. Que esa voz provocativa y contundente visualizaba cada uno de mis gestos, midiendo cada movimiento con precisión. Me inquietaba, pero al mismo tiempo me fascinaba la idea de que un hombre tan grande y poderoso pudiera dedicar su atención a mí.

Un desafío silencioso se tendía entre nosotros, una partida en la que ambos éramos jugadores, conscientes de que cada jugada podía cambiarlo todo.

Así que decidí quedarme y jugar yo también a su juego.

Di un paso adelante, dejando atrás la sombra de la duda y tomando el control de mi propia historia, aunque sabía que la noche apenas comenzaba y que las reglas, a fin de cuentas, las dictaría él.

En mitad del reservado, un joven bailaba de modo sensual. Llevaba algunos minutos observándole. Viendo como ajeno a todo lo que habia a su alrededor, solo se concentraba en bailar.

Aquello me sugirió una forma de entrar yo también en aquel juego.

Me acerque a él, buscando unirme a su trance, formando parte de su visual espectáculo. Sujetándome de él, me animé a sacar mis mejores armas, dispuesta a atraer su atención por completo. No podía permitirme perder esta oportunidad, aunque el juego fuera peligroso y la apuesta alta.

El chico, como si leyera mis intenciones, se animó rápidamente y entró a colaborar de manera desinteresada con mi causa suicida. Su mirada encendía una complicidad inesperada, como si comprendiera que ambos estábamos apostando todo en esta partida.

Cada gesto, cada palabra, se convertía en una pieza más de ese ajedrez silencioso que nos envolvía, y sentí, por primera vez en la noche, que quizás podría cambiar las reglas del juego a mi favor.

Me acercaba a él, sujetándome por la cintura mientras él me estrechaba contra sí, restregándose con descaro contra mi cuerpo, su abultado paquete y presionándolo sin vergüenza. No cabía duda: el chico disfrutaba lo que hacía. Podríamos decir que en su sacrificio encontraba cierto placer.

A mí, ¿qué más me daba? Si él lo disfrutaba, menos culpa sentía. Ambos nos usábamos mutuamente con una finalidad clara.

Yo lo utilizaba para provocar a esa voz en off, esa que tan miserablemente me había tratado y que, casualmente, era su jefe.

—¿Quieres mirar? —pensé, con una chispa desafiante encendiéndose en mí—Pues entonces, no te hare esperar, te daré un show digno de tu atención.

El juego había cambiado. Ahora no solo buscaba ganar, sino que quería que él, desde su sillón oscuro, fuera testigo de mi desafío, atrapando su mirada, en el espectáculo que estábamos creando.

No era más que un inocente baile. Me incline hacia delante, mostrando mis pechos colgar debajo de mi escote y dejando mis

caderas bien pegadas a su pelvis. Justo hay, comencé a moverlas, contoneándome mientras me clava mas contra su sexo duro y excitado. Debió verse que disfrutaba, por que mis amigas me miraban con cara de sorpresa y con algo de incredulidad.

¿Qué mas daba lo que hiciera?

Antes de poder incorporarme, ya tenia a dos chicos de seguridad encima. Uno me sujetó del brazo, obligándome a separarme de él. El otro se concentro en mi atractivo compañero de baile, que corrió peor suerte que yo. Los dos gorilas que llegaron después lo sacaron a empujones del pub, imagino que el pobre, se jugó sin saberlo mucho mas que yo.

—Señorita, por favor no ocasione más problemas.

—¿Problemas yo? Solo bailaba, que pecado hay en ello. ¿Y porque le tratan así? Déjenlo en paz, solo hacía su trabajo.

—Nada señorita, disfrute de la noche.

Aquella intervenciones me hacían enfurecer. No podía quedarme callada, viendo como se cometía una injusticia con aquel chico. Me sentía responsable de ello y tenía que hacer algo.

No podía irme de allí, porque mis amigas no querían irse. Pero tampoco podía disfrutar de la noche, porque un arrogante obsesionado, no me dejaba respirar. Tenía que hacer algo.

Mis amigas ajenas a todo lo que ocurría, continuaban disfrutando de las ventajas que le ofrecían, copas, chicos, todo era diversión para ellas. En cambio para mi, todo aquello se estaba convirtiendo en una compleja tortura que hacían de las horas una eternidad.

—Maya hazme un favor, ¿porque no me pides una copa? -pensé que quizás así aquel desastre de noche podía tener arreglo. Si conseguía algunas copas el alcohol haria el resto y podría salvarla.

—¿Chica, porque no vas tu?- Su reacción fue de lo mas normal, a fin de cuentas ella no sabia nada de mi odisea por conseguir esa maldita copa.

—Venga tía, ¡vamos a ser la envidia de toda la puta oficina¡ ¡Estamos en un reservado!- le dije. Debía de buscar una buena razón, ¿Por qué no esa?

En mi efusivo comentario Maya encontró una razón que la convencía.

"Ser la envidia de la oficina" que mejor argumento para una persona egocéntrica. Maya pareció volverse loca, cuando desatada se dejaba llevar por mi improvisado plan por conseguir mi deseada y tan necesitado néctar.

—Venga voy a por mas copas chicas.

Y bailando se desplazo por el salón hasta llegar a la barra. No podía creer, que por fin podría tomar algo. Empezaba a sentirme algo mareada, tal vez estaba deshidratada, la sed me resecaba y la garraspera, irritaba cada vez mas mi garganta tras la falta de líquidos. Necesitaba beber algo, ya me daba igual lo que fuera.

—Tomad chicas, aquí traemos las copas.

Cada una de ellas fue retirando uno de los vasos de la bandeja. No lo podía creer, lo había conseguido. Y cuando llego mi turno para retirar mi vaso de allí, ocurrió. Una enorme mano, sujeto con fuerza la mía, presionándola la obligo a ceder, hasta hacerme desistir de cogerla.

El hombre dio un paso adelante, acortando la distancia entre ambos, y su voz baja pero cargada de amenaza retumbo contra mi cuerpo:

—Creo que se lo dejé claro, señorita. No tomaras alcohol en mi local, ¿entendido? —su mirada se clavó en mi, implacable—Pero si estás dispuesta a aceptar mis condiciones, entonces esa copa podrá quedarse en tus labios. De lo contrario, olvídalo. Aquí no hay lugar para juegos ni rebeldías.

El silencio se hizo absoluto en el bar. Los murmullos cesaron y las miradas de los que los rodeaban se fijaron en nosotros. Sentí cómo temblaban mis manos, el peso de la decisión aplastándola. Sabía que ceder significaba perder algo, pero resistir implicaba quedarse con la sed y el orgullo herido. Por no hablar del infierno que me haria pasar.

—¿Qué vas a hacer? —la voz del hombre bajó aún más, amenazante, dejando claro que no había espacio para dudas.

La tensión se cortaba en el aire, palpable, como un hilo a punto de romperse. Levante la mirada, hacia la abrupta voz que me ordenaba dejar la copa de vuelta en la bandeja, y creí que me moría.

Un altísimo hombre con barba bien cuidada y pelo largo, me miraba intimidatoriamente. Sus ojos se clavaban en mis labios, de una forma enfermiza, y sus manos sujetaban con fuerza mi muñeca. El

increíble cuerpo de aquel hombre estaba en tensión, y la transmitía en mi. El torrente de energía fluía directamente a mi sexo.

No conseguí dejar de mirarle. Un rostro como ese te hipnotiza, delicado, con la cara de niño rico mal criado. Y tras ella, se escondía la mirada perversa y lasciva, que tras sus lentes le daban un halo intelectual.

Me resultaba imposible no mirarle. La ausencia de expresión me causaba mas simpatía por él. ¡Que demonios estaba pensando! Un segundo fue lo que necesite para reflexionar, preocupándome y temiéndole a partes iguales, pues esa simpatía no me llevarían a buen lugar.

— Vamos… acompáñame.–me sugirió

Su voz rozó mi oído como un secreto prohibido. Su mano aferrada a mi muñeca no cedía, cálida y firme, como si con ese simple gesto pudiera retenerme por completo. La presión era suave, pero irrefutable… una invitación disfrazada de orden.

Esperaba mi respuesta, sus ojos anclados en los míos, y yo, atrapada entre el pulso acelerado y la duda, solo logré murmurar:

—¿Por qué?– pregunté.

Su sonrisa apareció lenta, maliciosa, como quien conoce un deseo que ni yo misma había admitido.

—Porque te gustará.– aclaró.

Sus palabras cayeron pesadas, insinuantes, llenando el aire de promesas que no se decían en voz alta.

—Veo que no tienes nada más que decir… vamos.

No supe si fue el timbre grave de su voz o la manera en que sus dedos me recorrían la piel sin moverse que me hizo rendirme.

—Está bien… iré contigo.

CAPITULO II… LA DEUDA.

Maya, Rosa y Paola no salían de su asombro. Aquel hombre realmente era seducción pura y cualquier mujer podía verlo. Mi respuesta afirmativa a aquella orden las descolocó, aquel ejemplar masculino las hizo sentir envidia. Casi fuera de sus orbitas, sus ojos se mantenían abiertos.

—Sabrina, ¿que haces?–me preguntó.

La preocupación de Paola me golpeo por un segundo. No sé bien porque, pero ella tenía ese miedo en sus ojos que me hizo replantear por un minuto mi decisión.

Sus dedos se deslizaban lentamente por mis muñecas, trazando su contorno con una precisión casi obsesiva. Cada roce era un examen, un estudio minucioso… como si pudiera leer en mi piel secretos que ni yo misma conocía. Su mirada, fija y penetrante, me mantenía en un estado de alerta constante.

Había algo en aquel hombre que me descolocaba por completo. Su imponente presencia, el traje negro impecable, la autoridad que emanaba sin esfuerzo… todo en él imponía respeto. Pero, al mismo tiempo, su determinación, su forma de sostenerme como si nada en el mundo pudiera apartarme de su lado, y ese magnetismo oscuro que irradiaba, encendían algo en mí que me resultaba tan perturbador como irresistible.

—Ven… vayamos por aquí —dijo con voz grave, cada palabra impregnada de certeza.

Me tomó de la mano con una fuerza que no admitía réplica y tiró de mí. Al pasar junto a uno de sus hombres de seguridad, se inclinó lo justo para susurrarle unas instrucciones. Luego, sin soltarme, entrelazó sus dedos con los míos, como si sellara un pacto silencioso, y me condujo hacia un pasillo oscuro, donde la penumbra parecía dispuesta a guardarnos cualquier secreto.

En cuestión de segundos, ya estábamos de vuelta en su inquietante oficina. Aunque la sala había cambiado ligeramente, seguía siendo el mismo lugar. Quizás con algo más de luz, el ambiente se veía más acogedor, pero la sensación de control que ejercía aquel espacio seguía intacta. Un gran sifonier de cuero negro ocupaba la pared lateral, imponente, casi como un guardián silencioso. En el lado opuesto, el gran sillón desde el que él solía observar con meticulosidad cada rincón de su club parecía vigilarme también.

—Ven… vamos por aquí.

Su mano, ahora más suave pero firme, me guio por la cintura. El calor de su contacto me atravesaba, y antes de que pudiera apartar la mirada, ya me había conducido hacia una puerta oculta tras una pesada cortina roja.

—¿A dónde lleva esto? —pregunté, intentando que mi voz no revelara la curiosidad que me devoraba.

—Pronto lo sabrás. —Su tono, grave y seguro, no dejaba espacio para más preguntas—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo que llevo tratando de pedir toda la noche… whisky con cola.

Una chispa de desafío se escapó en mis palabras.

—Shhh… —Su mirada se endureció al tiempo que su voz se volvía un filo—. No seas insolente. Compórtate.

El silencio que siguió a aquello fue denso, casi tangible. Sentí que su advertencia no era un simple regaño, sino una línea invisible que acababa de trazar entre nosotros… cruzarla tendría consecuencias que aún no podía imaginar.

¿Quién se creía que era para hablarme así? Por muy atractivo que fuera, por mucho que ese porte elegante y esa mirada de depredador me revolvieran por dentro, no iba a permitir que me tratara de esa manera. Ni aunque descendiera del Olimpo vestido de dios griego.

Enderecé la espalda, sintiendo cómo mi voz adquiría un filo que no siempre me atrevía a mostrar.

—No vuelvas a dirigirte a mí así. No soy uno de tus perros rabiosos para que me hables de esa forma.

No podría explicar cómo ocurrió lo que vino después. En un parpadeo, la amabilidad que había mostrado se desvaneció como humo, y en su lugar emergió algo más oscuro, más salvaje. Su cuerpo se movió con una decisión que no me dio tiempo a reaccionar.

Me empujó, no con violencia gratuita, sino con una fuerza calculada, lo justo para que mi espalda chocara contra la pared. El impacto me dejó sin aire, y antes de que pudiera apartarme, ya me tenía encerrada, su cuerpo ocupando todo mi espacio, su calor invadiendo cada centímetro de mi piel sin tocarme directamente.

—¿Qué crees que estás haciendo? —logré decir, aunque mi voz sonó más temblorosa de lo que quería.

Él inclinó la cabeza, tan cerca que pude sentir el roce de su aliento en mi mejilla, y sus ojos se aferraron a los míos con una intensidad que me ancló al sitio.

—No… —dijo despacio, con un tono bajo, cargado de promesas y advertencias— No eres uno de mis perros enfurecidos. Lo que vas a ser… —pausó, dejando que el silencio me envolviera— es mía.

El mundo pareció encogerse en ese instante, hasta esa distancia inexistente entre su voz y mi piel, y supe que estaba jugando un juego para el que no había puesto las reglas… pero en el que ya había apostado más de lo que quería admitir.

Cuando dejó escapar aquella barbaridad por sus labios, sentí que iba a estallar. La indignación me subió como fuego por la garganta; quería gritarle, golpearle, borrarle de la cara esa arrogancia con una bofetada. Pero… la realidad fue muy distinta.

Su voz, tan cerca de mi oído, había dejado una presión invisible en mi pecho, una oleada que me recorría entera y que no tenía nada que ver con la rabia. Sus palabras habían tocado algo oscuro y escondido, un rincón de mí que no entendía… pero que ardía.

Su mirada, endiablada, casi blasfema, me atravesaba como si quisiera arrancarme la verdad de dentro. Y lo peor… es que estaba funcionando. Ningún hombre había logrado provocarme así.

¿Qué demonios era esto?

¿Por qué me encendía que me llamara así?

¿Por qué, en el fondo, la idea de pertenecerle me hacía arder?

—Déjame marcharme de aquí… por favor, déjame ir —pedí, pero hasta mis propias palabras sonaban débiles.

—Has aceptado venir conmigo. Ahora tienes tu copa. Ya no puedes irte.

—¿Cómo que no puedo irme? ¿Acaso me estás raptando?

—Para nada… eres libre de irte cuando pagues tu deuda conmigo.

—¿Deuda? ¿De qué deuda hablas?

—Aceptaste venir a cambio de tu copa. Eso tiene un precio… y yo decido cómo lo vas a pagar.

—Déjame irme —insistí, aunque cada vez con menos convicción.

No contestó. Simplemente se adentró más en la habitación, sin tocarme ya, sin retenerme. Y sin embargo, mis pies parecían

anclados al suelo. No había cadenas… pero yo no podía moverme.

Cuando la opresión de tenerlo tan cerca se disipó, comencé a observar a mi alrededor. Lo que vi me heló la sangre y aceleró mi pulso al mismo tiempo.

Las paredes, cubiertas de piedra y cuero. El olor metálico y dulce del aceite y la madera. Cadenas, grilletes, instrumentos cuyo propósito no necesitaba que nadie me explicara.

Había oído hablar de lugares así. Incluso había visto imágenes, fotografías frías que no transmitían nada… hasta ahora.

No me hizo falta preguntar. Lo sabía.

Estaba en una mazmorra.

Mil atrocidades, se pasaron en ese momento por mi cabeza. Atrocidades que me hicieron entrar en pánico, aterrorizándome con ello. Levanté la mirada, pese al miedo alinee mis ojos con los suyo. Una mirada sencilla, fue lo que recibí directamente de él.

—Tranquila, no tienes nada que temer. No usare nada de lo que ves, a menos que me supliques por ello. En ese caso, tendrás que ganártelo.

—¿Me vas a hacer daño?- esa pregunta salió repentinamente de mis labios.

—Jamás princesa, no es eso lo que deseo de ti. – Su tono era pausado, tranquilo.

Buscaba mi confianza, quería darme una tranquilidad que le haría conseguir de mi lo que el deseaba.

—¿Qué es lo que quieres entonces de mi? No puedo confiar en ti.

—Solo quiero conocerte -sonaba convincente.

—Curiosa forma de hacerlo, ¿no crees?

En realidad, y pese a la sombra que proyectaba aquella habitación sobre mí, no podía evitarlo: sentía curiosidad por saber qué cosas no pensaba usar conmigo. Algunos de los objetos que reposaban allí, silenciosos, parecían observarme a su vez… y, para mi sorpresa, despertaban en mí un interés que no quería reconocer. Me habría gustado tener el valor de preguntarle, de tocar uno, de sentirlo en mis manos… pero no debía hacerlo.

No. Lo único en lo que debía pensar era en salir de allí cuanto antes.

Un golpe suave en la puerta quebró el hilo de mis pensamientos. Uno de sus hombres entró con nuestras bebidas; tras un gesto suyo, las depositó en una mesita a su lado y se retiró en silencio.

—Ven.

Su voz, profunda y segura, no necesitaba alzar el tono para convertirse en orden. No me gustaba que me hablara así… y, sin

embargo, tampoco me resistía.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, dejé de protestar. Mis pasos me llevaron hacia él sin cuestionarlo. Era como si una parte de mí —la que siempre había creído indomable— se inclinara ante su voluntad, y, para mi desconcierto, esa sumisión momentánea me provocaba una extraña calma… y un placer sutil que no quería admitir.

Como si mi naturaleza, oculta incluso para mí, hubiese esperado siempre la presencia de un hombre como él para despertar.

Me acerqué a él con precaución. Con desconfianza y ciertas reticencias, y acepté la bebida que me ofrecía. Nuevamente le obedecía, incluso accedí a sentarme en el lugar que él había designado para mi.

—Bebe.–ordenó.

Su orden era suave, pero tenía el peso de algo que no admitía réplica. Sostuve la copa, sintiendo cómo el cristal frío contrastaba con el calor creciente en mis manos.

—No me gusta que me des órdenes —susurré, intentando mantener un atisbo de rebeldía.

Él sonrió, apenas, como si hubiese estado esperando esa respuesta.

Y, sin embargo… —se inclinó hacia mí, tan cerca que mi respiración se aceleró—aquí estás, obedeciéndome.

La forma en la que lo dijo no fue un reproche, sino una declaración, casi un halago… y eso me desconcertó aún más.

Él, permanecía de pie frente a mi. Sus manos cruzadas sobre su pecho y con un halo de misterioso que le rodeaba. Escrudiñaba cada parte de mi cuerpo, observando con detalle, y en su mirada una promesa oscura que no lograba descifrar.

Me ponía los nervios de punta, ver como me desnudaba con sus ojos. Como accedía a los rincones mas profundos de mi cuerpo. Ruborizada, por la violación de mi intimidad apreté mis rodillas, cerrando mis piernas como muestra de seguridad ante él.

—Muy bien pequeña.–me apremió.

Sonreía victorioso, aunque continuaba mirándome con intensidad. Sus labios saboreaban lo que su retorcida mente proyectó sobre mi. Lo disfrutaba, por su forma de salivar comprobé como saboreaba el delicioso néctar.

La locura que emanaba de él me atraía como un imán oscuro, despertando en mí un deseo intenso, profundo y visceral. Sentía, en mi mente y en cada fibra de mi cuerpo, cómo sus manos descendían lentamente por mis piernas, explorándolas con una mezcla perfecta de fuerza y delicadeza. Sus dedos apretaban con firmeza, casi mandándome abrirme, dominando cada centímetro de mi piel con una necesidad casi voraz.

La otra mano, audaz y segura, trepaba por mi cuello con un contacto que era a la vez suave y poseedor. Sus dedos se enredaban en mi nuca, tirando suavemente, invitándome a inclinarme hacia él, a rendirme ante su control.

Su boca, tan cerca, era un fuego que consumía cualquier resistencia. Su aliento cálido acariciaba mis labios, prometiendo más, mucho más. Cada roce, cada presión, era un juego de poder y entrega, donde el deseo se convertía en lenguaje, y el silencio en la conversación más ardiente.

En ese instante, su presencia no solo ocupaba el espacio, sino que se fundía conmigo, uniendo necesidad y placer en una danza irresistible que me hacía perder el control y querer más.

No se a que sabe exactamente la gloria, pero debía ser algo muy parecido a lo que supo aquel beso. La extraña sensación de estar donde quería, donde necesitaba, me pilló por sorpresa. Y de repente me sentia cómoda en su presencia. Bajo el yugo de sus ojos, me sentía pequeña, pero me sentia bien.

Cuando mis piernas y mis rodillas comenzaron a frotarse, él supo perfectamente que había ganado.

Yo no era ya una objeción para él. No tenía mucho para entregar, inexperta, me dejaba llevar por la seducción del momento. Él en cambio, se sentia confiado y seguro. Era probable que no fuese mas que un juguete para él. Contaba con que miles de mujeres habrían pasado por allí.

¿Qué podía tener yo para sentirme especial? Nada, absolutamente nada. Yo no era mas que el pececito que caía atrapada en sus redes.

Sabía que aquella noche no acabaría bien para mí, sin embargo allí estaba.

El aire estaba cargado, como si cada segundo se estirara para atormentarme.

La excitación me recorría entera, caliente, eléctrica, y ahí estaba él… un desconocido que me dominaba sin necesidad de mover un solo dedo.

Su mirada era un roce invisible.

Un roce que quemaba más que cualquier caricia, que desnudaba más que unas manos impacientes. Sin tocarme, había conseguido atravesar capas que creía impenetrables.

Me trataba como un capricho pasajero… y sin embargo me ofrecía, sin remordimiento, como moneda para saldar una deuda absurda. Era humillante, imperdonable… y, aun así, algo en mí lo deseaba.

No debía sentirme atraída.

No debía…

Pero cada palabra suya era una orden disfrazada de promesa. Y cada promesa, una trampa deliciosa en la que me descubría queriendo caer.

No podía sucumbir al deseo y la tentación de aquel hombre. Pese a que lo realmente irónico era, que yo deseaba sentirme así. Que anhelaba, disfrutar de la explosión de mi cuerpo, y que ahora, tenía la oportunidad en mi mano.

Sin pensarlo cerré los ojos, mecida en la sensación de vértigo me dejé llevar. Sentirme entregada al placer mas puro que nunca tuve. Comprometida con los roces fortuitos de mi cuerpo, mi imaginación volaba. Mi cuerpo, sabía que lo deseaba, que necesitaba de aquellas manos, de aquel hombre. Era capaz de darlo todo dejando atrás el juicio de la razón hasta caer.

Entonces mi cuerpo se relajó y dejándose llevar, buscó la satisfacción que tanto necesitaba.

No tardó ni un segundo en sujetar mi pelo con determinación y, tirando de él hacia atrás, me expuso para él.

Yo ardía en deseos por sentir sus labios. Con mi cuello completamente entregado, un jadeo escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo.

—¿Que deseas, señora abogada?

Susurraba directamente a mi oído, con voz insinuante y profunda. Como si contuviera sus ganas de aniquilarme. Su respiración excitada y encendida, me instigaba a tragar saliva, digiriendo, que esto era solo un juego. Sabía que no había vuelta atrás. Que lo que estaba a punto de ocurrir iba a romperme… y aun así, lo quería.

Lo quería todo.

La temperatura de aquella habitación, aumento al punto máximo de mi termómetro corporal. Me prendía por dentro. No creía que fuese capaz de aguantar más el deseo y las ganas. Pero mi orgullo era grande, debia resistirme.

“Vamos Sabrina. No puedes ceder a instintos tan primarios”

Traté de convencerme, focalizándome en como me sentiría al día siguiente. En como no sucumbir a aquella proposición, manteniendo mis valores, y ocultando lo posiblemente detestable para mi.

—Vamos, princesa… —su voz era baja, grave, casi un susurro pegado a mi oído—. ¿No eres capaz de dejar de ser la mujer seria y aburrida… aunque sea por una noche?

—No soy una mujer seria y aburrida —respondí, conteniendo el aliento—. Y no tengo que demostrarte nada.

—Demuéstralo… —sus labios rozaron apenas mi piel al pronunciarlo.

El desafío se deslizó por mi columna como una descarga.

Sabía lo que pretendía: desarmarme.

Quitarme capa a capa, hasta dejarme expuesta. Y lo estaba logrando.

Su voz era un ancla y, al mismo tiempo, un incendio. Me empujaba a soltar el control, a dejar que mi cuerpo hablara por mí. Cada palabra suya se pegaba a mi piel como una caricia invisible, húmeda y peligrosa.

Mi respiración se aceleraba y mis muslos se apretaban sin que yo pudiera evitarlo. Sabía exactamente hacia dónde nos llevaba aquello… y también sabía que debía frenarlo.

Pero entonces su mano rozó mi cintura, y ya no quise detener nada.

No se si intencionadamente o enajenada por orgullo, saboteé mi voluntad, que se presento debil ante aquella persistencia. Con los ojos cerrados, me dejé llevar por la sensación, y entregándome al miedo, me presté a ser la mujer que él deseaba.

—Veamos hasta donde puedes llegar.

La caricia de un susurro por mi cuello, me erizó la piel. Sentía como el calor de su aliento calentaba mi yugular, relajando la musculatura al enredar sus dedos entre los mechones de mi cabello.

—Solo siente… No pienses, ahora no tienes que ser la abogada tiquismiquis. Solo la mujer que puede disfrutar.

Sus dedos, suaves pero seguros, se deslizaban por mi cuerpo en un baile lento y provocativo, incendiando cada punto que tocaban.

El roce apenas fugaz sobre mis pechos me hizo jadear, sintiendo cómo mi cuerpo respondía, rendido a su poder.

Bajó sus manos hasta mis piernas, firmes, decididas. Con una presión que no admitía resistencia, me obligó a abrirlas.

El frío del aire se coló entre mis muslos, un contraste electrizante con el calor que él despertaba en mí.

—¿Sientes cómo el aire te acaricia? —murmuró, sus labios rozando mi oído, su aliento caliente incendiando mi piel.

No conteste. En cambio mi cuerpo si lo hizo. El frescor que sobre pasaba la línea moral de mi falda, colapsó contra mi sexo mojado. Liberando mis deseos, y las ganas de avanzar un paso mas allá.

La casualidad fue la que me trajo hasta aquí, explorando un nuevo mundo de sentidos y placer que se me ofrecía sin aviso.

Nunca antes había sentido tanto deseo ni estado tan húmeda y excitada sin que nadie me tocara, sin que nadie llegara a profanarme.

Pero aquel hombre me volvía loca, me seducía de una manera inevitable, arrastrándome hacia él sin remedio.

Ascendía por mis muslos con prudencia. Tanta delicadeza, me fascinaba aún más, si venía de él, aunque me mostrase su peor versión. O al menos la más ruda. Pero lo era y me lo mostraba, exclusivamente a mi. Entretanto su mirada vehemente continuaba, adentrándose en todos mis sentidos. Estudiando mi respiración y los espasmos de mi cuerpo que se sucedían en cada avance de sus manos, hacia la profanación de mi pequeño rincón.

Y lo sentí. Ese nervio que te corta el aliento y te deja sin respiración. El que te paraliza dejándote vulnerable ante tanta generosidad. Sus manos habían llegado y se esmeraban en su tacto conmigo. Elevándome a un nivel mas. Llevándome a lo que jamás creí que existiera.

—¿Deseas más princesa?

Ni siquiera pensé antes de responder. La respiración, acelerada y entrecortada por los jadeos, contraía cada fibra de mi cuerpo. Las bocanadas que devolvían luz a mis ojos me arrastraban, absorta, al placer que me envolvía. Y, aun así, resistía… sosteniendo la tentación de dejarme llevar, temerosa de rendirme a un deseo prohibido.

—Si.

Un monosílabo me llevó a replantearme toda mi existencia. ¡Si! Un Si con mayúsculas, desgarrado y urgente. Un si, en el que se vencían mis necesidades, dejando marcada mis miserias y la peor de mis fatalidades.

En ese instante, su apetito se avivó con aquel monosílabo. En su respiración se percibía un hambre atroz, una furia animal y la agresividad de quien reclama lo que siente como suyo. El apremio que crecía en su interior lo volvía cada vez más dominante, más implacable. Una sed de deseo que bebía de mi propia necesidad… y se saciaba en ella.

—Grrrr.

Aquel gruñido intenso y visceral me mostró lo mucho que él deseaba tenerme.

" Como puede ser, si no me conoce"

Perdida en mis pensamientos, no percibí cuándo una cuerda unió mis manos tras la espalda, cruzándolas en una prisión que me heló la piel. La sorpresa se mezcló con un estremecimiento: ¿por qué me

ataba?, ¿cuáles eran sus intenciones? Aún no comprendía el juego al que me arrastraba… y mi mente, inquieta, imaginó lo peor.

—No… —susurré, con la voz temblando entre el miedo y algo que no quería admitir.

Grité sobresaltada. Cuando sentí el pánico atravesándome el cuerpo, y solo quería salir de allí.

“ Porque ”

—Confía en mí, seré tu guía. Solo has de dejarte llevar.

No tenía claro adónde pretendía llegar con todo aquello, pero algo en mi interior me empujaba a salir corriendo. No porque quisiera huir de él… sino porque temía lo que podía despertar en mí.

“¿Debo confiar en él? ¿Debo ignorar mis señales de alerta? “

No lo sabía. No podía confiar sin mas. Aunque me desesperase no seguir adelante, tenia claro, que no era el momento de mostrarme cobarde.

—¿Confiar? —mi voz fue apenas un hilo—. No lo creo… No sé hacia dónde voy, y difícilmente puedo entregar mi confianza así, sin más.

—Yo cuidaré de ti —murmuró junto a mi oído, su aliento rozando mi piel—. Puedes estar tranquila… Hoy aprenderás a confiar.

El nudo quedó firme, seguro, pero no opresivo. Sus dedos, cálidos, se demoraron en mis muñecas, comprobando la circulación con una atención que se sentía tan íntima como invasora. El roce de sus yemas sobre la piel tensada por las cuerdas era lento, casi reverente, y esa caricia —entre posesión y ternura— me dejó sin aire, como si cada fibra entendiera que estaba, irremediablemente, en sus manos.

— No se si podré.

Parado frente a mí, me observaba. Debía de verme ridícula, anclada a esa silla… pero a él no parecía disgustarle. Desde mi posición, también lo miraba, y fue entonces cuando noté algo en lo que antes no me había fijado: lo intimidante de su complexión, la tensión en sus músculos, la certeza de que podría destrozarme si quisiera… y cómo eso me hacía sentir pequeña a su lado.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, escrutaba mi postura indefensa. Sus ojos recorrían cada línea de mi cuerpo hasta que, finalmente, se acercó. Con un gesto firme, separó mis piernas y, sin pedir permiso, invadió mi espacio más íntimo, instalándose en el centro de mi círculo vital.

Permanecía justo ahí, de pie, sin inmutarse. Ni siquiera se alteró cuando sonó su teléfono. Lo descolgó con calma, sacó el móvil del bolsillo y comenzó a hablar con uno de sus chicos. Le era indiferente que yo estuviera atada o que aguardara, excitada, sus atenciones. Tampoco le importó convertir aquella tortura en algo aún más complicado… y dulce.

Comenzó a rozar mi tanga húmedo y sucio con su rodilla, presionándola contra mi sexo. El movimiento masajeaba mi vulva,

arrancándome jadeos que intentaba sofocar.

—Shhh… no hagas ruido.

¿Cómo no hacerlo? ¿Cómo mantener la calma si me faltaba el aliento y buscaba el aire como una perra en celo?

Él continuaba implacable, clavando su rodilla contra mi sexo y frotando mi clítoris con una presión precisa, calculada. El placer me retorcía, me arrancaba suspiros y gemidos hasta llevarme al límite, suplicando… que se detuviera.

Él, escuchó mi súplica pero no la atendió. Continuo con su absurda conversación telefónica y su tormentosa idea. Cuando mi fatiga fue ya incontrolable, clavé mi cara en su abdomen, y buscando el punto de apoyo para sacar fuerzas, aguanté.

Aquello le gustó. Sentir mi boca respirar contra su camisa, marcando con mi aliento el contorno de su vientre musculoso, le excitó. Su mano se enredó en mi pelo, acariciándolo con una suavidad que contrastaba con la presión cada vez más insistente sobre mi sexo.

La dulzura con la que me acogía contra él desdibujaba, por un instante, su imagen de tipo duro… pero solo para volverla aún más peligrosa.

Aumentó el ritmo, como si disfrutara sabiendo que estaba al borde, que me debatía entre aguantar y rendirme. La perversión de ese control, de retenerme justo en el límite, se apoderaba de mí.

Ese hombre era el mismísimo diablo… y su juego, el más dulce de los martirios que jamás habia saboreado.

Yo quería disfrutar de aquel juego. Mordiendo su camisa y rasgándola con mis dientes, supliqué por su permiso de poder liberarme. No entendía porque pedía permiso, pero mi mente me indicaba que era lo que debía de hacer.

—Te lo suplico… por favor —imploré, buscando clemencia en su mirada.

—¿Y qué obtendré a cambio? —preguntó, con esa calma cruel que me desarmaba.

—No lo sé… no puedo pensar… no puedo concentrarme… —balbuceé, ahogada en el placer.

Él aumentó el ritmo, moviendo su rodilla con una ferocidad controlada, restregándose contra mi clítoris hinchado. Cada embestida lo pulsaba, lo atormentaba, arrancándome jadeos que no podía contener, hasta hacer inevitable el deseo de estallar. Su pantalón, a la altura de la presión, estaba empapado… impregnado por mis fluidos, que no dejaban de brotar ni un instante.

—¡Vamos, piensa! ¿Qué estás dispuesta a darme para que te premie con ese orgasmo que tanto deseas?

Su voz, grave y contundente, me hacía vibrar aún más. Ver su pantalón manchado consiguió que mi imaginación más perversa me arrastrara a un estado casi enfermizo.

—No lo sé… de verdad, no sé lo que quieres —balbuceé, con la respiración entrecortada.

—Puedes imaginarlo, mi preciosa princesa… —su tono era un roce en mi piel.

Su mano se deslizó bajo mi barbilla, levantando mi rostro hasta obligarme a mirarlo. El frío metálico de la esfera de su reloj calmaba el ardor que las lágrimas de frustración habían dejado en mis mejillas.

—Vamos… dime qué me darás.

Lo miré con completa adoración. Sentí cómo mi cuerpo se entregaba por completo a lo que sus manos quisieran tomar. Y entonces lo entendí… lo único que podía ofrecerle.

—Seré suya —susurré, entregándome con esas tres palabras.

Sus ojos se llenaron de una cierta emoción lujuriosa. Era lo que deseaba oír, estaba claro. Y no podía engañarme, ya lo era. Me había convencido y ahora lo sentia así. En el instante en que aquel juego comenzó, ya me tenía. Él lo había diseñado así, y habia creado esa necesidad para mi.

Con la satisfacción y el orgullo en su mirada, oprimió un poco más mi sexo a la vez que sus labios, colisionaban con los míos. Las mieles que saboreé, derritieron mi boca. Deslizándose delicadamente y apasionadamente por toda ella, disfruté la jugosidad que me entregaba. Y su mano sustituyó a su rodilla, que desfloró la frontera de mi tanga. En un ataque directo a mi resistencia.

La sensación de sus dedos dentro de mi, me impactó por completo. Con el aliento contenido en un acentuado suspiro, que se alargó más de lo esperado. Dos lágrimas fueron las que desfilaron por mis mejillas, muestra del esfuerzo que hacía por aguantar poniendo al limite mis fuerzas. No podía más, aquello se escapaba a mi control, y ya me dejaba sin defensas para resistirme.

—Necesito… explotar —confesé, casi sin voz.

—¿Segura? —su pregunta fue una amenaza y una promesa al mismo tiempo.

Y a la vez que me preguntaba, clavó sus dedos en mi, con una fuerza penetrante. Me desvirgaba con su mano, haciéndome perder la razón, enajenada entre delirios, al buscar la forma de no romperme. La respiración entrecortada, necesitada y hambrienta, delataban mis ansias. Sin ser ya capaz, ni de pensar ni de parar.

Entre lágrimas volví a suplicar. El sufrimiento que me provocaba aquella necesidad comenzaba a doler.

—Se lo suplico… no puedo resistir más. ¡Para!

Pero no cedió. Al contrario, elevó la intensidad hasta un punto casi insoportable para mí. Sin sacar su mano de la inútil tela que apenas cubría mi entrepierna, acercó su rostro hasta ella. La jugosidad de sus labios rozaba mi pegajoso tanga, humedeciendo con su hálito ardiente mi sexo vulnerado y deseoso.

No conseguí resistir. Los gritos se sucedieron en mi garganta, colapsando mi respiración que no encontraba tregua. Mi cuerpo sin

anclar, se aferraba a aquella silla por medio de mis piernas, que se retorcían buscando un punto donde vaciar la tensión.

Las rasgaduras de mis muñecas se marcaban con el forcejeo de las cuerdas, buscando liberarse. Necesitaba que aquel dulce martirio parase.

Encontré la oscuridad cuando mis ojos se voltearon, rindiéndose al placer que me llegaba. Y me rompí.

Me rompí como nunca antes me había roto. Quebrándome en miles de fracciones de mi, que en cada convulsión se sacudían de mi cuerpo. Y sentí el caudal de líquido que salía de mi, dejándome empapada y seca.

—Muy bien, eres una gran mujer. Quiero que eso lo tengas siempre presente.

Después de aquello, yacía desparramada en la silla, con las energías completamente agotadas, atrapada en un estado de ensoñación. La noche había sido una locura absoluta, una experiencia casi surrealista si la mirabas desde fuera.

Hasta que, poco a poco, recobré la cordura.

¿Qué coño he hecho?

Avergonzada y humillada, tomaba plena conciencia de todo lo ocurrido, y sentí que me moría allí mismo. Aprovechando que él se había apartado de mí, salté de la silla y, sin decir una palabra, salí corriendo.

No me detuve ni a mirar si venía tras de mí, aunque dudaba que aquel hombre importante se dignara hacerlo.

Al llegar donde estaban las chicas, agarré mi bolso y, despidiéndome rápidamente de Paola, salí a toda prisa del local.

—Perdona, señorita, súbase —dijo una voz firme.

Realmente estaba agotada, y a esa hora, buscar un taxi en aquella zona era una tarea desagradable. La idea de dejarme llevar no me parecía tan mala, sobre todo teniendo en cuenta que estaba hecha un verdadero desastre.

—Está bien. Pero iremos directo a casa.

—Donde usted ordene.

Me acomodé en aquel lujoso coche, y mis pies agradecieron poder quitarse los tacones por un rato. Casi me quedé dormida cuando el coche finalmente se detuvo.

—Ya hemos llegado. ¿Necesitas que le acompañe?

—No, gracias. ¿Tu nombre era...?

—Bruno.

—Está bien, gracias Bruno. Disfruta la noche.

—Lo mismo le deseo. Ve con cuidado.

—¿Debo tenerlo?

Pero él ya había subido al coche y, al verme entrar al portal, arrancó.

Al llegar a casa, solo pensé en darme una ducha y acostarme.

Genial, la he liado bien. Con ese pensamiento, me quedé dormida sobre la cama.

CAPITULO III. LA FIESTA.

Habían pasado ya varias semanas desde aquella loca noche. Todo en mi vida, continuaba de igual forma que los días previos a aquella señalada fiesta. En cambio en mi, si que se había despertado un interés emergente. Una exigencia bestial por conocer, más de aquel mundo que se me había insinuado.

Algunas noches, después de cenar y al terminar con alguna de mis tareas, me gustaba investigar. Descubrir que se escondía, detrás de tantos prejuicios y juicios de valor. Que había tras ese escondite, de negro cuero y látigos, que por casualidad se me mostró aquella noche. Me interesaba conocer más de ese submundo, pero mi motivación real, era aquel hombre que no conseguía quitarme de la cabeza. Me volvió loca. Poniendo del revés mi vida, ya nada era suficiente, nadie se podía comparar a él.

En la soledad de mi cama, rememoré aquellas provocaciones, que me encendían en las horas previas al amanecer. Como el aliento que me llevó a convertirme, en la puta más grande que había en aquel local, o la rodilla de aquel hombre, que me arrastró a suplicar como una perra. Todo aquello se revolvía en mis pensamientos. Tomando forma y color, en cada avance que hacía, me acercaba cada vez mas a esa nueva versión de mi. Creciendo mi interés a cada paso, hasta que un día me decidí, a llevar mi investigación a un plano más práctico, a algo más real.

En uno de los foros que solía frecuentar, un día alguien, mencionó algo sobre la celebración de una fiesta con temática bdsm. Aquella noticia, despertó mas aun mi interés. Al parecer era un evento muy exclusivo, y no todo el mundo podía acudir. Por suerte para mi, llevaba algunas semanas hablando con una Domina. Ella, me ayudaba a entender los conceptos más básicos, aunque creo que su interés no era solo ayudarme, sino que realmente veía en mi, la posibilidad de tenerme como su sumisa. Pero no era algo que me preocupase, la verdad es que conmigo siempre había sido respetuosa, por lo que no veía porque mantener distancias.

Ella era alguien conocida en el mundillo, por sus años de experiencia y por su profesión. Se dedicaba al periodismo, trabajo que le había facilitado la posibilidad de conocer, a muchísima gente cercana a todo esto. Algunas de ellas, personas importantes a las que les había realizado, reportajes y entrevistas que habían calado en esta sociedad. Ella, contaba con una posición considerable, que le permitía optar a ciertos privilegios. Entre ellos, el de poder acudir como invitada, a este tipo de eventos. En esta ocasión, ella no podía asistir por motivos laborales, que la mantenían fuera de la ciudad. Y como era una pena, que nadie acudiese, me ofreció la posibilidad de ir en su lugar. Vivir así, de primera mano lo que se cocía en las trastienda, era toda una oportunidad. Conocer como se siente el ambiente y ver de cerca todos estas prácticas, me fascinada. Así que sin pensarlo, encantada, acepte su invitación.

El procedimiento de estos eventos, era poco menos que la reunión de una secta. Tal y como se ejecutaba todo, y por la cantidad de medios que se movían, era la impresión que me daba. Nada se sabía del lugar donde se celebraba, hasta 24 horas antes del mismo. Y para poder acceder a ella, necesitabas de una contraseña, que se proporcionaba en el móvil, una vez estuvieras en el lugar. Y solo así, se podía disponer, de la clave de acceso a una zona, donde una persona de la organización, te tatuaba con tinta invisible y especial,

la llave que abriría la puerta, para poder acceder a la fiesta. Todo eran medidas especiales, que garantizaban la exclusividad de acceso y aseguraban la seguridad, necesaria para un evento tan importante y discreto, como el que era. Los códigos de vestimenta, se recibían 48 horas antes de que todo comenzara, y además eran de riguroso cumplimento. Por lo que tampoco contabas con mucho tiempo para buscar la prenda que quisieras lucir ese día.

El miércoles de esa semana, recibí el correo electrónico, donde se me informaba de los códigos de vestimenta para la fiesta. En esta ocasión el color designado para el encuentro, era el negro. Aunque añadían una pequeña peculiaridad. Debía ser combinado con una prenda o accesorio de color verde fluorescente. Otras de las indicaciones, eran que todas aquellas sumisas que pertenecieran a un amo, que fuesen o no acompañadas por él, debían de lucir sus collares para evitar molestias o malos entendidos. Y a pie de página, indicaban la obligación de usar calzado, quedando terminantemente prohibido de acudir descalzos. Unas normas lógicas y normales, las cuales me tranquilizaron, en mi angustia por ver de que iría aquello.

De acuerdo a lo que pedían, decidir irme esa tarde a buscar algo acorde a lo que necesitaba. Después de recorrerme la mayoría de las tiendas de la ciudad, recordé un lugar, del que alguna vez Julia me habia hablado. Así que, cogí de vuela el coche y me desplacé hasta allí.

Al llegar al escaparate de la tienda, me quede un poco impactada. Aquello, parecía algo así como un sex Shop. Se podían ver en el escaparate, los dos maniquís luciendo de una guisa, un poco indecente. Y la verdad es, que el lugar me daba un tufo a chabacano, que tiraba para atrás. Pero ya estaba allí y el tiempo se me tiraba encima, así que no tenía nada que perder por intentarlo.

“Quizás haya algo que merezca la pena”

Cuando sonaron las campanitas de la puerta, un chico delgado y bien parecido, se asomo por el mostrador.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

—Pues, la verdad es que si. Necesito buscar un look algo diferente.

Creo que aquel chico debió de verme la cara de terror. Porque amablemente se compareció de mí, brindándole no solo su ayuda, sino que también sin saberlo me daba su apoyo.

—A ver, empecemos por el principio, que te veo un poco perdida.

—Gracias, la verdad es que necesito ayuda.

—Cuéntame, ¿para que necesitas ese atuendo diferente?

Se veía que realmente quería ayudarme, tenia interés por saber que necesitaba.

—Tengo una fiesta algo especial. Me gustaría llevar un look que fuese atrevido y sexy, pero sin ser extremadamente descarada.

—¿Quieres enseñar mucho o poco?

—Pues la verdad estaría mas cómoda enseñando mucho. Ah, y es importante que ha de ser negro, aunque alguna parte o

complemento puede ser verde fluorescente.

—Vaya, vaya. Creo, que tu y yo nos veremos el viernes en otro lugar.

Al decirme aquello, entendí que él sabía perfectamente, cual era la fiesta a la que iba a acudir. Seguramente, también estaba invitado, por lo que podía ser la persona idónea para ayudarme con mi look.

—Querida, has venido al lugar perfecto para ello. Ven acompáñame.

Se salió del mostrador, y llamando a su compañera, me invito a que le acompañase a un lugar, que debía de ser la trastienda.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a una sala donde están las prendas, que necesitamos para ti. Sígueme.

Cuando entre en aquella habitación me quedé fascinada. Una infinidad de prendas, a cada cual más bonita y sensual, se mostraban en percheros dispuestos por todo aquel espacio.

—Aquí seguro encontraremos lo que buscas. En esta sala hay un abanico de posibilidades para personas que se toman en serio este arte, más allá de simples despedidas de solteros o de fiestas cachondas de cumpleaños.

—Realmente son preciosas, me gustan todas.

—Bueno pero tenemos que buscar un look concreto.

Mientras revisábamos todo aquel montón de prendas, Edy me conto un poco de su historia.

Se había criado en una aldea de Galicia, junto a sus padres y a sus 4 hermanas. Le habían inculcado una educación conservadora, pero él desde muy joven, supo que no encajaba en aquel lugar, por lo que, con poco más de 18 años, se marchó de casa a probar suerte en el mundo de la interpretación. Llegó hasta Madrid, con apenas 23 años, y en una de esas oportunidades laborales, conoció a Mateo. Él fue su pareja por aquel entonces, y fue precisamente él, quien le inició en el oscuro mundo del bdsm, convirtiéndose en su amo. Después de años de relación, mateo falleció en un accidente, y Edy se encontró perdido. En ese momento, comenzó una carrera de fondo en la vida de él, hasta que llego a sus 39 años. En el que conoció al que actualmente era su amo, Hugo, y con el que vivía feliz la vida que él había decidido.

Después de examinar, perchero por perchero y contarnos la vida, finalmente encontramos el out fit idóneo.

Un body de cuero negro, que cubría seductoramente mis pechos sin rodearlos completamente, y abrochados al cuello. Por la cintura, una sobre falda también del mismo tejido, cubría mis cachetes al aire y le daban un poco de pudor al atuendo, que se combinaba con unas medias de rejilla. El toque de color, lo daban unos tacones de color verde fluorescente, que hacían un conjunto perfecto con un pequeño bolso negro de cadena plateada.

—¿No será demasiado?

—Nena, vas a ser la sensación.

—Edy, ten en cuenta que es la primera vez que asisto a un lugar así.

Realmente, estaba impaciente por descubrir como sería, y que sentiría al verme rodeada de todo aquello. Una cosa, era leer o ver en películas, y otra diferente, respirarlo. Pero en menos de 48 horas así sería, podría vivir por primera vez esa experiencia. Y aquello me ponía nerviosa.

—Ya verás que te va a encantar. Yo estaré allí, aunque voy de la mano de Hugo. Si necesitas cualquier cosa solo tienes que decírmelo.

Lo que iba a ser un momento de compras se convirtió en una tarde completa. Incluso al cerrar la tienda Edy y yo, fuimos a tomar una cerveza al bar de en frente, mientras esperaba a que Hugo llegase a recogerlo. Fue fantástico conocerlos. Hugo era algo mayor que él, creo que tendría unos 50 años. Era un hombre corpulento y muy guapo. Su atractivo era natural, y no me extrañaba para nada que Edy estuviera loco por él.

—Verás Sabrina, este es un mundo muy intenso y complicado. Pero si encuentras a tu pareja compatible, puede ser muy satisfactorio y gratificante.

Realmente, despertaba más mis ganas de descubrir y explorar, deseando encontrar un compañero compatible.

—Sabrina nos vemos el viernes. Y ya sabes, si necesitas de alguien que te rescate, estaré encantado de poder salvarte.

—Gracias Hugo significa mucho para mi.

—Nena, ya verás que bien lo pasaremos.

Y cada uno nos marchamos por nuestros caminos, esperando que el destino jugase sus cartas al día siguiente.

….

Ya eran las once de la noche y el Uber que me habia recogido me dejaba en la puerta de aquella gran nave a las afueras de la ciudad. Cuando llegó la dirección de aquel lugar, reconozco que me acobarde, y dudé si venir o no, pero necesitaba salir de mi zona de confort si quería volver a sentir lo que aquella noche probé.

"Veamos, por donde tengo que ir"

Cuando llegue delante de un seguridad, este me pidió que mostrase la contraseña que había recibido en el móvil, y una vez hecho ese paso, me acceso a una sala continua, donde se encontraban las chicas que realizaban los tatuajes.

—¿Dónde te gustaría que te lo hiciera?

—¿Perdón?

—¿Qué donde quieres que te haga el tatoo?

—Pues no se. ¿Dónde suele hacerse?

— Vamos chica, dime donde lo quieres, no tengo toda la noche.

La muchacha no tenia mucha paciencia o tal vez había tenido un mal día, que se yo. El caso es que su tono desagradable y mi inexperiencia, eran incompatibles, así que dije un sitio cualquiera en el que aquello no se viese mucho.

—En la muñeca.

—¿Estas segura? Te va a doler un poco.

—No, no…entonces, en el escote.

—Bien, buen sitio.

La verdad es que no era un mal lugar para tatuarse algo, aunque se me había olvidado que ese tatoo, solo se vería bajo la luz ultravioleta.

Cuando ya lo tuve terminado, continúe hacia la siguientes sala, donde se encontraba una puerta y una pistola óptica. Cogí aquel objeto y disparando el puntero láser, lo pasé por mi escote, donde minutos antes me habían grabado la llave de entrada.

Cuando aquellas puertas se abrieron, un mundo desconocido se presentaba ante mi.

Una gran escalera central, de escalones iluminados, conducía a aquella inmensa nave. El lugar tenía una ambientación industrial,

elegante y cuidadosamente diseñada. Las luces tenues creaban un ambiente íntimo y discreto en cada sala.

Una gran barra, repleta de todo tipo de bebidas, presidía la pista de baile. A su alrededor se extendían distintas zonas, decoradas con objetos típicos de aquellas prácticas. En el escenario, situado tras la barra, se sucedían las escenificaciones y exhibiciones, mientras el resto de la gente bebía o bailaba al ritmo de la música.

En la parte superior, una planta abierta en forma de anillo rodeaba la pista, como si fueran los balcones de una platea. Desde abajo no se veía lo que ocurría allí arriba: solo los grandes ventanales oscuros que reflejaban las luces del local.

Me sentía un poco desubicada; todo aquello me sobrepasaba. Pero había venido a aprender, y no pensaba irme a la primera de cambio. Así que respiré hondo, avancé un poco más y traté de integrarme, o quizá encontrar a alguien conocido.

—La verdad es que todo esto me despierta mucha curiosidad. Me gustaría vivir algo así, para poder descubrir qué me gusta y qué no. Pero, al mismo tiempo, me aterra la idea de no saber cómo asumirlo… o aceptarlo.

—Para eso necesitas encontrar a un buen amo —respondió él—. Alguien que sepa guiarte, que tenga paciencia y te eduque, moldeándote poco a poco.

En mi cabeza resonaban las palabras de Hugo. Pensaba en todo lo que me había contado sobre ese tipo de relaciones, sobre cómo funcionaban y hacia dónde debía enfocar mi búsqueda si realmente quería experimentar algo así.

Hasta ese momento, nunca me lo había planteado en serio. Si ya era complicado mantener una relación convencional, imaginarme en una dinámica de ese tipo me parecía casi imposible. Mis dos últimas parejas habían sido un auténtico desastre, aunque por razones muy distintas.

La primera fracasó por exceso de trabajo: ambos éramos adictos a nuestras carreras, y los continuos choques de poder hicieron inviable la convivencia. La segunda, en cambio, se apagó por completo. La rutina y la apatía se instalaron entre nosotros hasta que, un día, simplemente nos estorbábamos.

Con antecedentes así, era lógico que mis referencias sobre el amor no fueran precisamente alentadoras. Y aun así, allí estaba yo, intentando entender qué era lo que realmente buscaba.

En un momento de la noche, Hugo, siempre tan atento, me presentó a algunos dominantes que estaban en la sala. Supongo que quería ayudarme… y, de paso, perderme de vista un rato. Algo lógico: a nadie le gusta hacer de canguro toda la noche. A mí me pareció genial; tener la oportunidad de conocer a más gente siempre era algo positivo.

Pasé un buen rato con ellos. Se esforzaban en explicarme las diferentes posturas, las prácticas más comunes y los problemas habituales que podía encontrarme. Pero, sinceramente, terminé agotada de tanta teoría… y de alguno que otro tono autoritario que empezaba a sobrar. Así que decidí escaparme un momento a la barra para tomar una copa.

—Por favor, ¿me pone un Cutty con cola?

—Enseguida.

—No deberías beber alcohol, ya te lo dije. ¿Vas a obligarme a mover hilos para que no te sirvan nada?

"¿Esa voz?"

Me quedé helada. Aquella voz me resultaba demasiado familiar… tan reconocible que el corazón me dio un vuelco.

¿Era él?

Me giré discretamente hacia la derecha y, efectivamente, allí estaba. Sentado en uno de los taburetes, con sus dos inseparables perros rabiosos a los lados.

Martín.

Era mucho más atractivo de lo que lo recordaba. Su presencia imponía, llenaba el espacio sin esfuerzo. Llevaba una camisa oscura perfectamente entallada y un reloj caro que brillaba bajo la luz tenue del local. La barba, impecable; la mirada, intensa, casi desafiante. Tenía ese tipo de elegancia que no necesita alardes, aunque él, sin duda, sabía perfectamente el efecto que causaba.

Su sonrisa —arrogante, segura, peligrosamente encantadora— me desarmó por completo.

"Joder… no lo recordaba así."

Los flashes de aquella noche, asaltaron mi cabeza de golpe, provocándome el recuerdo de una sensación agradable. Necesitaba disimular todo aquello que esa voz me traía, así que haciéndome la digna mire hacia el otro lado.

—¿No vas a decir nada?

—…

—Marco, tenemos un problema… si, entiendo… dame un momento.

Estaba hablando con alguien por teléfono, cuando se levantó de su taburete y se alejo de mi.

" Perfecto, se ha marchado. Así no caeré"

—Estupendo… gracias tío, te debo una.

No tardó mucho en volver, a la vez que la camarera se acercaba directamente a mi.

—Lo siento, no podemos servirle alcohol. Si deseas tomar otra cosa.

—Perdona, ¿porque razón no puedo consumir alcohol?

—Lo siento, son instrucciones del jefe .

Mire al molesto compañero de taburete, que algo me decía, tenía que ver con todo aquel embrollo. Y ahí estaba otra vez, su mirada

vencedora y soberbia. ¡Que asco me daba! Ver esa prepotencia de señor importante, y volvía a fastidiarme la noche.

—Ya sabes lo que has de pagar, si deseas tomar esa copa.

—Ni en sueños.

Solo pensarlo, erizaba mi piel, y el recuerdo de aquellas manos, me inquietó. Aunque deseara volver a vivir todo aquello, no estaba dispuesta, a entrar en su chantaje. Así que perdía el tiempo, si pensaba que presionando, acabaría recurriendo a sus brazos.

El tipo no se rendía, era obstinado y abusivo. Usaba influencias sin pudores, para salirse con las suyas, jugando a su antojo con su nuevo capricho. Y parece que ahora, se le había metido en la cabeza, que yo fuese ese juguetito.

No estaba dispuesta a permitírselo, eso no ocurriría, no dejaría que jugase conmigo, y menos aún, que me manipulase.

—Bueno hasta otra.

—¿Ya te rindes?

—Yo, ¿acaso estaba luchando?

Sin esperar a una respuesta, me levante y me marché de aquel lugar. No tenia tiempo de quedarme a escuchar, una estupidez más de aquel imbécil. Tenía que salir de allí, de una vez por todas.

—Espera, donde vas con tanta prisa.

Su mano sujetaba con fuerza mi brazo, impidiéndome continuar, me retenía quieta en el mismo lugar. No quería que me fuese de allí, estaba claro, pero no me iba a dejar avasallar por semejante personaje. Así que con sutileza y cierta picardía, hice el ademán de quitar su mano de mi.

Mi plan salió mal. En mi esfuerzo por librarme de él solo pude caer más aún en sus garras. Atrapándome, me acorraló contra su cuerpo mientras me sujetaba por la cintura, y me presionó fuerte contra él.

—Lo quieras o no, vas a ser mía.

Aquel susurro gélido, se coló en mi oído. Perforándome el tímpano, las vibraciones de sus palabras, que retumbaban a la vez que mi cuerpo temblaba. No se bien si aquello, fue por miedo o de emoción, pero él lo sintió al igual que yo. Fue entonces, cuando me cogió de la mano, presionando con energía mis huesos, y tiro de mi.

—Vámonos de aquí.

No pude decir nada, ni si quiera tuve tiempo a preguntar porque. Estaba consternada, y quizás algo aturdida, para oponerme a él. Así le seguí, caminaba un paso detrás de él, sin soltarme, caminaba tras sus espaldas y siguiendo su camino, nos dispusimos a abandonar aquella fiesta.

—Vaya, Sabrina veo que seguiste mis consejos.

Hugo apareció de pronto, interceptándonos en mitad de aquella huida torpe y forzada. Verlo fue un alivio inesperado, una bocanada de aire justo cuando empezaba a ahogarme.

Apenas podía hablar. El miedo se había apoderado de mí por completo, calándome hasta los huesos. Pero sabía que Hugo entendería lo que estaba pasando. Él podía tener la capacidad de leerme, de entender sin que hiciera falta decir una sola palabra.

Era solo él quien podía sacarme de aquello. Solo tenía que fingir que era su sumisa, y entonces ese tipo arrogante me dejaría en paz. Las normas del lugar lo obligarían a respetarlo.

Pensarlo me devolvió el control. Sentí cómo el miedo empezaba a diluirse, cómo mis músculos dejaban de tensarse poco a poco. Y por primera vez en toda la noche, me sentí a salvo.

Un choque de manos y un rudo abrazo, destrozo mis esperanzas, quitándome de inmediato mi incipiente tranquilidad.

Para nada habría esperado aquello… mis ojos al verlos se abrieron de sorpresa, dejando clara, la prueba de mi conmoción.

Hugo le saludó enérgicamente, como quien saluda a un buen amigo. ¡El tipo que, literalmente, me había llevado a tirones!

Con un código secreto de testosterona, que se escapaba a mi corto entendimiento, se aporreaban las espaldas en muestra de aprecio. Y mientras aquel tipo aún sujetaba con más fuerza mi mano, ambos se detenían con calma a conversar.

—¿Piensas rompérmela o qué? —interrumpí su dudosamente interesante conversación.

—Silencio.

—Estás loco si piensas que me voy a callar. Eres un egocéntrico.

Los labios de aquel tipo devoraron mi boca antes de que pudiera cerrarla tras mi queja. ¿Qué narices hacía? Sujetaba mi cara con vigor, con la misma mano que minutos antes había usado para saludar a Hugo. Tanta presión me dolía. Traté de librarme de su agarre, forcejeando, intentando incomodarle. Pero él, con la otra mano, me clavó el brazo contra la espalda, inmovilizándome y obligándome a no poder defenderme.

—Guau, Martín, vas a tener trabajo si quieres educar a esta fierecilla. Menuda rebelde te has buscado.

¿Martín? Ese era su nombre. El nombre del ególatra que se había propuesto someterme. Y para colmo, ¡Hugo lo conocía! Desde el momento en que nos cruzamos con él, dejó de dirigirse a mí al hablar. Solo le hablaba a Martín. Como si yo hubiese desaparecido. Como si mi presencia ya no importara. No me tenía presente.

—Hugo, estoy aquí… ¿recuerdas?

Pero de nada sirvió mi arrebato de dignidad. Hugo directamente se había olvidado de que estaba allí. Ni el más mínimo gesto, ni una mirada, nada que demostrara que reconocía mi presencia. Era un objeto más de la decoración de aquel maldito lugar.

—Martín, nos vemos en otro momento.

—Disfruta, hermano.

Junto a Hugo estaba su sumiso, Edy. Me miraba con cierta envidia. No podía entender esa mirada. Yo trataba de librarme de aquel tipo… ¿y él me miraba con envidia? El mundo se había vuelto del revés. ¿O qué demonios estaba pasando allí?

—Nena, disfruta de la noche.

Fue lo único que dijo cuando pasé junto a él, del brazo de aquel casi monstruo.

—Vamos, salgamos de aquí —ordenó Martín.

Subiendo por las escaleras que daban acceso a la planta superior, pensaba en mis opciones.

"Creo que solo hay dos formas de superar esto: o me resisto, exponiéndome a cualquier cosa… o me muestro colaboradora e intento reconducir, al menos un poco, toda esta locura."

Opté por la segunda. A fin de cuentas, era la única forma de no salir dañada.

Al entrar en uno de aquellos reservados, Martín no se molestó ni en encender la luz.

—Ven por aquí.

Me condujo hasta el gran ventanal. Desde allí se veía toda la sala: una vista realmente espectacular. Podía observar cada rincón del lugar —la gente bailando despreocupada, los camareros sirviendo copas sin descanso, y la exhibición que tenía lugar en el escenario de la pista—.

Sin embargo, tenía claro que aquel hombre no me había llevado hasta allí para disfrutar de las vistas. Algo más venía detrás de todo aquello. Y, efectivamente, así fue.

Sacó unas cuerdas de uno de los cajones de la gran estantería que tenía a sus espaldas. Sin decir palabra, inmovilizó mis manos y las ató a una de las argollas del tubo de metal que atravesaba en horizontal el ventanal.

—Así estarás quietecita —murmuró.

Le miré de forma desafiante. Si creía que me quedaría quieta por estas simples ataduras, la llevaba clara. Aún tenía mis piernas, con las que podía patearle en cuanto se acercase a mi.

Me mantenía firme, preparando mi pierna para poder arrearle el golpe certero en cuanto se aproximara. Buscando apoyo contra ese tubo de metal, comprobé mi estabilidad al levantar alguno de mis dos pies. Tenia que calcularlo bien, no quería verme en el suelo y dejar pasar mi gran oportunidad, así que improvise un punto seguro de agarre.

Estaba preparada para él momento, pero este nunca llegó. En esta ocasión, ni se acerco a mi lo mas mínimo. Solo se mantuvo sentado, con las piernas cruzadas y acomodado en aquel ostentoso sillón, mientras me mirada inquisitivamente. ¿Qué diablos pretendía?

Antes de que pudiera abrir la boca, la puerta de aquella pequeña sala se abrió. Y una hermosa mujer, ataviada de un minúsculo vestido de cuero negro, entró por ella. No entendí bien, cual era el motivo de su presencia allí, ¿Acaso pretendía hacer un trio?

Todo tomo sentido cuando acercándose a él, se arrodillo entre sus piernas y como una dócil gatita, se acurrucó a sus pies. Él le acariciaba su pelo, ella mientras, agradecía cada una de sus caricias rozando su cara contra él. Una escena que me parecía algo forzada, una representación farsa y burda, que buscaba incomodarme, aunque para mi era indiferente.

En la boca de ella, introdujo su dedo pulgar, ella recibió con alegría. Chupándolo y succionándolo, disfrutaba de él con todo su ímpetu y dedicación. No quería mirarlos. Así que me gire hacia el gran ventanal, apartando de mi vista, de aquella patética provocación.

"No puede ser tan fácil"

Fue lo que pensé en aquel momento.

Él no hizo nada para obligarme a girar, simplemente me dejo hacer y mirando a la pista de baile me distraía, mientras tras de mi, se escuchaban ruidos de dudosa procedencia. Veía la gente bailar, ajena a todo lo que ocurría sobre sus cabezas. Y mirando a los otros ventanales, inventaba situaciones de las posibles vivencias que allí estuviesen ocurriendo.

Un fuerte gemido me sacó de mi curioso entretenimiento. Al voltearme de nuevo sobre mi, me vi sorprendida. Esa mujer de rodillas frente a él , le hacia una felación a Martin, que la sujetaba del pelo, clavando su boca y su garganta contra él. Me resultó revulsivo ver aquello, más aún al ver la cara de satisfacción y desahogo enfermizo que se leía en sus ojos. Y con desprecio, volví a girar mi cara de vuelta a lo que ocurría detrás de mi. Prefería estar toda la noche mirando por aquella ventana, antes que presenciar semejante espectáculo.

—¡Sabrina mira aquí!

Me grito desde su sillón. En un tono enfadado y autoritario, me ordenaba que lo mirase de vuelta, pero no pensaba hacerlo. Podía seguir oyendo las arcadas que daba aquella mujer, como se atragantaba con lo que le estuviera haciendo, y pretendía que yo fuese la espectadora de su obra.

—Sabrina, gírate y mira, sino tendré que usar otros medios, para hacerte mirar.

¿Qué podía hacerme para obligarme? No podía forzarme a ver lo que no quería, por lo que no hice ni la mínima intención de girarme.

—Sabrina, es tu última oportunidad.

No hice nada, me quedé mirando por aquel cristal. No veía nada, había apretado mis ojos, cerrándolos por completo. Esperando a ver que vendría después de aquella clara amenaza.

Silencio, eso fue lo que llegó. Un silencio sepulcral. Ya no se oían las arcadas de aquella chica, ni la voz enfurecida de Martín, ni tan siquiera se oía la música. Sólo silencio. Silencio y mi corazón que se aceleraba a cada segundo que pasaba. Espere durante algunos minutos, con la sensación de que aquello traería algo después, pero nada ocurría. Así que pensé que debían de haberse marchado, era entonces mi momento. Con precaución y cierta inseguridad, me giré para ver si quedaba alguien. Y allí estaba él, sentado en el mismo sitio que estaba y con la melena de aquella mujer en su mano, tirando de su cabeza hacia atrás.

—Bien Sabrina, como has hecho que Ruth tuviera que parar por tu culpa, ahora serás tu quien pague por ello. Vuelves a estar en deuda conmigo.

—Yo. Pero si yo no hice nada.

—Eso no importa, mi dulce Mariposa.

Él soltó el pelo de Ruth y le hizo una ligera señal para que se moviese. Ella sin replicar, desapareció en la oscuridad de aquella habitación. Mis ojos se abrían de par en par, tratando de localizar hacia donde había ido, o donde se encontraba, pero no conseguía ver nada. Sonriendo desde el sillón, él me miraba con ojos desafiantes, incluso podía decir, que vi diversión en ellos. Con su aire de soberbia, me retaba con la mirada.

Aquel jodido y puto juego, era una locura para mis sentidos. Mi cabeza fluctuaba, dando vueltas, en busca de razones. Un bucle de sensaciones, que desordenaba las bases de mi tranquilidad.

Y ella volvió. De nuevo, volvía a estar junto a él, y ofreciéndose, le mostraba en sus manos algunos de sus juguetes. Martin, observándolo, selecciono uno de ellos. Una especie de micrófono de aspecto curioso, que no resultó serlo. Lo puso en funcionamiento, mostrándole frente a ella, aquello zumbaba como un incómodo insecto. Tenía la esperanza, de que aquello fuese para Ruth, quien continuase con el placer de aquel curioso juego. Pero el destino no estaba de acuerdo conmigo. Y me vi encontrándome con una imagen, que en ningún de mis sueños, me habría imaginado.

Él, entregaba el objeto elegido, a su fiel mascota. Quien lo cogía con gusto, y lo miraba con muchísima satisfacción. Martin, entre tanto, la sujetaba de su pelo, señalando con su dedo y marcándome como el objetivo, donde ella satisficiera su deseo.

¡No puede ser! No podía creer cuales eran sus intenciones. Pero atada y casi inmovilizada, poca resistencia iba a poder poner. Así que torpemente decidí atacar.

—¡Ni se te ocurra tocarme, zorrai Te voy a meter una demanda que vas a flipar, como me toque con el maldito cacharro.

Pero ni se lo pensó. Sin parar en su trayectoria, continuo sin mirarme tan siquiera, y decidida a obedecer, se plantó delante de mi. La tenía ya a milímetros de cara. Tenía que pensar rápido la forma de evitar aquello. Y no se me ocurrió otra cosa, que por más que me costase tenia que hacer. Suplicar.

—¡Dile que se aleje, ya! Te lo suplico Martin.

—Así no se piden las cosas señorita.

La muy perra, no se paro al escuchar los gritos, de aquella conversación que trataba de mantener con el cabrón que la enviaba. Cogió el cacharro aquel y sin abrir la boca, lo metió entre mis piernas, poniéndolo en funcionamiento. ¡Un vibrador!

—Señorita vas a tener que aprender modales, si pretendes conseguir algo de mi.

Ese maldito engreído, narcisista, que disfrutaba haciéndome la vida imposible. Ahora además, pretendía que le hablase como a un señor. ¡Ni de coña!

Pero lo cierto es, que la ventaja no estaba de mi mano. Tenía que jugar bien mis cartas y reconocer que de una forma incomprensible, aquello me estaba empezando a resultar, más interesante de lo que pensaba. Y sin más mediación, me vi pidiendo por favor que parase aquel atrevimiento. Un martirio, que empezaba a ser más agradable de lo que esperaba, descolocándome por completo todos mis esquemas.

-Por favor. ¡Para ya esto!

No decía nada, sin inmutarse seguía sonriendo, mientras miraba la escena porno, que el se había auto fabricado.

—Por favor, te lo estoy pidiendo por favor.

Nada, seguía inmóvil. Y Ruth en cambio continuaba con su labor, subiendo un par de puntos mas la intensidad.

—Joder, por favor, páralo ya.

El mismo resultado que habían seguido mis otras plegarias, fue el que obtuve con esta. Comenzaba a estar ofuscada, envenenada de tanto ardor y furia. Pero él, parecía no interesarle mis plegarias y seguía haciendo caso omiso a mis peticiones.

—¡Maldito seas, chalado egocéntrico!. Ya te he pedido por favor que pares esta locura.

—¿Y porque debería hacer algo así?

—Me has pedido que lo pida bien y eso hago.

—Bueno, bien es decir demasiado, ¿no crees?

Me mordí los labios, en señal de extrema exasperación. Aquello me estaba haciendo perder el juicio. La mezcla de excitación que provocaba aquel chisme, sobre mi clítoris húmedo e hinchado y la furia que despertaba en mi, su comportamiento altivo y arrogante, me enloquecía.

—Por favor, te suplico una vez mas que pares ya este tormento.

—Creo que sigues sin entender como son las cosas aquí.

—Por favor, te lo estoy suplicando, detén esto ya.

Lágrimas de rabia recorrían mi rostro, no podía soportar más aquel desafío hacia mi dignidad y hacia mi misma. A la vez que jadeos incesantes comenzaban a acumularse en mi garganta. Que diablos era aquella insensatez.

Los minutos pasaron rápidamente, viendo como el calor en mi cuerpo crecía y crecía. Una extraña sensación de desafío se generaba en donde Ruth clavaba aquel aparato. Y yo ya no podía hablar, solo jadeaba y resbalaba, buscando un atisbo de serenidad ante tanta urgencia.

—Ni se te ocurra terminar, si no quieres conocer lo que pasaría después.

Aquella frase que pretendía intimidarme o incluso acobardarme, no lo hizo. Tan solo consiguió que aquello que crecía en mis entrañas, aumentará más y mas, llevándome a un punto sin retorno.

—Déjeme terminar mi señor.

Aquellas palabras retumbaron en toda aquella habitación. El eco de las mismas se repetía en mis oídos una y otra vez. Necesitaba terminar con aquella agonía y mi alma solo supo suplicar por ello de la forma que entendió que debía de hacerlo.

—Termina.

Fue lo único que dijo. Y haciéndole una señal a Ruth, esta me propició el placer necesario para acabar gritando de desesperación a la vez que mi cuerpo convulsionaba con las ondas de sensaciones que me enviaba. Fue tan intenso y explosivo, que sentí como mi cuerpo se debilitaba, quitándome las fuerzas necesarias para mantenerme en pie. Y sentí como me precipitada directa al suelo.

No llegue a tocarlo. Unos fuertes brazos me sostuvieron. Evitando así el vergonzoso final, a mi ya de por si, bochornoso orgasmo.

—Esta bien, te tengo.

Tan solo escuche esa frase, antes de caer en una somnolencia total que me obligo a cerrar los ojos.

Al despertar al día siguiente, me senté sobre saltada en la cama. Los recuerdos de la noche anterior habían atormentado mis sueños, durante toda la noche, y aún me sentía cansada. El malestar de las muñecas algo doloridas, eran señales que me recordaban que aquello, no había sido solo un sueño, sino que realmente habia ocurrido. Fue instantáneo, como las mejillas enrojecieron con el rubor, que me dio la vergüenza que sentí al recordar de golpe los momentos más torcidos y decidí que lo mejor sería, olvidarlo todo en aquel mismo momento. Dejar de pensar en aquello y sacar todo lo que pudiese de mi memoria aquellas escenas, tenían que ser mi máxima prioridad. Pero la nota que encontré en mi mesita de noche, no me permitió hacerlo.

—Prepárate, ahora eres mía.

¡Que ostias! ¿Que narices quería decir con prepárate? ¿Y con el eres mía? Aquel macabro juego que estaba llevando acabo, empezaba a preocuparme mucho más de lo que pensaba. El psicópata aquel estaba empezando a darme escalofríos y no me gustaba ya el curso que estaban tomando las cosas.

Así que aproveche que no tenia nada previsto en la mañana, para contactar con mi viejo amigo Eduardo, que durante muchos años había trabajado colaborando con la policía en casos de bandas organizadas, y que ahora elaboraba perfiles psicológicos para el Csi.

-Edwin, ¿tendrías un rato para mi hoy?

- Claro. ¿Te ocurre algo?

- Luego te cuento.

- Estupendo, pásate por mi oficina y luego si quieres salimos a comer algo.

-Nos vemos en un rato

Sabía que Eduardo podría ayudarme con esto. Tenía muchos años de experiencia como psiquiatra y podía confiar plenamente en él. Seguro que con él, podría encontrar ayuda para entender todo aquello.

……

Capítulo IV. La Mafia…

Unos días después, me dirigía a la oficina de Eduardo. Él había trabajado durante años en colaboración con la policía y conocía a muchas personas del mundo de la noche.

Los nervios y la intriga me atenazaban. Desde aquella noche, un extraño presentimiento se había instalado en mí, haciéndose sentir más de lo que quisiera admitir.

Necesitaba saber a quién me enfrentaba… y, sobre todo, por qué ese interés tan insistente en mí. No creía ser el tipo de mujer con la que él solía relacionarse, ni que mi mundo estuviese a la altura de su estatus social. Era un hombre acostumbrado a decidir cómo y cuándo se hacen las cosas… y algo me decía que no se rendiría ante un simple "no".

Esa certeza me inquietaba. Desde entonces, no conseguía estar tranquila. Y, en el fondo, lo sabía: aquello no había terminado.

Habían pasado ya algunos días desde lo ocurrido en el club, y aunque no había vuelto a tener noticias de él, algo en mi interior me decía que volveríamos a encontrarnos. En su ausencia, recuperé una calma engañosa, convenciéndome de que lo normal sería no coincidir de nuevo. Al fin y al cabo, yo no pertenecía a su mundo.

Pero esa sensación persistente, casi como una advertencia, me susurraba que no sería así por mucho tiempo. Por eso necesitaba adelantarme, descubrir quién era aquel hombre misterioso… y para lograrlo, contaba con la ayuda de Eduardo.

Entrar en su viejo estudio fue como viajar al pasado. Todo estaba igual: columnas de carpetas y papeles apilados hasta cubrir gran parte de la mesa, y siempre de fondo esa romántica melodía que tarareaba sin descanso, su canción favorita de los Beatles. Su bolígrafo marcaba el compás como un tambor, acompañando de vez en cuando con algún acorde improvisado en su ronca voz.

—Veo que hay costumbres que nunca cambian —comenté, intentando ocultar mi nerviosismo.

—Pequeña… cuánto tiempo sin verte. Te has convertido en una hermosísima mujer —respondió, con esa mirada que parecía leerme el alma.

Eduardo fue, para mi padre, mucho más que un amigo. Desde la secundaria compartieron secretos, risas y silencios, y cuando mi padre enviudó, él estuvo allí… sin hacer preguntas, simplemente ocupando el espacio que la soledad había dejado. Con el tiempo, se convirtieron en inseparables.

Su rutina era casi sagrada: el café de las siete, el aperitivo antes de comer, y al caer la tarde, esa copa tranquila que parecía alargar el día antes de que cada uno regresara a su casa. Siempre tenían algún viaje en mente, algún plan que los mantenía mirando hacia adelante. Se cuidaban, se acompañaban… se salvaban mutuamente.

Para mí, Eduardo siempre fue familia. Desde niña lo vi como un tío silencioso y protector, un hombre que no buscaba protagonismo pero que estaba ahí, siempre. Nunca necesité recurrir a él, ni siquiera cuando comencé en el mundo del derecho criminal. Y, sin embargo, aprendí de él tanto como de mi padre. Mi padre… ese abogado penalista de renombre cuya voz todavía escucho cuando dudo. Entre los dos me dejaron un legado de lecciones que aún hoy guían mis pasos.

Pero hoy era distinto. Hoy no venía a escuchar sus historias, ni a compartir un café. Venía a pedirle ayuda. Y no por un caso… sino por algo que atravesaba mi propia vida.

—Menuda alegría me da ver que sigues con tan buen criterio musical —dije en cuanto le vi, con una sonrisa medio irónica—. Ya pensaba que esas nuevas melodías te habían seducido.

—Jamás, niña. Lo que hoy hacen es cualquier cosa… menos música —respondió, y por un instante, todo volvió a sentirse como antes.

Ese rato de risas con Eduardo me arrancó, por un instante, de las preocupaciones que esta nueva "amistad" había empezado a traerme. Era como si, a su lado, los problemas se desdibujaran y quedaran suspendidos en un rincón de la memoria.

—Bueno… pero cuéntame, ¿qué te trae por aquí? Porque no creo que hayas venido sólo a escuchar mi magnífica versión de aullidos de Let it be —dijo, con esa chispa burlona que siempre conseguía arrancarme una sonrisa.

—No puedo contigo… siempre terminas haciéndome reír hasta llorar.

—Nada, nada… deja las lágrimas para los funerales —contestó, como si fuera un pacto tácito entre nosotros mantener el mundo a raya a base de humor.

La verdad es que, a veces, resultaba imposible hablar seriamente con él. Su sentido del humor —despreocupado, sin filtros— te hacía reír hasta las lágrimas, y parecía no conocer límites cuando se trataba de lanzar una ocurrencia ingeniosa. Sin embargo, aunque en

ese momento su distracción me venía bien, sabía que mi motivo para estar allí era otro.

—Tienes razón… te necesito —confesé, dejando que el peso de la frase se instalara entre nosotros—. Creo que me he metido en un problema… con una persona. Y, la verdad, no sé ni cómo enfocarlo… ni con quién estoy tratando.

—A ver… cuéntame —dijo, con un tono más serio, como si de pronto hubiera dejado espacio para mis sombras.

Durante algo más de una hora le conté, con todo detalle, lo que había sucedido en los últimos días. Al principio llevaba en mente omitir ciertos aspectos… los más escabrosos. Al fin y al cabo, Eduardo había sido el mejor amigo de mi padre, y un pudor extraño me frenaba. Pero su manera de escuchar, su amabilidad y esa confianza que parecía envolverlo todo, hicieron que la conversación fluyera sin esfuerzo. Sin darme cuenta, me adentré en lo más profundo de los hechos. No me reservé nada: desde las provocaciones constantes e intimidatorias de sus matones, hasta el impacto —casi aturdimiento— que sentí al empezar a disfrutar, contra todo pronóstico, de lo que ocurría en aquella sala.

—¿Y cómo dices que se llamaba aquel local? —preguntó, con el ceño apenas fruncido.

—Inferno.

—Veamos… déjame corroborar una cosilla.

Removió algunos papeles hasta encontrar uno entre los cientos de folios que se amontonaban sobre su escritorio. Luego empezó a teclear en su portátil, con la seguridad de quien sabe exactamente lo que busca. De pronto, se detuvo en seco. Su rostro se endureció y sus ojos se clavaron en la pantalla. La expresión seria, casi de incredulidad, me advirtió que había encontrado algo… y por la forma en que me miró, supe que no eran buenas noticias.

—¿Encontraste algo?

—Sí.

—Entonces dime… ¿de quién se trata?

—Créeme… no te va a gustar.

—Eduardo, por favor… dime algo.

—Martín Varela. Hijo del narcotraficante Thiago Varela y sobrino del gran juez corrupto Antón Varela Cans.

—¿Te refieres al juez implicado en aquel proceso que, en los ochenta, cambió por completo el panorama del narcotráfico en Galicia?

—El mismo. Él y su hermano Thiago formaban parte del llamado grupo de los cinco. Por aquel entonces, las costas gallegas eran un hervidero de contrabando mafiosos y negocios turbios. De ahí surgieron los famosos hermanos Cachemira.

—¿Estás diciendo que es un…?

—No puedo asegurarlo al cien por cien, pero, descendiendo de quien desciende, es lo más probable. Según lo que me has contado, maneja algunos negocios nocturnos… del tipo que suelen usarse para el blanqueo de dinero. Y por la actitud que describes… —se inclinó hacia atrás, evaluándome con la mirada—, si hago un perfil, aunque sea superficial, diría que es un hombre con un ego desmedido, seguro de sí mismo, intimidante, y orgulloso de la grandeza de su apellido. Le gusta presumir, llamar la atención, su autoestima rebosa. Y algo más importante: no acata la autoridad de nadie. Así que, si me preguntas como criminólogo… te diría que estás describiendo a un mafioso.

El color de mis mejillas iban y venían conforme Eduardo me hablaba. Con solo pensar en el tipo de asuntos con los que este hombre se movía, me causaba escalofríos y un miedo atroz. Sabía que no era la primera vez que este tipo de personajes, trataban de extorsionar a jueces o letrados. Pero yo no era nadie, ¿Qué podía querer de mi?.

—No le des más vueltas Sabrina, simplemente mantente alejada de ese mundo y sigue tu vida. Por suerte, este tipo parece que ya se olvidó de aquello.

— Ojalá sea así. —Fue lo que pensé en silencio sin terminar de creerlo.

Cuando llegué a mi apartamento, la conversación con Eduardo seguía dándome vueltas en la cabeza. Repasé, una y otra vez, cada dato que me había revelado. No entendía cómo había acabado envuelta en algo así… y mucho menos con alguien como él. No tuve opción de elegir; simplemente me tocó.

¿En qué momento se cruzaron dos vidas tan distintas? Por más que buscaba una respuesta, lo único que encontraba era un nudo en el estómago. Siendo honesta conmigo misma, todo aquello me aterraba.

Me dejé caer sobre la cama, me acurruqué bajo la manta, como si pudiera esconderme del peso de la realidad, y con esos pensamientos aún palpitando en mi cabeza… me quedé dormida…

Las 11:20. Eso marcaba mi reloj digital cuando, por fin, conseguí abrir los ojos. Afuera me esperaba una luminosa mañana de sábado, aunque yo ya había dejado pasar medio día entre sueños. Pero me sentía distinta… descansada, como si al fin hubiera soltado un poco del peso que me apretaba el pecho.

En la cocina, un vaso alto y frío de zumo de frutas y verduras me llenó el estómago y, de algún modo, también el ánimo. Decidí vestirme y salir. Necesitaba aire… movimiento… sudar un poco para limpiar la mente. El gimnasio se convirtió en mi refugio: unas horas de deporte, música en los oídos y la adrenalina corriendo por mis venas, como si cada latido me devolviera un pedazo de control.

De regreso a casa, hice una parada para llenar la despensa. Compré sin prisa, como si ese gesto simple —llenar una bolsa con comida— fuera una forma de ordenarme por dentro. Al llegar, dejé las bolsas sobre la encimera y miré mi escritorio.

—Bueno… a ver por dónde voy a empezar —murmuré, con la voz apenas audible, como si estuviera hablándole a mi propio caos.

Comencé con los informas mas urgentes del caso en el que trabajaba. Todo en esos informes estaba claro. Había evidencias mas

que suficiente para concluir, y se habían expuesto todos los argumentos de forma clara y concisa. Los testigos habían relatado con detalle todos los hechos, que acontecieron aquella noche. Podía ser perfectamente un caso fácil de resolver. Pero mi cabeza no estaba centrada en ello, por mas que trataba de concentrarme y meterme en la historia, solo podía pensar en mí situación.

En mi cabeza tan solo una idea… Martín. No conseguía sacarlo de allí, dejando el recuerdo una imagen que no alcanzaba a borrar. Una mezcla de inquietante nerviosismo, fruto de mi imaginación ante las posibles actividades delictivas, me exponían a una gran tensión. La excitación que me producía recordar aquellos dos encuentros con él, ponían un contrafuerte a mi temor.

Aun me atraía el modo en que me miró, la irreverente forma de relamerse cuando lo hacía o el magnetismo que me atrapaba. Me seducía el sueño de sucumbir a la tentación y al deseo, convirtiéndome en una de las chicas, que solían andar cerca de este tipo de personajes.

El cansancio terminó por vencerme. Cerré los ojos y la habitación se fue cubriendo de un velo tenue, como si alguien hubiera bajado lentamente una cortina que cubría todo lo que alcanzaba mi vista. Las formas se desdibujaron, los sonidos se apagaron… y, sin darme cuenta, me dejé llevar. En ese instante, el sueño me atrapó dejándome descansar por un momento.

A la mañana siguiente, todo pareció un mal sueño. Aún tenía la resaca en mi cabeza, tanto pensar me no había merecido la pena, pero tenia una decisión y estaba decidida a llevarla acabo.

Junto a mi portátil, una taza de café me ayudó a despejar mi mente. Hoy iba a ser un día normal, nada diferente debia de ocurrir, ¡Por fin un día cualquiera!

Algo de teletrabajo en casa, junto con la improvisación de la cocina, me mantenía ocupada antes de tener que regresar a la oficina. Hasta que, de repente, sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién será ahora? —murmuré, sin darle demasiada importancia.

Abrí la puerta con la despreocupación de quien espera a un mensajero, sin fijarme en quién estaba delante de mí. Mientras preguntaba dónde debía firmar, continué escribiendo un correo en mi móvil.

—Si quieres firmar un contrato, puedo solucionarlo. Solo he de llamar a mi abogado y en treinta minutos lo tendrías aquí.

—¿Qué? —mi voz tembló, incapaz de disimular el sobresalto.

Aquella voz quebró mi tranquilidad. La mezcla de miedo y sorpresa me recorrió como un escalofrío que atravesó cada fibra de mi cuerpo, dejándome helada en la puerta.

—¿No vas a dejarme pasar? —preguntó, con un tono que parecía deslizarse entre la provocación y la calma.

—No —respondí, firme, aunque mi corazón latía con fuerza.

—Vaya… veo que alguien está algo inquieta. ¿Me tienes miedo? —dijo, dejando un leve matiz de burla en su voz—. O tal vez… es excitación lo que sientes.

—No debes estar aquí. ¿Qué quieres? —traté de mantener la compostura, pero cada palabra me costaba.

—Quería hacer las cosas bien. ¿Qué tal si empezamos por el principio?

Era difícil regresar a ese primer día que no conocimos. Habían pasado demasiadas cosas desde entonces, y ahora ya sabía quién era. Difícilmente podría volver a la ingenuidad de aquel instante, cuando le vi entrar por primera vez en el local.

—No puede haber un nuevo principio. Lo pasado, pasado está —dije, tratando de poner un límite.

—Cierto… —su voz se suavizó, pero no perdió su insistencia—. Pues, ¿qué te parece si vamos a tomar un café y enderezamos las cosas?

—Estoy trabajando, no puedo.

—Vamos, seguro que puedes hacer una excepción y buscar un momento para mí.

El aire entre nosotros se tensó. Cada palabra suya parecía una llave girando lentamente en una cerradura invisible, y yo no estaba segura de si abriría o cerraría la puerta.

Su aroma a madera ahumada y especias me envolvía, embriagando todos mis sentidos. Penetraba en mí como un narcótico, adormeciendo cualquier resistencia que pudiera tener. No supe decirle que no. Sin más oposición, cogí el abrigo y las llaves que colgaban junto a la entrada.

—Está bien, vayamos —dije, dejando que la decisión me llevara.

Me sorprendieron sus modales. Más allá del hombre egocéntrico y presuntuoso que había conocido, había un hombre educado, con gestos refinados que rozaban la caballerosidad. Me cedió el paso para que entrara primero en el pequeño ascensor de mi edificio. Al abrir la puerta del portal, se apresuró a sostener la del coche y a ayudarme a entrar. Afianzó mi cinturón, asegurándose de que quedara bien sujeto, antes de cerrar la puerta de aquel deportivo tan incómodo como elegante.

—¿Vas cómoda? —preguntó, con una mezcla de preocupación y atención, mientras ajustaba nervioso la temperatura dentro del habitáculo.

—Tranquilo. Estoy bien, me siento cómoda —le respondí, intentando calmarlo, aunque no podía evitar sentir cierta tensión en el aire que nos rodeaba.

De forma tranquilizadora, mi mano se posó sobre la suya, que jugaba nerviosa con la rueda del termostato. Vi un destello de asombro en sus ojos al contacto con ella. Ya me había tocado antes, en un momento casi violento, cuando casi me arrastró hacia la habitación reservada. Pero ahora era diferente: el tacto de mi mano se sentía cercano, cálido incluso, y él lo percibió de esa manera. Tal vez por eso se sorprendió; ni yo misma esperaba que fuese así.

Se quedó en silencio, sumido en ese asombro, hasta que, de repente, todo cambió. La mirada tierna se desvaneció, y de nuevo apareció su habitual prepotencia y altanería.

—¿A dónde vamos? —pregunté, intentando recuperar el control.

—No necesitas saberlo, ya lo verás —respondió, con un leve matiz de misterio en la voz.

Avanzamos hacia una zona industrial en las afueras de la ciudad. Un conjunto de grandes naves comerciales conformaba un entramado de locales exclusivos. Lugares increíbles, de ensueño para los sentidos y el buen gusto, que evocaban los rincones más selectos del mundo. Sitios donde el lujo se mezclaba con el peligro y donde todo podía suceder.

En la puerta de uno de ellos, un aparcacoches recogía los vehículos de los visitantes. Un hombre alto, con abrigo largo y rostro severo, saludaba a los que parecían viejos conocidos. Cuando el joven que gestionaba la llegada abrió la puerta del coche, sentí que aquel mundo podía atraparme.

—Acompáñame —dijo, y yo lo seguí, consciente de que estaba entrando en algo distinto, excitante y peligroso a partes iguales.

Ofreciéndome su mano, me invitaba a que entrelazara mis dedos con ella. Un gesto que me pareció una señal, de que aún habían esperanzas para este hombre. Cuando llegamos a estar delante del hombre de negro, me sentí intimidada. Sentía el peso de los ojos de aquel tipo sobre mi, escudriñándome, ni siquiera fui capaz de levantar la vista hacia el.

— Señor, bienvenido.

— Gracias Oscar. ¿Como tal va tarde? ¿ Sabes si ha venido Luciano?

—No ha llegado aún, señor. Le avisaré en cuanto esté aquí.

— No. No quiero que se me moleste. Si esta mi hermano, que se haga cargo él. ¿Entendido?

— Si, señor. Nadie le molestara.

Aquella conversación, me aclaró muchas de mis dudas. Él, no era un visitante mas. Él, era el jefe de todo aquello, y esos hombres, simplemente eran sus secuaces. Por eso, la mirada del seguridad y de todo aquel, con el que nos cruzábamos. Iba de la mano del jefe, del gran jefe. ¿Qué iban a pensar?

— Vamos, entremos.

De su mano, atravesé el gran salón. Numerosos camareros, se movían de un sitio para el otro, llevando bandejas cargadas de caras botellas y suculentos platos. El sitio era espectacular y el enorme salón con diferentes zonas reservadas, era casi como de películas. Lugares reservados donde grandes grupos de hombres, disfrutaban de uno de los mayores placeres de la vida, la comida. Un variado y elaborado menú gastronómico, hacia las delicias de todos aquellos comensales, que animados disfrutaban de todo lo que les rodeaba. Martín, con una sonrisa, tiro de mi hacia unas pequeñas escaleras que accedían a una especie de palco desde donde se observaba toda la platea de aquel restaurante.

“ A este hombre siempre le gusta observar a los demás”

Fue justamente lo que pensé, cuando nos sentamos al borde a la barandilla.

-¿Te gusta el lugar?

— Me parece increíble. Como en un sitio tan hostil como puede ser una zona industrial haya un lugar tan bonito. Se siente cercano y cálido, es como si fuese el comedor de un hogar. Se respira un ambiente familiar, aunque el sitio es todo un simbolismo del lujo. Parece como el gran salón de una película de gánster.

No fui consciente de con quien hablaba, hasta que mencione la palabra. Él era uno de esos gánster, y sin duda todos los que estaban en aquel salón también lo eran. Ingenua de mi por mi torpeza, me encendí nada más sentir sus ojos clavados en mi.

— No te avergüences. No dijiste nada, que no fuese cierto. Veo que ya sabes quien soy.

— Perdona, no quería hacer referencia a eso.

— Repito, no pasa nada, realmente es la definición más correcta de este lugar. Podrías haber dicho un nido de víboras, así que esta bien, con el salón de los gánster.

— Ya pero no quería incomodar.

Se notaba el miedo en mis palabras. Por mas que quisieses denotar lo contrario, ese miedo estaba ahí, y no era capaz de disimularlo.

— No temas, no tengo pensado hacerte nada. Solo quiero que nos conozcamos, es lo único a lo que aspiro. He entendido que no empezamos con el mejor de los pies, por eso me he decidido a intentar hacerlo bien.

—Me sorprende que alguien de tu posición se tome tantas molestias por una chica vulgar y corriente como yo.

—Créeme, Sabrina —respondió, con firmeza en la voz—. No tienes nada de vulgar, y mucho menos de corriente. Algún día lo entenderás.

Su seguridad me dejó sin palabras. Había algo en la manera en que me miraba, una mezcla de intensidad y verdad que hacía difícil dudar de él.

Llevándome a creerlo, exponiéndome a sentirlo… Notaba cómo mi autoestima crecía, haciéndome sentir deseada, poderosa, incluso sexy. El temor que me recorría se disipaba, junto con las advertencias silenciosas que intuía sobre lo que aquella noche podría traerme.

Jamás había probado sabores como aquellos: delicias que se derretían en mi boca, inundando mi paladar con manjares imposibles de describir. Mis sentidos se rendían, distraídos por el aroma hipnótico de Martín.

—Ven… tienes que probar esto —murmuró, acercándose.

Sus dedos rozaban mi brazo con una suavidad calculada, mientras sus manos, firmes, sujetaban mis muñecas. No me percaté de la trampa hasta que el frío metal de las esposas abrazó mi piel, inmovilizándome contra las patas de la silla.

—¿Por qué me estás sujetando? —pregunté, mi voz temblando con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

Sabía que él no dejaba nada al azar. No era un hombre que improvisara. Todo en él respondía a un plan, a un propósito… aunque yo desconocía qué me aguardaba en ese guion silencioso.

—Relájate… solo tienes que confiar —sus palabras flotaban fáciles desde su posición, pero mis manos temblaban dentro del metal.

Con la yema del pulgar acarició mis labios, ejerciendo una leve presión sobre ellos. Sus ojos se mantuvieron fijos, como si observara el instante exacto en que el rubor comenzaba a teñirlos.

Algo en su mirada me decía que aquello apenas comenzaba…

Cogió un trozo de carne de mi plato y, sin apartar la mirada, acercó el tenedor a mis labios.

Podía comer sola, claro, si él soltase mis manos. Pero no lo hacía. Y entonces me pregunté: ¿por qué?

La situación me descolocaba, me mantenía fuera de mi zona de confort. Sentía una mezcla extraña entre vergüenza y una chispa que, sin entender, me recorría entera. Él parecía disfrutarlo, y lo peor —o lo mejor— era que yo también.

Trozo a trozo me fue alimentando, como si cada bocado formara parte de un ritual secreto. Incluso al llegar al postre continuó, cortando un pedazo de mango que, esta vez, no me dio con el tenedor: lo sostuvo entre sus labios y esperó. Yo, cautiva del momento, me incliné para recibirlo. El dulce sabor de la fruta se mezcló con el calor de su boca, y un escalofrío me atravesó.

Estaba tan sumida en ese juego que no vi venir el siguiente gesto. Con un movimiento firme, me inclinó hacia atrás junto con la silla, sosteniéndola con una sola mano mientras su otra mano buscaba mi piel.

—Te tengo, princesa —susurró, con esa voz grave que hacía temblar el aire.

Me mantenía suspendida, en una postura tan inestable como el propio latido que sentía en mi pecho. No sabía si debía recuperar el control… o abandonarme del todo a su juego.

—Martin— no alcancé a decir más.

Sus dedos rozaban con suavidad la delicada piel de mi oscuridad, deslizándose sutiles, casi etéreos, como si buscaran encenderme sin que yo misma lo advirtiera. El roce ligero contra el encaje de mi ropa interior me provocaba una sensación incipiente, deliciosamente perturbadora. Incluso tragué la saliva que mis labios retenían, mientras mi mente empezaba a perderse en el juego seductor que él proponía.

Estaba decidida a rendirme. Ya no tenía fuerza para oponer resistencia; me abandonaba a sus deseos, aún sabiendo que en ellos me arruinaría por completo. Mis ojos se nublaron, atrapados en el

trance del momento, justo cuando su toque sobre mi tela húmeda se volvió más firme, más exigente.

Fue mi respiración entrecortada la que marcaba el compás de sus caricias, cada una más intensa que la anterior. De mi garganta escapaban suspiros tímidos que apenas lograban sostenerme, hasta que finalmente cedí: los gemidos se convirtieron en la confesión inevitable de mi derrota. Y entonces se inclinó hacia mi oído, con un murmullo que me desarmó, y me reclamó suya.

—Aún no lo sabes… pero ya eres mía.

Su voz me atravesó, haciéndome temblar sin remedio.

—Yoo…

No logré terminar. Él no lo permitió. Y sellándome cualquier intento de palabra introdujo un nuevo trozo de mango en mi boca, silenciándome con la dulzura prohibida de su gesto.

Saboreé aquella fruta prohibida; su dulzura resbalaba por mis labios y me obligaba a relamer cada gota de su néctar como si fuese un secreto compartido solo entre nosotros. El placer me estremecía, y por un instante creí que todo lo que había imaginado podía volverse real.

Su mirada ardía cuando se detenía en mi garganta; la sentía descender lentamente, rozando con deseo mis pechos, atrapando cada curva con una intensidad animal que me dejaba sin aliento.

En un arrebato, sus manos me liberaron de la silla y, con una fuerza feroz, me levantó sobre sus hombros. Su brusquedad me excitaba, me hacía temblar de anticipación. Mi cuerpo, expuesto, revelaba mi ropa interior a cada testigo en el camino, y la mezcla de vergüenza y deseo encendía aún más mi piel.

Avanzaba conmigo como si yo le perteneciera, llevándome hacia una habitación oculta, un refugio secreto donde la tensión vibraba en el aire. No sabía qué me esperaba detrás de aquella puerta, pero lo presentía: algo oscuro, intenso, y misteriosamente irresistible.

Avanzaba conmigo como si yo le perteneciera, arrastrándome hacia una habitación oculta, un refugio secreto donde la tensión vibraba en el aire. No sabía qué me esperaba detrás de aquella puerta, pero lo presentía: algo oscuro, intenso y misteriosamente irresistible.

Entramos en una sala en penumbras, donde correas y cadenas colgaban de las vigas del techo. El ambiente hostil apagó de golpe mi excitación apenas crucé el umbral. Mis rodillas flaquearon al ver cómo algunas de aquellas cadenas se balanceaban suavemente, como si el lugar respirara por sí mismo. Una sala de torturas.

—¿Qué es este lugar? —pregunté con la voz quebrada.

—Ignora lo que ves, es solo una sala de trabajo.

¿Trabajo? ¿Cómo podía alguien trabajar aquí? Mi ingenuidad me obligaba a preguntármelo.

—No te preocupes, es algo con lo que no tienes que lidiar —añadió con naturalidad.

Al fondo, una pequeña puerta dejaba escapar una línea de luz. Me aterraba descubrir qué más podía esconderse tras aquel halo. Martín la abrió de un golpe, revelando algo incongruente: una oficina común. El contraste era tan brusco que me descolocó.

Me dejó sentada sobre la mesa de madera, que había despejado de un manotazo. Me colocó justo en el filo, situándose en el espacio reducido entre mis piernas.

—Eres preciosa —susurró, acariciándome con el sonido de su voz.

Sus manos grandes y ásperas recorrieron el exterior de mis muslos, delineando mi figura hasta enredarse en mi cuello, que cubrió por completo con su palma. Su pulgar se deslizó bajo mi barbilla, obligándome a alzar la mirada hacia el techo. Me rodeaba, me poseía, llenando todo mi espacio vital. Rozó mis mejillas con sus labios, aspirando el aroma de mi piel.

Mi respiración se aceleraba, y mi juicio se desvanecía ante su cercanía. Pero la imagen de la sala anterior persistía en mi mente, recordándome quién era él, a qué pertenecía, y qué significaban realmente sus "trabajos". No podía fingir que aquello no me afectaba.

Su mano se aferró a mi cabello, sosteniendo mi mirada fija hacia arriba mientras sus labios descendían donde antes había presionado su pulgar. Su delicadeza contrastaba con la violencia del entorno, pero mi mente ya no estaba allí: estaba atrapada en la visión de esas cadenas.

—¡Necesito salir de aquí! —grité, la angustia quebrando mi voz.

Me debatí contra su cuerpo, pero él me sujetó aún más, apretándome contra la mesa como una advertencia muda: no saldría si él no lo deseaba.

—No, princesa. No te marcharás. —Su tono firme y su mirada acerada me helaron la sangre.

El pánico se apoderó de mí. Golpeé su pecho con toda mi fuerza, con la rabia desesperada de quien lucha por sobrevivir.

—¡Por favor, déjame ir! —supliqué, la voz hecha un hilo.

Las imágenes de las cadenas se clavaban en mi retina, las advertencias de Arturo resonaban en mi memoria, y la contradicción entre el deseo y el miedo me desgarraba por dentro. La ansiedad me ahogaba, hiperventilaba, implorando sin descanso.

—Por favor… por favor… déjame ir… —la súplica se quebró en un sollozo mientras la opresión en mi pecho me asfixiaba.

Algo en mi desesperación lo sacudió, lo obligó a retroceder de improviso. Se apartó de mí, liberándome de aquella prisión.

—Márchate —su voz resonó grave, disconforme, como un eco que retumbó en cada rincón de la oficina.

Aquel sonido ronco me heló la sangre, obligándome a detenerme en seco. Me intimidaba, sí, pero no permitiría que me paralizara. Sin girar la cabeza para mirarlo, salí apresurada del restaurante, tropezando con un par de camareros en mi desesperada carrera hacia la puerta.

Ya afuera, temblorosa, saqué el teléfono del bolso y pedí un Uber que viniera a recogerme.

—Señorita, por aquí —escuché aquella voz que me llamaba.

Un coche oscuro como la noche aguardaba a escasos pasos. Una de las puertas permanecía abierta y, junto a ella, uno de los gorilas de esa fatídica noche esperaba pacientemente a que me decidiera.

—¿Hablas conmigo? —pregunté, sorprendida.

—El señor Martin me ordenó llevarla a casa. No puedo aceptar un "no" como respuesta —dijo con tono autoritario.

—¿Aquí todo el mundo cree que puede darme órdenes? —repliqué, furiosa ante semejante atrevimiento.

Seguí caminando a paso firme. La aplicación del taxi no parecía colaborar, pero debía insistir. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

"¡Diablos, ahora no!"

El icono de batería parpadeaba en rojo: apenas me quedaban unos minutos de energía. ¿Cómo podía el destino alinearse una y otra vez para empujarme hacia la voluntad de ese ególatra?

—Señorita, suba al coche antes de que empiece a llover —insistió él, con la paciencia de un clérigo.

El cielo, negro y tormentoso, presagiaba que pronto se desataría la lluvia. Irme a pie ya no parecía una opción real. El hombre

permanecía inmóvil junto al coche, sin paraguas ni intención de moverse. De pronto, llevó la mano a su oído, ajustando el auricular que llevaba puesto.

—Sí, señor… Así lo haré —murmuró, respondiendo a la voz que lo instruía al otro lado.

Creí, ingenua, que aquella conversación lo distraería lo suficiente para desistir. Pero estaba equivocada.

—El jefe dice que suba al coche para llevarla a casa —repitió con frialdad.

La obsesión de cumplir órdenes lo mantenía firme. Yo, sin embargo, no cedería. Si él era terco, yo era mucho más obstinada.

—Dile a tu jefe que me iré a casa por mis propios medios —lo desafié, mirándolo a los ojos.

—Está bien, señorita —respondió al fin.

Sentí un alivio inmenso. Por fin había logrado hacerlo desistir. Podría esperar tranquila a que llegara un taxi, sin la presión de su insistencia.

—¡AH! —grité, paralizada por el pánico.

De pronto, mis pies dejaron de tocar el suelo. El hombre me había levantado con facilidad, sujetándome por la cintura y cargándome sobre su hombro como si fuera un saco de arena.

—i¿Qué haces?! —chillé desesperada—. ¡Bájame ahora mismo! ¡Suéltame!

—Señorita, relájese. Así será todo más fácil.

Me dejó caer suavemente sobre los asientos traseros del coche. No hubo brusquedad alguna, más bien una delicadeza inquietante, como si cuidara de no romperme. Guardé silencio. Durante todo el trayecto permanecí inmóvil, esperando el momento de convencerle de que mi casa quedaba unas calles antes.

—Está bien, puedes dejarme justo aquí —le indiqué con firmeza, segura de que obedecería.

Pero el coche no se detuvo. Continuó avanzando, ignorando por completo mis palabras.

—¿Adónde vamos? —pregunté, con la voz cargada de una ansiedad que apenas podía contener.

Un nudo de miedo comenzó a apretar mi pecho. Imaginé un destino desconocido, una carretera sin retorno, una intención oscura que me helaba la sangre.

—¡Detente! —grité con rabia y desesperación—. ¡Déjame bajar o llamaré a la policía!

—No será necesario —replicó con una calma perturbadora—. Ya casi llegamos.

Confusa, miré por la ventana… y entonces reconocí mi portal. Mi propio hogar.

—¿Cómo supiste…? —balbuceé, incapaz de articular más.

—El señor Martín me dio su dirección, señorita —respondió sin siquiera mirarme, con la misma serenidad perturbadora.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Cómo podía Martín conocer mi dirección? ¿Qué más sabía de mí? Cada una de esas preguntas se alzó como una sombra amenazante en mi mente, presintiendo que las respuestas no serían menos aterradoras que las dudas.

—Está bien. Buenas noches —le dije con la mayor dulzura que pude reunir.

—Igualmente, señorita —respondió mientras volvía a subir al coche, ocultando su expresión tras el cristal.

Cuando cerré la puerta de mi casa tras de mí, exhalé un suspiro profundo. El silencio del hogar me envolvió como un refugio. La noche había resultado tan extraña como excitante, pero aquel último intercambio de palabras me dejó con una sensación incómoda, como si un velo de amenaza aún flotara en el aire.

No era ingenua. Sabía cómo aquellas familias mafiosas se la jugaban a quienes se atrevían a rechazar su juego. Pero tampoco iba a dejarme condicionar. Conocía las leyes, entendía los entresijos del mundo criminal y, sobre todo, no estaba indefensa frente a ellos.

Necesitaba, sin embargo, despejar la cabeza. Dormir. Una copa de vino sería la excusa perfecta para calmar los nervios mientras contemplaba las estrellas desde la terraza. El cielo, oscuro y salpicado de puntos luminosos, parecía ofrecerme un instante de tregua. El sueño no tardó en llegar, denso y reparador. Y cuando mis párpados cedieron, no opuse resistencia: bajé lentamente a mi dormitorio y me dejé caer en la cama, dispuesta a abandonarme al descanso sin más.

La mañana siguiente amaneció con una claridad engañosa. El recuerdo de la noche anterior se desdibujaba ya en mi memoria, como un eco lejano, apenas un murmullo. No quería, ni debía, tener nada que ver con aquellas personas. Lo más sensato era mantenerme lo más alejada posible y cuidar mis espaldas con cautela. Con eso sería suficiente, al menos por un tiempo.

—Marcus, ¿recuerdas la investigación que teníamos pendiente en Londres, la del caso de la herencia de la señora Victoria? —pregunté al entrar en la oficina.

—Sí, ¿qué ocurre con eso, Sabrina? —respondió él, con un matiz de curiosidad en la voz.

—La tomaré yo —dije con firmeza—. Yo me encargaré de llevarla adelante. —Rematé la frase con la seguridad de quien ya había tomado una decisión irrevocable.

—Veo que estás decidida a hacerlo… Está bien, perfecto por mí. Ese caso es tuyo. —Su tono, aunque sereno, dejaba entrever que la idea también lo convencía.

Los días transcurrieron veloces desde aquella mañana, y el momento de la partida llegó antes de lo esperado, trayéndome una extraña sensación de calma. No había tenido noticias de Martín y, aunque me negaba a admitirlo, esa ausencia me decepcionaba. Sin embargo, comprendía que era lo mejor para mí, y debía alegrarme por ello.

El tiempo lejos de la ciudad sería suficiente para que se borrara de mi memoria y yo hallara, al fin, la paz necesaria para desterrarlo de mis pensamientos.

Aquellos días fuera de casa fueron confusos. Una vaga melancolía me envolvía, como si en cada rincón buscase un vestigio suyo. Entre la multitud, al cruzarme con hombres que apenas se le asemejaban, mi mente lo evocaba; era como perseguir el eco de un aroma que se desvanece. No lograba descifrar del todo lo que sentía: por un lado, la distancia me brindaba la seguridad y la protección de estar a salvo; por otro, en el bullicio de esta ciudad desconocida, me sorprendía a mí misma aguardando su aparición, como si en cualquier instante fuese a surgir entre la multitud.

"Debo estar perdiendo la cordura"

Me repetía cada vez que su imagen regresaba a mi mente.

"No puedo creer que aún piense en él"

Susurraba, discutiendo conmigo misma, como si me debatiera en una conversación sin sentido. Era una lucha absurda con mi conciencia, contradiciéndome en cada pensamiento. Me sentía atrapada en el vértice de un triángulo peligroso: él, yo… y la mafia.

El jueves, tras tres días en Londres, decidí dedicar la jornada a recorrer la ciudad. Mientras caminaba por las calles de Camden Town, una sensación inquietante comenzó a perseguirme: la de ser observada. Me giré en varias ocasiones, aprovechando la multitud y las esquinas para lanzar discretas miradas. Nunca encontraba nada fuera de lugar; tan solo rostros anónimos, personas inmersas en sus propias vidas, indiferentes al mundo que las rodeaba.

Y, sin embargo, la sensación persistía. Algo —o alguien— parecía seguir mis pasos. No tenía pruebas que confirmaran mis sospechas, apenas un presentimiento, pero este se aferraba a mí con creciente intensidad, como una sombra imposible de apartar.

Y ahí estaba otra vez. Sentada en aquel café londinense, con la mirada errante que se deslizaba de mesa en mesa, como si en algún rincón se escondiera el origen de mi inquietud. Escudriñaba cada gesto, cada rostro, esperando descubrir aquello que perturbaba mi calma. Pero, una vez más, el lugar estaba poblado solo de desconocidos. Ningún rostro familiar, ninguna mirada sospechosa que justificara esa sensación persistente de desasosiego.

"Deben de ser ilusiones mías"

Pensé, casi con la obstinación de quien desea convencerse de lo imposible.

El viernes llegó con la puntualidad de lo inevitable. Mi vuelo de regreso partiría a última hora de la tarde-noche y no podía darme el lujo de perderlo. Quedarme un día más en Londres no era una opción. Así que, para conjurar cualquier imprevisto, decidí llegar al aeropuerto con suficiente antelación. Allí, en ese espacio impersonal y luminoso, aguardaría con calma, refugiándome en la espera hasta que el reloj marcara el momento de partir.

“En breves instantes comenzaremos el embarque del vuelo EZY5678 con destino Madrid. Los pasajeros con asientos comprendidos entre las filas 20 y 40 embarcarán primero.”

La voz metálica de la azafata, amplificada por el megáfono, quebró el murmullo constante del lugar, imponiendo orden en medio del tránsito incesante de maletas y pasajeros. Yo, sin embargo, no tendría que esperar demasiado: mi billete priority me daba acceso preferente, casi un privilegio dentro de aquella rutina aérea.

—Bienvenida a bordo, señorita. Su asiento está por aquí —dijo la azafata de cabina, con esa amabilidad ensayada que es a la vez profesional y tranquilizadora. Caminó unos pasos delante de mí, asegurándose de conducirme con precisión hasta mi asiento.

—Muchas gracias —respondí, permitiendo que un leve suspiro me devolviera cierta serenidad.

El mullido respaldo del asiento me recibió como un abrazo discreto. Cerré los ojos unos segundos, entregándome a la ilusión de que el mundo, al fin, quedaba en pausa. Solo quedaba esperar, dejar que los motores despertaran y que el avión me llevara de regreso a casa.

—¿Qué desea tomar, señorita? —preguntó la azafata, inclinándose con suavidad mientras desplegaba la bandeja con bebidas.

—Solo agua, por favor —dije, apenas levantando la mirada, como si no quisiera quebrar aquel instante de silencio contenido.

—De acuerdo, aquí tiene señorita.—

La fría botella de agua rezumaba humedad mojando todo en aquella bandeja. Para mi gusto no era demasiado apetecible, teniendo en cuenta la temperatura de cabina, pero dejaría que se templase un poco antes de bebérmela.

Los motores comenzaron a rugir y las vibraciones de los mismos sacudían el avión.

Una incomoda punzada se instalo en mi estomago —estaba nerviosa y quizás algo preocupada— aunque no podía decidirme si era por el vuelo o tal vez por regresar de nuevo. Sabiendo que el vuelo podría durar fácilmente algo mas de dos horas, me tomé mi tiempo y con una pastilla suave me ayudase a dormir mientras durara.

No sabía exactamente cuánto tiempo había dormido, ni si el sueño había sido lo bastante reparador, pero desperté sorprendentemente descansada, más aún teniendo en cuenta lo corto que había sido el trayecto.

Ya estaba en Barajas. Las filas de pasajeros se amontonaban en la zona de aduanas, mientras los turistas más despistados avanzaban lentamente por los puestos fronterizos.

—¿Dónde estará mi pasaporte? —me pregunté a mí misma, preocupada por haberlo dejado en el hotel.

—¡Aquí está! —exclamé, dejando ver claramente mi alivio.

Revolví el bolso con urgencia, ahora en busca de mi teléfono móvil. La última vez que lo había visto fue en el avión, a mano. No podía ser que lo hubiese perdido.

La preocupación se apoderó de mí en el mismo instante en que lo pensé. Todo mi trabajo, mi vida personal, mi intimidad… todo estaba en ese pequeño objeto. Solo imaginarlo en manos ajenas me hizo entrar en pánico.

"¡Maldita sea! ¡Tiene que estar aquí!"

Vacié el bolso desesperada, esparciendo mis pertenencias sobre una de las mesas del aeropuerto. Fui repasando cada objeto, uno a uno, hasta confirmar lo que tanto temía: el móvil no estaba entre ellos.

"No puede ser. Esto no puede estar pasando…"

Me faltaba el aire. Una sensación de vacío se abrió dentro de mí, dejando pasar únicamente la angustia. Exaltada, casi histérica, empeoré mi propia situación: mis manos torpes dejaban caer las cosas al suelo mientras mi respiración, lenta y pesada, me provocaba un mareo insoportable. Tanto, que tuve que detenerme y sentarme por unos minutos en el suelo.

Al reincorporarme, noté una vibración. Miré hacia la mesa donde momentos antes había dejado mis pertenencias y ahí estaba: mi móvil.

Simplemente había aparecido. No estaba en mi bolso… y, de pronto, ahí estaba. Misteriosa y oportunamente.

Miré en todas direcciones, buscando entre la multitud algún rostro conocido, alguien sospechoso. Yo no lo había perdido; de eso estaba segura. Alguien lo había tomado en el avión. Pero… ¿por qué

devolvérmelo justo ahora? ¿Y qué interés podía tener alguien en un viejo teléfono?

Lo revisé rápidamente, con las manos temblorosas. Quizás faltaba algo en él, pero me aterraba descubrir qué podía ser. Sentía que aquel simple gesto —hurgar en mi propio teléfono— se había convertido en una violación hacia mí misma.

Pasé de carpeta en carpeta, mirando con ansiedad mis archivos más importantes, repasando fotografías, correos, conversaciones privadas, algún que otro documento de trabajo. Todo estaba ahí. Exactamente en su lugar. No faltaba nada.

Aquello, en lugar de calmarme, me perturbó aún más. Si no habían robado nada, si todo seguía intacto… entonces, ¿qué habían hecho? ¿Qué buscaban?

La sensación era aún más inquietante que el robo en sí. Alguien había tenido el móvil en sus manos, había tenido acceso a mi vida entera… y, en lugar de llevarse algo, lo habían devuelto como si nada. Eso era lo que me desarmaba, lo que me helaba la sangre.

Me quedé mirando fijamente la pantalla encendida, como si esperara que de un momento a otro revelara por sí sola el motivo de aquel extraño juego. ¿Qué podían querer de él? ¿Qué podían querer de mí?

Un escalofrío recorrió mi espalda. La multitud del aeropuerto seguía su curso normal: risas, pasos, anuncios en los altavoces, pero yo sentía que me movía en una realidad paralela, donde todo lo cotidiano era apenas un disfraz que ocultaba una amenaza silenciosa.

Nunca antes mi vida había sido así… pero desde hacía un tiempo todo parecía estar patas arriba.

Sin querer pensar más en ello, recogí mis cosas, las maletas y el bolso, y me apresuré en busca de un taxi.

Llegué a casa alrededor de las ocho de la tarde. Estaba agotada. Aunque lo del móvil me había inquietado profundamente, el cansancio no me dejaba más margen para la preocupación.

Una ducha de agua caliente y una copa fueron más que suficientes para dejar que el cuerpo se rindiera.

"Mañana sería otro día… y con toda probabilidad sería mejor que hoy"

CAPITULO V. LA TABERNA DE BELL.

El teléfono sonó en mi mesita mientras terminaba de lavarme los dientes.

—¿Arturo? —pregunté con la voz temblorosa, temiendo lo peor.— ¿qué ocurre?

—Nada, pequeña. Solo quería saber cómo estabas —su tono sonaba sereno—. Me quedé preocupado la última vez que hablamos.

—¡Oh, Dios, me vas a matar del susto! —respondí aliviada de que nada malo hubiese sucedido.

—Pequeña, a este viejo cascarrabias aún le quedan muchos golpes por dar en esta vida —río, incluso burlándose de la muerte—. No tienes por qué preocuparte por mí.

—Eres como un padre para mí, Arturo, lo sabes —mi voz se volvió tierna y melancólica—. Los extraño tanto a los dos.

—Ven aquí… Ya no eres la pequeña que se sentaba junto a mí esperando que le contara historias de los casos más peculiares en los que trabajaba —un atisbo de nostalgia quebró su voz—. Hoy eres

una gran mujer, hermosa e inteligente, y tu padre estaría orgullosísimo de ti, igual que lo estoy yo —su tono rebosaba optimismo y admiración.

—Vas a hacer que me sonroje.

—Bueno, y dime, pequeña, ¿cómo van las cosas? ¿Alguna noticia de aquel dolor de cabeza? —preguntó con ironía.

Desde mi última visita nada había cambiado. Por suerte, la ausencia de noticias de Martín me había dado seguridad y autoestima, disipando el miedo que sentí al descubrir quién era. Sin embargo, lo ocurrido con mi teléfono móvil me había incomodado, despertando sospechas que aún me inquietaban.

—La verdad es que todo ha estado bastante calmado, aunque… —mi duda me delató.

—¿Qué ha ocurrido? —su tono reflejó preocupación.

—Acabo de regresar de Londres… y me pasó algo en el avión —dudé unos segundos, sin saber si contárselo—. Creí haber perdido el móvil.

No estaba segura de si era prudente alarmarlo con algo que, en apariencia, ya estaba resuelto. El teléfono estaba conmigo y nada parecía faltar en él. Pero lo cierto es que todo lo ocurrido tenía un oscuro halo de misterio que no me dejaba tranquila.

—No dudes en contarme lo que te preocupa, Sabrina —su voz se tornó seria y firme—. Puedo ayudarte.

No podía hacerlo. Ni él ni yo sabíamos en ese momento que pronto sería inevitable.

—Venga, quedemos mañana tarde y tomemos un café —dijo con cariño, aunque con autoridad.

Sabía que no me dejaba opción. Si me negaba, insistiría hasta que, por agotamiento, aceptara. ¿Para qué oponerme? Conocía bien lo terco que era cuando algo lo inquietaba, y que nunca dejaba las cosas a medias.

—Está bien. ¿Te parece si vamos al café de Fátima?—ese rincón que siempre me arrastraba de vuelta a la infancia—. Me muero por uno de sus pasteles de baklava.

—Chica, siempre has tenido buen gusto—se burló, aunque en su voz se notaba que a él también le encantaba—. Pásame a recoger a las cinco.

No se andaba con rodeos: sabía lo que quería y lo pedía sin titubeos. Me dejé arrullar por su optimismo y con ese pensamiento conseguí quedarme dormida, imaginando cómo confesarle mis dudas y mis miedos al bueno de Arturo sin que mis palabras despertaran sospechas.

…

La voz de Beyoncé, con Halo, se abrió paso en mitad de la noche.

It’s like I’ve been awakened. Every rule I had you breaking. It’s the risk that I’m taking. I ain’t never gonna shut you out.

A tientas localicé el teléfono. No conseguía ver bien la hora, pero por la oscuridad que envolvía la habitación no debía haber amanecido.

La pantalla, sin embargo, brillaba implacable: 3:00 a. m.

Un mensaje insistía en ser leído, mostrando el parpadeo irritante.

Mensaje: Necesito verte…

Desde un número desconocido, llegaba aquella simple frase. Un frase que abría una puerta al abismo… al abismo del infierno.

"Sera él…"

Un miedo ensordecedor se adueño de mi sueño. El horror y el pánico invadía mi imaginación, solo pensar en las actividades a la que se dedicaban ese tipo de personas, me producía escalofríos. Pero saber que me deseaba, que quería tenerme cerca hasta el grado de necesidad, me generó una estimulación diferente. Me estremeció, y encendió por completo la chispa que activaba mi cuerpo.

"¿Qué es esto?"

El calor de mi cuerpo se activó inmediatamente. El recuerdo de su aroma al susurrar en mi oído revolucionaba mis feromonas y me inducía a desear mas.

Ahora era yo quien necesitaba verle. La mujer que recordaba el tacto de sus dedos por la piel de mis muslos. Quien arañaba

segundos de vida a la cordura, entregándome por completo al placer que daba reconocer que necesitaba volver a sentirle a mi lado…

Desperté a la mañana siguiente con una extraña sensación de añoranza. Me perturbaba recordar cómo acaricié mi cuerpo pensando que eran sus manos quienes lo hacían. Durante la noche había deseado tenerlo en mi cama sin hallarlo, y su ausencia me había dejado un desagradable vacío.

"Iré a ducharme, a ver si así consigo borrar este desasosiego de mí."

Pasé por la ducha y, con calma, dejé que el calor del agua sanara mi cuerpo, relajando mis músculos y ayudándome a despejar mis pensamientos. Después de vestirme para ir al juzgado y de desayunar algo para calmar el runrún de mi estómago, salí en dirección al Palacio de Justicia.

Los lunes por la mañana los alrededores de aquel lugar siempre eran un hervidero de gente moviéndose de un lado a otro. Encontrar aparcamiento se convertía en toda una hazaña, y no perder los nervios, en una proeza. Pero hoy el día estaba lluvioso, y solo con eso la gente ya se lo pensaba antes de salir a la calle. Deambular por autopistas hasta aquí solo era cosa de quienes teníamos algo irremediable que hacer.

Cuando llegué a las inmediaciones del juzgado, todo estaba caótico. El tráfico endemoniado, a causa de la lluvia intensa que caía en esos momentos, hacía difícil circular por la zona. Entrar en las áreas habilitadas para estacionar era imposible. Los accesos estaban colapsados y las zonas exteriores empantanadas con enormes charcos.

"Joder, no sé a qué hora voy a llegar. Necesito aparcar el maldito coche antes de que empiece mi juicio."

Era el primer día en que entraría a la sala como abogada junior y no quería dar una mala impresión llegando tarde.

"Bien, la entrada trasera parece estar despejada. Tal vez la mañana no sea tan mala."

Conseguí acceder al parking superior por la puerta trasera —pocos conocían de su existencia en aquella estrecha calle—, pero yo había pasado casi toda mi infancia rodeada de abogados y ese era un secreto que heredé de ellos. Estacioné mi vehículo sin problema. Llegaba en hora, sin apuros ni retrasos. Podía respirar tranquila, dejar que mi ansiedad disminuyera e incluso darme unos segundos para relajarme.

Durante unos minutos me quedé sentada en el coche, simplemente escuchando el sonido de la lluvia al golpear los cristales, mientras la música del coche ponía la banda sonora de la mañana. Aquellos segundos de paz despejaron mis pensamientos y me ayudaron a centrarme en lo único que importaba: el juicio.

Corriendo, bajé por las escaleras de emergencias hasta acceder a la entrada. Ya estaba en el edificio, nada podía retrasarme, pero cuando un rostro familiar se cruzó en mi camino, me quedé paralizada. Fueron solo unos segundos, el tiempo justo de ver una sombra pasar. Una visión poco nítida de una figura que se deslizaba a toda velocidad por el pasillo contrario al mío. Nos separaban las grandes cristaleras que dividían los pasillos y que dificultaban identificarlo con claridad.

Era difícil saber quién era aquella persona, a quién pertenecían aquellos rasgos. Pero una corriente eléctrica me atravesó y algo me decía que sí, que era alguien a quien conocía. Aquel escalofrío, tan familiar, me hizo recordarlo. Mi cuerpo reaccionaba y sabía perfectamente ante quién lo hacía, pero esta vez no era él.

"Maldito instinto, me vas a volver loca. Olvídalo."

Necesitaba repetírmelo, regañarme a mí misma por pensar en él. Necesitaba volver a la tranquilidad de mi coche, recurrir a la relajación de aquella lluvia melódica y, olvidándolo, continuar con mi trabajo.

La sesión en la sala avanzó sin contratiempos. El caso estaba prácticamente ganado y yo disfrutaba de mis primeras intervenciones ante el juez. Todo podría haber sido perfecto, de no ser por aquel recuerdo de la emoción que me había atravesado en el pasillo, y que aún perduraba en mí.

Salí de los juzgados con la inquietud todavía en la cabeza. Tenía que regresar a la oficina para dejar las sentencias y ya quedaría libre el resto del día. La mañana había sido intensa: por el juicio, que había sido mi debut en la sala, y por las sensaciones que había tenido. Necesitaba aire, necesitaba libertad, dejarme llevar unas horas. Tras días sin salir, aquella tarde lo necesitaba.

Al llegar a casa, llamé a Marina. Ella seguro tendría algún plan para despejarme.

—Hola, Sabrina, ¿cómo estás? —preguntaba con cierta inseguridad.

—Buenas, Marina. Pues mira, estoy bien. Mucho lío con el trabajo y esas cosas, pero ya sabes, lo habitual en estas fechas. —No quería centrarme en mis problemas—. ¿Y tú, qué tal con la mudanza?

—Bien, ya casi terminada —se le sentía feliz—. ¡Deberíamos organizar algo para celebrarlo!

—Vaya, me encantaría —justo lo que necesitaba—. Pon el día y hablo con las chicas para organizarlo.

—Nada, yo me hago cargo. Soy la anfitriona —lo decía con seguridad.

—Bueno, perfecto. —No se podía discutir con ella; ¿para qué perder el tiempo intentándolo?—. ¿Qué te parece si salimos esta noche?

—¡Oh, genial! —su energía era contagiosa—. Me vendrá de maravilla para desconectar de la mudanza.

—Perfecto. ¿Te parece si nos vemos a las 21:30 en la Taberna de Bell? —insistí.

—Genial, yo aviso a las chicas.

La noche llegó pronto. Con el plan bien armado, saldríamos a cenar algo para después continuar con unas copas y algo de baile. Nada distinto de lo que solíamos hacer cualquier fin de semana, pero en esta ocasión se sentía diferente.

A las 21:30, en la puerta de la Taberna de Bell, nos encontramos: Marina, Paula, Rosa y yo. Cenaríamos allí mismo —la ensaladilla rusa estaba de miedo— y después saldríamos a bailar a algún pub de la zona.

Cuando salimos de la taberna ya eran aproximadamente las 23:30. Andábamos discutiendo sobre qué club sería mejor, cuando una joven se acercó a nosotras para darnos una invitación.

—Si os apetece tomar unas copas de buena calidad y un ambiente aún mejor, os animo a que vayáis a Samuray. No os arrepentiréis. Además, os dejo unas invitaciones para que os toméis una copa gratis.

La palabra gratis nos sedujo, dando por terminado el dilema. Ya sabíamos a dónde ir y, sin que nos supusiera un problema, solo teníamos que cruzar la calle.

Y allí estábamos, a las puertas de aquel gran club, esperando en la interminable cola. Me desesperaba eso de estar parada, pero desde la pandemia esperar filas eternas se había convertido en costumbre popular.

Una vez dentro, nos sumergimos en el ambiente. Era un sitio moderno, con distintas plataformas a diferentes alturas. Su decoración minimalista y monocromática —blanco, negro y plata— lo hacía parecer una discoteca futurista, aunque en realidad era un local más, como cualquier otro en las islas de vida nocturna, solo que más reducido.

Una gran barra de acero recorría uno de los laterales de la sala. Cinco camareros se movían como locos dentro, atendiendo a

decenas de personas que se agolpaban allí. Al parecer, el reclamo no solo nos había seducido a nosotras: el lugar estaba abarrotado.

—¡Vayamos a pedir una copa! —gritaba Marina mientras esquivábamos gente camino a la barra.

Llegar hasta allí fue casi una odisea. Era difícil moverse entre la multitud que danzaba al ritmo electrónico de los altavoces. Con mucho esfuerzo, conseguimos asomarnos por una de las esquinas.

Reclamando la atención de un camarero, logramos que se acercara hasta nosotras.

—Preciosa, ¿qué deseas tomar? —le preguntó a Marina en un tono elevado para superar el ruido de la sala.

Ella, en un gesto coqueto, le sonrió y enumeró nuestras peticiones. En ese instante, lo recordé.

En una violenta invasión de mis recuerdos, aquella escena me llevó de vuelta a la noche en el club de Martín. Recordé la intimidación que me dejó, cuando la rabia inundaba todo mi ser haciéndome odiarlo hasta el límite. Recordé cómo sacó de mí una versión oscura, fea, que transformó en miedo el momento en que descubrí su identidad. La frustración que me recorrió cuando sentí que, pese a todo, la voluntad de beber sin su compañía me hacía extrañarlo.

—¡Sabrina! ¡Sabrina! —Paula me llamaba, sacándome de mi trance.

—Dime —pregunté, algo desconcertada.

—Tu cubata… ahí lo tienes —me miraba con extrañeza, quizá con preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí, sí… todo bien. Vayamos a bailar —le respondí, tratando de tranquilizarla.

Y todas nos dirigimos a la pista de baile.

La noche fue divertida. Bailamos al ritmo de la música durante horas, liberando nuestros cuerpos de la tensión y el estrés acumulado de la semana. Las chicas no paraban de reír, al igual que yo, mientras disfrutábamos del momento y de los efectos del alcohol que empezaban a hacerse notar en nosotras.

Todo en aquella noche fue perfecto. Sin distracciones ni contratiempos que empañaran un momento de diversión tan necesario. Pero yo lo añoraba.

No entendía la razón ni el motivo de extrañar a una persona que me había causado tanto miedo. Y, sin embargo, necesitaba sentirlo cerca, y eso me hacía echarlo de menos.

"Esto tiene que ser por el alcohol."

Contrariada, intenté convencerme, dándome razones que justificaran mis sentimientos. Todo aquel bombardeo de emociones me confundía, agotándome casi por completo.

"Sería mejor irse a dormir."

Cuanto antes dejara a un lado lo que había pasado esa noche, antes podría descansar.

Conseguí dormí sin grandes complicaciones. Recuperando un poco de la serenidad que la bebida me había robado. Era sábado y no tenía necesidad de madrugar, así que me tomé la mañana para hacer algo de deporte y dedicarme tiempo a mí misma, antes de empezar a preparar la cena para unos amigos en casa.

Necesitaba comprar algunas cosas de última hora antes de regresar y ponerme a cocinar. Así que por la tarde salí un rato al centro comercial y me aprovisione de todo lo necesario.

Canapés listos, mesa servida y bebidas preparadas: todo estaba en orden para cuando llegaran.

A las 21:30 ya estaban todos allí, solo faltaba Lucas, mi esporádico compañero de piso. Vivía con su pareja, un joven arquitecto estadounidense, pero en ocasiones que salía tarde de trabajar se quedaba a dormir en casa, para evitar así tener que coger el coche.

Esa noche, él vendría directamente desde el hospital donde trabajaba como en otras ocasiones, por lo que no era necesario esperarlo para comenzar.

La noche fue avanzando poco a poco. Nos divertíamos recordando viejas anécdotas de la infancia y compartiendo algunas copas, lo que hizo que la velada resultara amena, llena de amistad y cariño.

Cerca de las doce de la noche llegó Lucas. Todos estaban ya en la puerta, a punto de recoger sus cosas para regresar a casa, cuando

él apareció. Había tenido una emergencia de última hora que lo mantuvo ocupado toda la noche, por lo que no pudo llegar antes. Apenas alcanzó a despedirse de ellos en el umbral antes de entrar. Fue directo a su habitación: necesitaba una ducha antes de volver a la cocina a comer algo, justo cuando yo terminaba de recoger.

—¿Qué tal fue la noche? —me preguntó, apoyado sobre la isla de la cocina.

—Bien. Marisa nos ha estado contando algún cotilleo de su nuevo trabajo. —Mientras seguía recogiendo, le hablaba con entusiasmo sobre lo divertido que había sido todo—¿Sabías que Amanda también ha empezado a trabajar allí?

—¿En serio? —preguntó sorprendido—Con lo pija que es…

—Pues ya ves. Al parecer comenzó hace un par de semanas y no se le da nada mal. —comenté, antes de devolverle la pregunta— ¿Y qué tal fue tu noche?

—Entró una urgencia complicada a última hora —explicó—. Parece que hubo rencillas de la mafia esta noche. Llegaron varios heridos de bala.

Mafia. Aquella palabra resonó en la cocina, ensordeciendo mis oídos.

De forma incontrolada la inquietud y la preocupación llenaron la cocina. Un intenso pellizco se apretaba en mi pecho, privándome de aire, casi me ahogaba. Sentí como mis piernas flojeaban sintiéndose débiles e inestables. El calor sofocante me devoraba, empezaba a

sudar de forma incontrolada cuando el vacío se cernió sobre mi, pintando todo mi alrededor de un negro azabache.

El silencio, el aroma cálido de un perfume que no alcanzaba a reconocer y la intimidad de la oscuridad. Ese era todo mi mundo en ese momento. No fui consciente de que me habia perdido el conocimiento hasta que escuche en la lejanía la voz de Lucas que me llamaba con desesperación.

—Sabrina, Sabrina–podía escuchar la tenue voz que me llamaba.— Sabrina, despierta.

Volví en mi segundos después de escuchar mi nombre. Algo desorientada y aun acalorada, trataba de incorporarme del suelo donde aun permanecía tumbada.

—¿Qué pasó?– le pregunte a Lucas algo preocupada al verme alli.

—Te has desvanecido Sabrina –me explicaba aun con cara de miedo.— Ven, deja que te ayude. Túmbate en el sillón.

—Gracias, no te preocupes, sentada estaré mejor.– le dije para tranquilizarle.

—Déjate de rollos. Aquí el medico soy yo.– me dijo imponiéndose.

—Esta bien, no te pongas mandón.–le dije riendo— Además sigo algo mareada.–confesé.

—Cabezota–me riñó.

Me quedé tumbada en el sofá mientras descansaba y recuperaba el equilibrio de mi cuerpo.

En mi cabeza aun seguía la palabra mafia. Tras saber de aquel tiroteo mi única preocupación era saber como estaba él. Si habia tenido algo que ver con ello o si de alguna manera estaba envuelto en aquella noche macabra o si habia podido resultar herido.

Habia pasado semanas intentado olvidarle. Tratando de sacar de mi sistema todo lo que habia despertado aquellos desafortunados encuentros. Alejar de mi cabeza el lejano recuerdo de su perfume y sus manos. Y seguir adelante sin él.

Pero en cambio, estaba asustada. Pensando en si estaría bien o en si volvería a tener la oportunidad de encontrarme con él.

—Sabrina, deberías descansar–su voz relajada me daba armonía en todo mi caos– Acaba la coca cola y te tomaré de nuevo la tensión. Ha sido solo una bajada.

—Esta bien. – dije sin rechistar.

Tras comprobar que todo estaba como debia, nos despedimos para irnos cada uno a nuestras habitaciones.

Tumbada en mi cama, trate de buscar algún dato que me diera tranquilidad antes de dormir. Pero no habia nada. Los periódicos no hablaban de los asuntos de la mafia, sus hilos llegaban a todos lados, hasta las comunicaciones. Eran mala prensa para el poder político.

El lunes regresé al trabajo. Como cada semana, el primer día se sentía decisivo. El reparto de casos y la revisión de expedientes convertían la oficina en un auténtico avispero.

Nunca fue mi mejor jornada. Tras el fin de semana, me costaba reconectar, como si mi mente aún se resistiera a abandonar el respiro de los días libres. Pero era una lucha necesaria. Mi hermana solía decirme que era vital para sobrevivir en la jungla. Quizás tenía razón.

La noche anterior había sido un tormento. El sudor me empapaba y, a ratos, los escalofríos me hacían tiritar bajo las sábanas. Me sentía destemplada, frágil, como si incubara algo que no alcanzaba a definir. Precisamente por eso, lo último que deseaba era estar allí, entre montones de papeles y voces chirriantes.

Aun así, la mañana transcurrió con su inercia implacable. Documentos que iban y venían, teléfonos que no dejaban de sonar, rostros cansados que se cruzaban de una sala a otra. Y en medio de todo, una única pregunta martilleándome sin tregua: ¿estaría bien?

No lograba apartarla de mi mente; volvía una y otra vez, como una obsesión enfermiza.

—Sabrina… Sabrina —la voz me arrancó de golpe de mis pensamientos.

—Sí… dime, Carlos —respondí, sobresaltada.

El supervisor me observaba con ceño fruncido.

—Andas un poco distraída.

—Disculpa, ya estoy aquí.

—Necesito que te hagas cargo de un nuevo caso. —Su tono serio no dejaba lugar a dudas—. Se trata del detenido por el tiroteo del fin de semana. Quizás lo escuchaste en las noticias: ocurrió el sábado, en las inmediaciones del barrio de Tetuán.

Un escalofrío me recorrió. El destino volvía a tenderme una emboscada. La inquietud que llevaba días incubando se agitó con fuerza, cruel, como si todo aquello no fuera casualidad.

—Tendrás que ir a la cárcel para hablar con él —añadió Carlos—. Le dictaron prisión provisional sin fianza.

Quizás era culpable, o quizás no. Pero, desde ese instante, era mi cliente. Y yo tenía la obligación de darle una voz, de ofrecerle una oportunidad de defensa.

El miércoles, a las nueve en punto, ya estaba en los aparcamientos de la cárcel de Aranjuez. Había estudiado el caso con detalle. Todo indicaba su culpabilidad, los informes eran claros, las pruebas contundentes. Sin embargo, necesitaba escucharlo, mirarlo a los ojos antes de decidir qué podía hacer.

Al cruzar aquellas rejas gigantescas, un ruido metálico resonó tras de mí. Sentí un estremecimiento recorrerme la espalda. Nunca había entrado tan hondo en las entrañas de una prisión, y mi vulnerabilidad se volvió palpable. El aire olía a hierro y desinfectante, pesado, extraño.

Los guardias me condujeron hasta una amplia sala. Varias mesas se alineaban en el espacio, testigos de reencuentros breves entre presos y familiares. La luz fluorescente caía sin piedad sobre todos.

—Hola, soy Sabrina. Seré la abogada que estudie tu caso. Por ello, te pido que colabores —le dije, con voz firme, aunque manteniendo cierta distancia.

Él levantó la mirada, oscura, endurecida.

—No pienso hablar con nadie. Lárguese —masculló con desprecio.

Su dureza me heló la sangre, pero no retrocedí.

—Deberías reconsiderar tu postura. Podría ser tu única alternativa —le advertí.

Un destello furioso cruzó sus ojos.

—He dicho que se marche. ¡Guardias, quiero volver a mi celda! —rugió, golpeando la mesa con el puño.

—No sabes el error que estás cometiendo —insistí, aunque mi voz tembló apenas un instante.

Él sonrió, pero no era una sonrisa humana.

—No hablaré. Ni con usted ni con nadie. Mañana volverá a amanecer y la vida comenzará de nuevo. Pero la justicia seguirá metiendo sus

garras donde nadie la llama.

Lo dijo como quien recita una profecía. Sus palabras me envolvieron en un halo de misterio, como si ocultara un conocimiento que yo no debía alcanzar.

—¡Vete de una puta vez! —tronó, levantándose con violencia.

—Señorita, acompáñenos —dijo uno de los guardias, con gesto seco. El otro ya me escoltaba hacia la salida, mientras el eco de sus gritos aún vibraba en mis oídos.

Por un largo pasillo, frio e impersonal salía de la sala de visitas. Miraba al suelo tratando de procesar lo que acababa de ocurrir. Como podía aquel hombre rehusar a la única ayuda que tenia, era ilógico.

Caminaba mientras pensaba, sin pararme a mirar con los que me cruzaba. Tropecé con una de esas personas, sin ni siquiera pararme a ver quien era y continúe caminando por aquel largo pasillo.

Fue ya estando en mi coche cuando la familiaridad de aquel perfume me asalto.

"Espera, ese perfume…"

Regrese a las puertas de la prisión esperando a ver si volvía a salir aquella persona con la que me cruce.

Espere por algo mas de una hora, sin tener suerte. Nadie con ese aroma salió por aquella puerta, nadie que pudiera ser la persona que imaginaba, pero espere por algunos minutos mas hasta darme por vencida y regresar al coche.

Conduje de camino a casa. Mientras hablaba con mi jefe, le explicaba la negación de aquel hombre y los obstáculos que habia encontrado para que simplemente me escuchase. El tampoco comprendía ese comportamiento, pero éramos abogados de oficio y si el cliente renunciaba a su derecho, poco mas podíamos hacer. Así que por mas que me fastidiara perder un caso que ni siquiera habia comenzado, tenia que aceptarlo. Aunque he de reconocer que también me aliviaba saber que me alejaría de todo lo relacionado con la mafia.

Cuando llegue a casa aquella noche aun me acompañaba el aroma de la misteriosa persona de la prisión.

Me fui a dormir, embriagada por el recuerdo de esa presencia, mientras soñaba como podría haber sido mi vida si aquel día hubiese cedido…

Una semana mas tarde, desperté una mañana de viernes algo aturdida. Habia trabajado duro durante toda la semana y habia pedido libre justo ese día en el trabajo para descansar.

Al ser viernes tenia previsto una pequeña escapada de fin de semana, así que solo tenia que escapar de aquí y dejarme llevar por la aventura.

Sonó un mensaje de texto en mi movil. Las chicas me esperaban directamente en la estación de tren, mientras que yo aun tenia que

llamar a un VTC para llegar a tiempo a la estación.

Mensaje recibido en 10 min estaremos alli. Ese fue el mensaje que recibí por parte de la empresa de transporte. Me apresure a cerrar el macuto y baje por las escaleras hasta el portal del bloque.

"Bien, ese Corolla negro parece ser el mío"

Sin mirar nada, me apresure a acercarme. El caballero de negro que sostenía mi puerta, me invitaba amablemente abriéndola y yo accedía despreocupada al vehículo.

—Señorita, ¿Desea algo de beber?–la amabilidad me sorprendía gratamente.

—No, gracias– le respondí

La agradable melodía me embaucaba, relajando mis sentidos que se adormecían, distrayéndose de las prisas y el estrés que me aguardaba. Ensimismada en el sonido que me rodeaba recorrí una distancia superior a la prevista, sin advertir en que mi trayecto estaba tardando algo mas de lo previsto. Habia sido sustancialmente modificado y no sabia la razon de ello.

"No vamos en dirección a la estación."

—Perdone pero creo que no vamos en la dirección correcta.– sugerí de forma incomoda.

—No se preocupe señorita, llegaremos en poco tiempo.– respondió sin alterar la calma de su voz.

—Pero el camino a la estación no es por aquí– le dije algo nerviosa.

—No. Llegaremos en 5min.–su voz imperativa asentaba el silencio.

Pensé en lo peor. Asustada, estudie mis opciones pensando alternativas para salir de aquel vehículo, y evadir el posible problema en el que me encontraba.

—¡Pare por favor!–grité con angustia.

Ni mis gritos, ni mis intentos por abrir la puerta fueron suficientes para conseguir que ese coche se parase.

—Por favor paré el coche, estoy llamando a la policía.–le amenacé

No contestó ni siguiera mostro señales de que me escuchase y el coche continuo su desconocido camino.

Marqué rápidamente el 112. Necesitaba ayuda y la necesitaba urgente.

Teclee temblando los números de emergencias, pero el movil no sonaba. No habia señal ¡Mierda! La cobertura era inexistente como si estuviéramos en una zona muerta, algo que me hizo asustarme mas.

—Por favor, déjeme salir.–Suplique.

Pero su mutismo era radical. Sin decir nada continuo por la carretera mientras yo gritaba suplicando por que me dejase salir de alli.

Aunque mirara fuera de la ventana, lo único que alcanzaba a ver era la negra oscuridad que nos envolvía. No sabia donde estaría mas segura. Si en mitad de la nada o en aquel coche con destino a no se sabe donde.

—Ya estamos llegando.–me informo.

Me descoloco mucho el detalle de informarme de nuestra cercanía al lugar que nos dirigíamos —como si yo supiese donde era– Y pensé que si tuviera a bien hacerme daño, no se tomaría las molestias de avisarme al estar llegando. Fue un intento de auto convencerme de que no podía ser tan malo.

Cuando empezó a haber luz por la parte exterior de mi ventana pude ver como atravesábamos una gran barrera fortificada.

—¿Que diablo es esto?… pregunte en voz alta.

—Señorita, estamos entrando en el territorio de la familia Cachemira. Le están esperando.

Sin aliento me quede al escuchar aquel nombre. No podía entender por que razon Martin habia decido secuestrarme de esta forma. Porque, simplemente no me pidió que viniese sin darle dramatismo a todo esto. Pero estaba claro que este hombre no sabia hacer las cosas de un modo mas humano.

—Por aquí señorita, le están esperando en la sala de estar.— indicándome el camino

Estábamos en una curiosa urbanización. Con una gran extensión de terreno, donde se diseminaban numerosas casas que compartían

calles y jardines. Era como una pequeña aldea, llena de vida y alegría de los niños que jugaban en el parque al lado de los jardines. Todo era entrañable, salvo por el detalle de que el lugar estaba rodeado de grandes medidas de seguridad.

Por las calles, junto a donde jugaban los niños con sus bicicletas, se veía pasear al personal de seguridad que parecían ataviados para una guerra. Me perturbaba la controversia que causaba el ver la armonía familiar de los que vivían en el lugar con las extremas medidas de seguridad. Pero imagino que este tipo de vida es lo que conllevaba y que quienes formaban parte ella, estaban mas que acostumbrados a convivir entre tantas protección.

Aun así a mi me intimidaba. No esta acostumbrada a tanta actividad militar cerca de mi, y me hacia sentir aquel lugar como un sitio hostil.

Y en realidad lo era. No estaba alli por decisión propia ni por una elección mía, estaba alli por la obligación impuesta de un hombre que no aceptaba las cosas y lo mas preocupante, aun no sabia con que propósito habia sido traída.

—Sígame–insistió

Ante una casa apartada y de aspecto modernista me encontraba. Una gran puerta de cristal daba acceso a un espacio abierto donde un salón comedor se presentaba a toda la vivienda. En una de las pocas paredes, se alzaba una escalera que comunicaba a la galería distribuidor de la planta alta donde se veían algunas puertas, que se alineaban por el pasillo que recorría la línea lateral de la gran sala.

Al entrar analice bien el lugar, tratando de buscar detalles que me ayudasen a recordar donde me encontraba. No sabia como conseguiría salir de allí, pero tenia claro que cualquier detalle que recordase podría ayudarme a ello en cualquier momento.

—Señorita, adelante–me dijo con cierta indiferencia

—Esta bien Mario, a partir de aquí me encargo yo de ella–hablo una voz desde el sillón que estaba de espaldas a mi.

Reconocí enseguida aquella voz. El timbre contundente y seductor con el que enlazaba el pronombre determinante con el articulo posesivo era característico de un hombre ególatra y dominante. Sin duda era él quien me hablaba. El mismo que me impresiono la primera vez que lo vi. Oculto tras la gran espalda de su sillón, guardaba silencio, quizás a la espera de que yo dijera algo o simplemente a que le increpase por traerme así de aquella manera.

—No se que te piensas que soy. No puedes abordarme así y traerme hasta aquí por el simple gusto de tu deseo.– le dije encendida en cólera. No quería defraudarle.

—Lo lamento, pero te necesito Sabrina.– confeso en un halo de humildad que no conocía.

—Espera. ¿Me necesitas?– sorprendida trataba de asimilar lo que acaba de decirme.—¿Para que me necesitas?–aun preguntaba incrédula.

—Necesito tus servicio de abogacía–su voz seria ocultaba un ápice de ternura.

—No veo en como podría ayudarte. Seguramente tienes un equipo legal que se encargara de tapar tus trapos sucios– le reproché

—No se trata de mi, ni siquiera de mi familia. Es algo mas complejo.–respondió con una sinceridad que me tumbó.

No entendía bien de que iba todo aquello ni siquiera que era exactamente lo que necesitaba de mi, pero algo en mi se inclinaba por ayudarle, necesitase lo que necesitase.

Estaba tan atractivo como siempre, aunque su demonio interior no se sentia como tal. Podía ver su abatimiento, el hundimiento y la preocupación, cada vez que en su inquietud echaba mano a tocarse el pelo. Un lado vulnerable que nunca habia visto en él y que jamás pensé que tuvieran este tipo de personas.

Su lado atormentado despertó en mi, algo mas que una empatía inusitada. Quería abrazarlo, aliviar la angustia que le apenaba y darle la calma que tanto necesitaba. Pero yo no podía hacer nada por él. Trabajar para la mafia era algo como una sentencia de muerte. Un vinculo de lealtad de por vida, del que nadie salía sin sufrir consecuencias. Y yo no estaba dispuesta a descubrirlas.

—Lo siento… pero no puedo trabajar para la mafia.—le dije con una mezcla de miedo y tristeza.

—No quiero que trabajes para la mafia.–se excusó —Necesito que ayudes a una amiga.–me confesó

—¿Una amiga?–pregunté, quizás algo mas sorprendida de la cuenta.

—Si. –concluyo sin mas explicación. — Precisamente, porque no tienes nada que ver con la mafia eres la abogada idónea para ello. –su voz melancólica me transportaba a una escena que no cuadraba con la vida que él llevaba.

—No te entiendo… Estoy segura de que cuentas con un batallón de abogados de intachable renombre para hacer esto, ¿Por qué yo?–no lograba entender lo que pretendía.

—Ven siéntate– me dijo amablemente. –déjame que te cuente.

—Esta bien, dime.–me sentia intrigada por conocer los detalles de la historia.

— Laura era hija del socio de mi padre. Por aquel entonces, Esteban y mi padre solo tenían negocios legales de maquinarias que suministraban a todas las lavanderías de la ciudad… –Un silencio delató que tras esa pausa saldría una verdad.

—Eran felices. No había tanto dinero ni lujos, pero eran felices —se tomaba su tiempo explicando los detalles de una época que parecía entrañable para él, como si ese recuerdo aún pesara.

Me sorprendió ver la humanidad que brillaba en sus pupilas cuando me miró a los ojos para decirme lo importante que había sido para él la presencia de Laura en aquella etapa de su vida.

—Ella y yo siempre fuimos muy unidos. Incluso creo que, durante una temporada, estuvo enamorada de mí. Y sí, algo tuvimos más allá de una grandísima amistad —se le veía sincero, y lejos de sonar vanidoso, se sentía humilde.

Y continuó contándome:

—Su padre se alejó de nosotros, rompiendo su amistad en el momento en que mi padre tomó el control de la organización de su tío. Pasamos a formar parte de la mafia. El grupo de mi tío tenia tratos con los 'Ndrangheta calabresa. Aquello no le gustó en absoluto y se marchó, llevándose a Laura y arrancándola de forma traumática de mi vida.

Un quiebro en su voz me hizo entender que aquella ausencia había marcado su vida mas de lo que él quería admitir.

—¿En qué momento regresa Laura a tu vida? —le pregunté en un tono más profesional que curioso.

—Laura regresó cuando su hijo se cruzó con uno de mis socios.

Ahí entendí la razón por la cual yo entraba en juego. Necesitaba un abogado que no tuviera nada que ver con la mafia, alguien desconocido y ajeno a todo ese mundo, y que, al mismo tiempo, pudiera estar presente en ese embrollo sin quedar vinculado a él.

—Resulta que el chico trabajaba para mi socio… Mira que había lugares donde trabajar. Este hombre no tiene nada que ver con las actividades de mi familia, pero no es alguien que se tome bien las traiciones —se le notaba la preocupación al describir cómo era su socio.

—¿Cuál fue esa traición? —pregunté con curiosidad.

—Cogió dinero de donde no debía… Parece que quería ayudar a una joven. No pensó en las consecuencias de su acción. La chica no pasaba por un buen momento, y él, como un idiota, decidió involucrarse de esa manera —dijo con algo de rabia—. Ahora se enfrenta a una demanda elevada que su madre no puede afrontar y la vendetta de mi socio.

Su preocupación era evidente. Me desconcertaba un poco toda aquella historia. Si llevaba años sin saber de ella, ¿por qué podía sentir en sus palabras una culpa invisible, como si llevara años desgastándose al cargar con ella? No terminaba de descifrar el trasfondo de todo aquello.

—¿Por qué no saldas tú esa deuda? —pregunté con franqueza—. Tienes dinero suficiente para hacerlo, y además se trata de tu socio. ¿Por qué no lo solucionas?

Durante unos minutos se quedó en silencio. Un silencio abrupto que de repente lo llenaba todo. No sabía si terminaría por responderme, o por el contrario, me gritaría ordenándome que no me metiera en su vida. Pero no podía dejar que el miedo me silenciara. Quedarme callada ante tantas dudas no era una opción…

Finalmente habló. Y su tono de voz hermético, se quebró en ese instante.

—No pueden relacionarle conmigo– sentí su dolor impregnado en cada una de sus palabras.

—No lo comprendo… podrías hacerlo sin que tu socio lo supiese. –insistí.

—No me preocupa mi socio. Es mi familia la que me preocupa– y continuo su confesión- —Ese chico es mi hijo. – con esa frase sentencio la conversación.

Que podía decir después de aquello. Era una confesión demasiado grande la que me hacia y que me convertía directamente en su obligada confidente.

—No se que es lo que quieres que haga.–me sentia moralmente obligada a ayudarle –dime que necesitas de mi y lo haré – y me ofrecí sin reparos.

—Necesito que hables con mi socio y llegues a un acuerdo con él. También necesito que vayas a ver a Laura y le expliques lo que estas haciendo para que este tranquila.– estaba sereno. Atrás quedaba la fragilidad de su voz, volvía a ser ese duro hombre de negocios.

—No quiero entrar en detalles, ¿pero Laura sabe que tu estas detrás de esto?–indague.

—No. Laura ha de seguir alejada de mi. Nadie puede saber de la existencia de Iván.–se tomo un minuto antes de continuar — Nadie debe vincularlo conmigo.

Entendí bien sus palabra. Lo protegía. Lo preservaba de todos y contra todo. Necesitaba asegurarse que estaba a salvo y que nada ni nadie rompería esa protección.

—Esta bien, puedes contar conmigo. –acepte su labor sin necesidad de conocer mas.

Comenzaba a conocer a el hombre que se ocultaba detrás de toda esa soberbia. Dejaba atrás al engreído y ególatra de tiempo atrás, para ver al hombre humano y razonable que trataba de proteger a su hijo, incluso de él mismo.

—Perfecto–me dijo —tendremos que vernos fuera de aquí para tratar este tema. Tu presencia aquí genera expectación–No sabia bien a que se refería hasta que se acerco a la ventana.

Desde el parque y la calle que lo atravesaba unas mujeres miraban directamente hacia la casa.

—¿Que esta pasando?–comenté.

—Ninguna mujer vino nunca antes aquí. –un halo de misterio rodeaba aquellas palabras. — Que tu estés aquí, es algo que levanta expectación.–su mirada habia cambiado, volviéndose oscura y perversa.— Démosle un espectáculo digno a tu presencia.—sugirió con toda naturalidad.

—Ven aquí–ordenó.

Cual era el juego que habia ideado… era realmente la sorpresa. La oscuridad en su mirada, la expresión de su gesto, todo me hacia presagiar que el Martin vulnerable habia desaparecido y volvía a estar al mando, el Señor diablo.

Obedecí como si fuese su secretaria. Sin cuestionarle, sin discutir, simplemente acudí.

—Buena chica. –me dijo sonriendo.

Me sentí orgullosa de mi misma al escuchar como me apremiaba. Después de tanto tiempo, temiéndole, odiándole, e incluso despreciándole, ahora me descubría obedeciendo a su orden. ¿Qué demonios me pasaba?

Avance por la habitación hasta estar junto a él. Sin saber cual era su retorcido juego, me prestaba a ello accediendo a su voluntad.

Sujeto mis manos en las suyas. Acariciando mis muñecas con la yemas de sus dedos, me dejaba escrita su advertencia.—No te muevas–. Quieta Como una estatua se clavaban mis tacones en la exquisita porcelana.

—Muy bien señorita–susurraba sobre mi piel acercando sus labios a mi cuello.– permíteme que te de un regalo.

¿Un regalo? ¿Porque debia regalarme algo?.

Interrumpí la magia del momento con mi queja. No quería que me obsequiara con nada, ni que me agasajara o intentara tentarme; no deseaba que me tratara de esa manera. No quería sentirme como una de esas mujeres que solían acompañarlo.

Entonces sentí la suavidad y la frescura de la tela rozando mis ojos.

—¿Qué es esto?–pregunte agitada por la sensación de indefensión en que me dejaba.

—Este es tu regalo mi preciosa abogada– el sonido seductor de su voz me hipnotizaba trasgrediendo mi voluntad de resistencia.—Déjate llevar Sabrina… disfruta de lo que te doy.

El calor de su cuerpo traspasaba su ropa encendiéndome. Sus manos acariciaban mi silueta llevándome a un lugar desconocido para mi.

—¿Qué es esto? —pregunté, agitada por la sensación de indefensión en la que me dejaba.

—Este es tu regalo, mi preciosa abogada —el sonido seductor de su voz me hipnotizaba, transgrediendo mi voluntad de resistencia—. Déjate llevar, Sabrina… disfruta de lo que te doy.

El calor de su cuerpo traspasaba la ropa, encendiéndome. Sus manos recorrían mi silueta, guiándome hacia un lugar desconocido para mí.

—Está bien, pequeña, hoy vas a descubrir la verdad de tu placer — era enigmático y erótico a partes iguales. Me hablaba con dureza y, al mismo tiempo, me seducía—. Hoy vas a entender cuál es tu única verdad.

Fui incapaz de hablar, sin fuerzas para argumentar o desmentir nada de lo que él me decía. Tomé aire, intentando sofocar el ardor que invadía mi cuerpo.

—Martin… —solo alcancé a susurrar.

—Shhhh… guarda silencio —murmuró directamente sobre mis labios.

La vibración de su voz encendió mi boca, haciéndola salivar. Su dedo índice presionó mi labio inferior, forzándome a entreabrirlo mientras me incitaba, con provocación, a envolverlo y succionar de él.

Aquello me excitaba, avivando un deseo aún mayor.

Dejó caer todo su peso sobre mí, obligándome a retroceder hasta tropezar con una superficie lisa y helada. Quedé atrapada entre su cuerpo y aquella aliada inmutable que templaba mi piel, mientras su dedo se hundía un poco más, arrancándome un suspiro.

Mis labios eran insaciables. Querían más, lo buscaban con ansia, saboreando cada instante y encontrando el camino exacto para alcanzarlo. La humedad de mi boca se desbordaba sin medida, acompañando la fuerza con la que lo atrapaba, hasta que las comisuras se tensaron, incapaces de contener los restos de mi deseo.

—Bien pequeña… creo que lo estas deseando.–

Sentí como sus manos separan mis piernas, colocándolas en el punto correcto para sentirme expuesta. Fue entonces cuando el hormigueo comenzó a recorrer mi cuerpo, como si sus dedos se deslizaran por mi piel reaccionando a su tacto.

Aquel maravilloso cosquilleo siguió hasta llegar al vértice inferior de mi cuerpo. Justo ahí. Donde la locura de su dedo en mis labios causaba el mayor efecto.

—Date la vuelta y coloca las manos contra la pared– fue la orden seca y determinante.

En la oscuridad que me envolvía aquella frase sonó a ley. Me gire sobre mi, dejando atrás aquella pared fría y ahora eran las palmas

de mis manos las que templaban mi cuerpo al apoyarse sobre aquella gélida superficie.

Martin puso sus manos sobre las mías y presionando su cuerpo contra mi, encontró el hueco perfecto para susurrar en mi oído.

—Vas a quedarte justo ahí. Pase lo que pase no moverás ni tus manos ni tus piernas– la frase clara y concisa– expresa todo lo que sientas, di lo que desees, pero bajo ningún motivo te muevas. Sino saborearas otros aspectos del placer algo mas dolorosos.– aquello fue una advertencia echa promesa.

Dejé mis manos en el lugar que Martín había designado para ellas. Mis piernas, separadas, dejaban pasar el frío de aquella pared entre ellas, impregnando con más sensibilidad mi punto indefenso.

—Ahhh… —suspiré.

—Veo que te gusta —respondió.

Presionó con más fuerza mi cuerpo, señalando el punto exacto de confluencia conmigo, y allí me acarició con intención, sin que sus manos abandonaran mis caderas.

—Martín…

Mi espalda se arqueó hacia él, buscándolo en un acto desesperado. Y él respondió, dejándome sentir la verdad de aquella situación: su deseo.

Por la parte trasera de mis piernas subió su mano, lenta, decidida, hasta atrapar mi lencería ya arruinada, para luego arrancarla con fuerza. No me importó. Ni el tirón que probablemente había marcado mi piel, ni el destrozo que las había dejado inservibles. No me importó, porque solo podía desearlo.

Aquel gesto salvaje y violento me desató, y comencé a insistir en mi búsqueda.

Él acercó sus manos a mi cabeza y, despojándome de mi pequeño compañero, me mostró la realidad.

Estaba frente al gran ventanal. Desnuda y apoyada sobre él, me exhibía a todos como en un escaparate.

No podía creerlo… cómo los niños jugaban en el parque mientras yo lucía como un maniquí desnudo.

—Que todos vean quién es tu dueño —me reclamó con voz ronca y abrupta, obligándome a mirar a través del cristal.

Aquella intención perversa y autoritaria me tomó por sorpresa.

Sentía la tensión en mi cuerpo, la contradicción entre la vergüenza de ser expuesta y la excitación de pertenecerle.

Él recorrió mi espalda con la palma de su mano, firme, descendiendo hasta detenerse en la curva de mis caderas. Me sostuvo con fuerza, dejando en mí la huella de su dominio.

—No apartes la mirada… —susurró cerca de mi oído, con un tono tan bajo que casi se confundía con mi respiración acelerada.

Yo obedecí, con el corazón golpeando en mi pecho, atrapada entre el vidrio y su presencia imponente, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera él.

Una palpitación sutil recorrió mi piel, rozando mi centro más vulnerable. El temblor, intenso y cadencioso, hacía vibrar mi cuerpo con la misma fuerza con que golpeaba mi intimidad, abriéndose camino sin tregua. El martilleo armónico desbordaba mis límites, poniendo en jaque mi resistencia, mientras mi respiración, vehemente y entrecortada, ahogaba los jadeos que salían sin permiso.

Todo acontecía en aquella habitación suspendida en el tiempo.

Cada gesto, cada estremecimiento, se dejaba ver a través del gran ventanal, como si el mundo entero fuera testigo de mi entrega. Y sucedía así, sin más, con la naturalidad de lo inevitable: lo que tantas veces había imaginado en noches de soledad, cuando lo evocaba con desesperada ternura; lo que había anhelado desde el instante en que lo vi cruzar las puertas de Inferno.

Ni la sombra de la mafia ni el filo del miedo lograron apartarme de él. Yo ya estaba perdida… y, en esa perdición, me encontré a mí misma.

—No pueden verte…–susurro directamente a mi oído.

Aquella confesión me quebró. El morbo que descubrí al saber que no seria vista mientras dejamos a nuestros cuerpo abandonarse a la agitación del encuentro.

—Muéstrame que no me equivoque contigo… –susurraba desde la parte de atrás de mi cuerpo.

Y me rompí en un estallido de placer a su orden. Tensando cada músculo, me preparé para la inevitable llegada y demandando de él, busque su piel en un esfuerzo desesperado por compartir mi orgasmo. Mientras mi cuerpo, se contrajo albergando aquel objeto dentro de mi como si quisiera fundirlo conmigo.

—¿Aceptarás mi trabajo…? —el hilo de su voz fue un asalto directo a mi conciencia.

La debilidad del orgasmo que había precedido al éxtasis llegó de golpe, dejándome sin palabras para contestarle. Cuando mi cuerpo exhausto y débil intentó enderezarse, fueron las fuerzas las que me abandonaron, inclinándome a desplomarme sobre mí misma.

—Te tengo… —fue lo último que escuché justo antes de notar cómo mis pies se elevaban del suelo—. Déjame cuidar de ti…

Me entregué por completo a sus caricias, permitiendo que disiparan los restos de la tensión que minutos antes me había recorrido. Cuando me depositó sobre aquella gran cama, pensé que quizá esa noche sería, por fin, la que me permitiría saber cómo era sentirse amada por aquel hombre.

Pero no fue así. Se tumbó junto a mí, acariciando mi espalda con los dedos, recorriéndola desde la cintura hasta los hombros. Continuó hablándome en un tono delicado, ligero, mientras su aroma me envolvía por completo y el calor de su cuerpo me animaba a descansar.

Cuando el sueño comenzaba a vencerme, se aseguró de arroparme con una suave manta y acomodó mi cabeza sobre la almohada de satén. Luego, lentamente, me dejó instalada en el reposo.

Sentí cómo su peso abandonaba la cama, dejándome allí sola, con mi cansancio y mi frustración.

CAPITULO VI. CAMBIO DE JUEGO…

Al despertar a la mañana siguiente, el recuerdo de todo lo ocurrido me golpeó de lleno. La ilusión de creer que pasaría la noche conmigo se disipó en mi mayor frustración: se había levantado y me había abandonado.

Ese vacío me llevó a evocar su petición, la que aún resonaba en mi mente como una orden disfrazada de súplica: Necesito que trabajes para mí. Nunca respondí, aunque —sin saber por qué— me invadía la extraña certeza de que, en algún momento, ya lo había aceptado.

Me perturbaba pensar en los sentimientos que habían germinado en mí durante los últimos meses. Eran emociones nuevas, intensas… y me aterraban. Y sin comprender cómo ni cuándo, me descubrí trabajando para él, atrapada en una red invisible.

Confundida, recogí mis cosas con manos temblorosas y salí de aquella habitación que, de repente, se me antojó fría y desprovista de vida, como si nunca hubiera sido mía.

—¿Te marchas sin despedirte? —la voz de Martín surgió desde algún rincón de la casa, profunda, firme, imposible de ignorar.

—Eh… tengo cosas que hacer… se me ha hecho muy tarde —balbuceé, tratando de ocultar mi nerviosismo.

—No tienes nada que hacer. Ya me encargué de despejar tu agenda —respondió con una seguridad que heló mi sangre—. Recuérdalo: ahora trabajas para mí.

Sus palabras, tan directas y calculadas, despejaron de golpe todas mis dudas. Y algo me decía que lo que había firmado no se limitaba a un simple contrato.

——No puedes inmiscuirte en mi trabajo. Aún no he aceptado nada —protesté, la furia encendiendo mi voz ante la soberbia con la que me hablaba.

—¿Estás segura de eso que dices? —me retó, y no fue solo con palabras. Su mirada, su postura, su aura de dominio… todo en él era un desafío.

—Por supuesto. No eres dueño de mi vida —sentencié, tratando de poner fin a una conversación que parecía recién comenzar.

Salí por la gran puerta de cristal con el corazón desbocado, en la certeza de que mi mundo acababa de salirse de control. Afuera, el aire fresco me golpeó como un recordatorio cruel de que lo que estaba ocurriendo era real.

Pasé por casa unos minutos, lo justo para recomponerme, y luego me dirigí a la oficina. Al llegar, todo parecía igual que cualquier otro día: los mismos saludos, los mismos papeles sobre el escritorio, la rutina de siempre… Pero yo ya no era la misma. Algo había cambiado, y el peligro latía bajo la superficie.

"Este hombre se piensa que con un chasquido dedos, puede alterarle el mundo a cualquier persona."

Sabía de las raíces que ese tipo de familias podía tener, pero yo trabajaba para el Estado, y ahí realmente no les interesaba meterse.

—Buenos días, Sabrina —me saludó con entusiasmo Maya—. Cuando puedas, Antonio quiere verte en su oficina.

—Bien, dame un minuto que termine de encender el PC y estoy con él —respondí de inmediato.

Antonio, mi supervisor, meticuloso y controlador —como no iba él a revisar los posibles avances—, solía reunirnos con frecuencia para comentar cómo encauzar los casos en los que trabajábamos.

"Seguramente quiera ver cómo recuperar el caso de la vendetta mafiosa", pensé mientras caminaba hacia su despacho.

Al llegar, lo encontré hablando por teléfono. Llamé suavemente a la puerta y, con un gesto de la mano, me invitó a pasar y sentarme.

—¿Me has llamado, Antonio? —pregunté cuando terminó su llamada.

—Sí, Sabrina —respondió con firmeza—. Desde hoy empezarás en el departamento legal de delitos financieros.

Me quedé boquiabierta.

—Quedas fuera de tus casos con carácter inmediato. Pasarás a colaborar con el agente García —añadió, más serio de lo habitual.

—Pero, Antonio… —protesté, confundida—. No lo entiendo. ¿Por qué se me traslada de departamento?

—No lo tomes así. No es un castigo. Es una oportunidad para avanzar más —aclaró, intentando convencerme—. Vas a adquirir una experiencia a la que pocos tienen acceso. Créeme, será valioso para ti.

Salí de aquel despacho con una foto y un triste lapicero en mis manos. Era lo único que me apegaba a aquella oficina, nada mas podría suponer una resistencia a marcharme de alli, salvo las chicas. Mis amigas y compañeras, mucho mas valiosas que la pocas pertenencias que tenia y que podían mudarse junto a mi sin problemas. Fuero duro marcharme de alli dejándolas a ellas detrás.

El nuevo destino se encontraba al otro extremo de la planta superior: una sala enorme de espacios abiertos, con decenas de cubículos ocupados casi en su totalidad por hombres. El ambiente estaba cargado de testosterona.

“Genial, soy la única mujer”, pensé con resignación.

No debería suponer un problema; al fin y al cabo, venía a trabajar. Pero la ausencia de mis compañeras iba a ser un reto mayor que cualquier caso.

“Justo ahora, cuando más las necesitaba…”

—Señorita Soler, ¿podría usted acompañarme? —la voz grave de un hombre de mediana edad me sacó de mi ensimismamiento.

Asentí y lo seguí hasta una oficina acristalada al fondo de la sala.

—Por favor, tome asiento —me indicó con un gesto cordial.

Se sentó frente a mí, tras la mesa de cristal, y comenzó su discurso:

—Bueno, señorita Soler, la han transferido desde el departamento penal al área de delitos financieros. Quizá se esté preguntando por qué… —dejó una pausa inquietante en el aire.

No respondí. Había preguntas que era mejor dejar sin contestar.

—Pues bien, yo le responderé. Estamos llevando a cabo una investigación junto con la policía fiscal para destapar un posible blanqueo de capitales. Una trama que va desde un simple delito fiscal hasta, posiblemente, algo penal. Y es ahí donde su experiencia resulta tan valiosa.

—Imagino que es mi experiencia en penal lo que me trae hasta aquí —aventuré.

—No solo eso. No se subestime —respondió con un destello en los ojos—. Su amistad con Martín Cachemira la convierte en un activo indispensable.

Ese nombre me atravesó como un disparo. Martín.

—¿Mi amistad con Martín Cachemira? —repliqué, ofendida y sorprendida—. ¿De qué amistad me está hablando?

El hombre, que debía rondar los cuarenta, me observaba con un gesto afable.

—Señorita Soler, sabemos que el señor Martín ha interactuado con usted en varias ocasiones —explicó con calma—. La policía lleva más de un año siguiendo los pasos de estas personas, y en los informes su nombre ha aparecido en más de una ocasión.

—Puedo salir a cenar con muchas personas, y eso no significa que comparta sus actividades comerciales —respondí con frialdad, intentando ocultar el calor que subía a mis mejillas al recordar aquellas cenas con Martín.

Porque sí… había algo más. La forma en la que me miraba, como si quisiera desarmarme con un simple roce de sus labios. El modo en que su voz grave se colaba en mis pensamientos, incluso cuando lo detestaba.

—Por supuesto. Lo único que necesitamos es que nos ayude a conducir la investigación… —se interrumpió, midiendo sus palabras —. Martín nos dijo que usted podría ayudarnos.

Ahí estaba la verdad tras el misterio: Martín. Siempre Martín, cruzándose en mi vida, jugando con mis límites.

—Pero… —traté de comprender, sin lograr ocultar el temblor de mi voz.

—Tranquila, él te lo explicará —sonrió el agente, buscando complicidad.

Y yo lo supe. Él estaba detrás de todo. Quería que yo formara parte de esto. Quería tenerme cerca, aunque fuese bajo el pretexto de una investigación.

Durante dos horas, el agente García me relató cada detalle de la trama: el socio de Martín llevaba años evadiendo impuestos mediante una red que movía dinero hacia paraísos fiscales. No era lo único: las redadas recientes habían destapado un complejo sistema de blanqueo que operaba en distintos sectores de la economía nacional. En muchos documentos aparecía un nombre que comenzaba a ser demasiado repetido: Armando Bástelo.

Y entonces lo comprendí. Martín quería que yo participara en esto. Quería asegurarse de que Bástelo fuese investigado y, al mismo tiempo, proteger a su hijo.

"Chico listo", pensé, mordiéndome el labio sin darme cuenta. Ese gesto que tantas veces le había arrancado una sonrisa insolente.

El agente me miró con cierta diversión.

—¿Soñando, Sabrina?

—No, disculpa… ¿qué decías? —respondí, fingiendo despiste.

—Nada importante. Nos vemos mañana, si le parece —contestó con prisa, dando por concluida la reunión.

Salí de aquel despacho amplio y luminoso con la cabeza llena de preguntas. Cogí mis cosas y me marché a casa. El día había sido intenso. Necesitaba tiempo para asimilarlo.

Una vez más, Martín irrumpía en mi vida. Con sus secretos. Con sus juegos peligrosos. Con esa tensión que me consumía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Me dije a mí misma que él no sería quien tuviera la última palabra en esta extraña relación.

Relación o no, lo cierto es que entre nosotros se había creado un perverso juego de poder, de silencios y provocaciones veladas.

Cada gesto, cada palabra, parecía tener un doble sentido, una intención oculta que ninguno reconocía.

Y, aun así, a veces me preguntaba si realmente sentía algo por él o si simplemente me atraía la emoción de desafiarlo… aunque en el fondo temiera que, cuando todo terminara, ya no quedaría nada de mí que no llevara su marca.

Sabía perfectamente dónde encontrarlo, y esa noche decidí que sería yo quien tuviera la última palabra.

No permitiría que siguiera dictando las reglas de aquel juego extraño y peligroso que él mismo había comenzado.

Esta vez, la partida sería mía.

Una hora antes, en casa, me observaba frente al espejo. No buscaba un atuendo: buscaba un arma.

Cada movimiento era un paso, calculado, casi ritual.

No me vestía para gustarle, sino para desarmarlo. Para que, cuando me viera, olvidara todo aquello que creía controlar.

Elegí un vestido corto, medido al milímetro, rozando la frontera entre la elegancia y la provocación.

Un tejido, oscuro y suave como la medianoche, que se deslizaba sobre mi piel con la precisión de una caricia premeditada.

El escote insinuaba lo justo, dejando a la imaginación el papel más importante de aquella ecuación. Y a la vez peligroso…

No era simple vanidad: era pura estrategia.

Cada curva, cada sombra, cada detalle, hablaba un idioma que él conocía demasiado bien. Todo estaba estudiado.

El perfume, la mirada, el modo en que me movía. Mis labios dibujando una sonrisa antes de pronunciar su nombre. Nada quedaba al azar. La escena perfecta para que su atención se centrara en mí… solo en mí.

Y cuando el reloj marcó la hora, el aire se volvió diferente.

Mi pulso era un golpe suave contra mis muñecas, un recordatorio de lo que estaba a punto de ocurrir. Ya no había miedo ni preocupación.

Solo una calma peligrosa… la certeza de que, esa noche, él entendería que mis palabras —fuesen de despedida o de desafío— serían imposibles de olvidar.

Cuando llegué a las puertas del Inferno, pensé que ya no había vuelta atrás.

Al acercarme, uno de sus gorilas me esperaba.

—Buenas noches, señorita Sabrina. El señor Martín no se encuentra esta noche en el local —dijo sin que yo le preguntara nada.

—Perdona… ¿pero cómo sabes que busco a Martín? —pregunté con curiosidad.

—Tengo instrucciones precisas, por si usted aparecía por aquí —hizo una pausa antes de continuar—. En esta ocasión, el señor no está aquí, y ordenó que, si venía, la llevásemos ante él.

El tono de aquel hombre era distinto al que recordaba. No sé por qué, pero tuve la impresión efímera de que me hablaba con cierto respeto.

—El señor Martín dejó dicho que le facilitáramos la posibilidad de llegar hasta donde él está —volvió a detenerse unos segundos—. Si es usted tan amable…

Me sorprendió aquel ofrecimiento.

—Puedo ir yo, si me dicen dónde es —reaccioné con desconfianza.

—Eso no es posible, señora —contestó de inmediato.

Había entendido el mensaje: desconfiaba de él.

Cogió su teléfono y, sin decir palabra, marcó un número de su agenda.

—Señor, ella está aquí. Pero no parece confiar en lo que decimos —guardó silencio, escuchando la respuesta al otro lado—. Entendido.

Aquel hombre inmenso se acercó hasta mí. Su estatura proyectaba una sombra que me hizo sentir pequeña. Cuando estuvo a mi lado, alargó su brazo ofreciéndome el teléfono.

—Le llaman.

—¿Sí? —pregunté con recelo.

Suponía que era Martín, pero no lo sabría con certeza hasta oír su voz.

—Sabrina… ¿qué estás buscando? —su tono rudo y autoritario me golpeó de lleno.

Por un instante, mi arrogancia flaqueó.

—Necesito hablar contigo —respondí, desafiante.

—Entonces sube al coche de inmediato —ordenó, con esa forma dominante que tanto odiaba como deseaba.

—¿Qué coche? —repliqué.

—El que está delante de ti, esperándote. Mi hombre te llevará hasta mí.

Otra vez su juego. Su eterno y peligroso juego.

—Está bien… en breve nos veremos.

Estaba dispuesta a aceptar el reto. Tenía algo que decir en toda esa historia. Y aunque su juego me empujara al borde, esta vez no iba a caer.

El viaje duró algo más de una hora. ¿Me inquietaba mi destino? Sí… pero estaba segura de que valdría la pena. Me dirigía a un lugar desconocido, fuera de la ciudad. Pude haberme bajado en cualquier momento, pero no lo hice. Me quedé sentada en aquel sillón de cuero negro. De una forma extraña, confiaba en él.

—Señora, despierte… ya estamos llegando —anunció Jorge, el gorila que, tras más de una hora de silencio, se había vuelto casi un aliado inesperado.

El lugar que apareció ante mis ojos al abrir la puerta era distinto a todo lo que conocía de Martín.

La extensión de terreno que lo rodeaba estaba cubierta de árboles que le daban un aire de misterio. En el centro, una casa modernista, de líneas minimalistas, se ocultaba anclada a una pared natural de piedra. Parecía surgir de la tierra misma. Un lugar impersonal, tétrico… y perfectamente calculado.

—¿Qué es este lugar? —pregunté con cautela.

—Venga, acompáñeme —respondió sin mirarme.

Lo seguí hacia el interior de aquella fría casa.

Entré en una gran sala abierta. Algunos sillones formaban una "U" frente a una pantalla enorme, alrededor de una mesa baja rectangular. No había demasiados muebles. La estética minimalista dominaba todo. Solo un par de cuadros enormes rompían la monotonía: piezas que parecían tener un valor incalculable.

El espacio era diáfano, sin muros que interrumpieran el paso, salvo unos escalones que daban acceso a un pasillo lateral, donde reinaba una mesa de billar.

—Puedes marcharte, Jorge —una voz emergió desde el pasillo.

Jorge me dedicó una última mirada antes de desaparecer.

—Bien, señorita… ya estamos aquí. ¿Qué querías hablar conmigo? —preguntó mientras se acercaba.

El sonido de los hielos en su vaso rompía el silencio. En su mano derecha sostenía el trago; con la izquierda, en su bolsillo marcando indiferencia. Cuando me alcanzó, me sujetó por la cintura y rozó mi mejilla con un beso que más que un saludo, sonó a advertencia.

Después se separo prudencialmente de mi. Dejándome aire para respirar.

—He venido a hablar contigo —dije, tomando aire para sostener la voz—. Desde que terminó el juicio, no he vuelto a saber de ti.

Esperé una reacción, pero su expresión permaneció imperturbable. Me observaba con esa mirada de depredador que siempre lograba encender algo en mí.

Cálmate… tienes que resistir, me repetía una y otra vez, mientras la tensión me envolvía.

—¿Significa eso que ya terminó lo nuestro? —pregunté, desafiándolo.

Silencio. Solo su mirada, cada vez más intensa.

—Vamos, di algo, maldito orgulloso —murmuré entre dientes.

No habló. Solo avanzó un paso más, y luego otro. Acorralándome contra la pared, sus ojos me recorrían con una furia contenida. Podía sentir su lucha interna: el impulso de dominarme contra el intento de contenerse.

Sabía que estaba al límite. Y le ayudé a cruzarlo.

—Quizás fue un error venir —dije, fingiendo dar un paso atrás—. Si no vas a decir nada… debería marcharme.

Bastó eso para desatar al diablo.

En un movimiento brusco, me tomó por la cintura y me cargo sobre su hombro. El aire se volvió denso, casi irrespirable. Podía sentir el pulso acelerado que latía en su cuello, esa energía contenida que amenazaba con estallar en cualquier momento.

El silencio se volvió cómplice. Afuera, el viento golpeaba los ventanales con un murmullo grave, como si advirtiera lo que estaba a punto de ocurrir.

—Sabrina… dime que no, si quieres que pare —su voz vibró tan cerca que la sentí recorrerme por dentro. Cada palabra era una orden y una súplica al mismo tiempo—. Dímelo ahora, porque si no lo haces… no sé si seré capaz de detenerme.

Su respiración se mezclaba con la mía. El calor de su cuerpo me envolvía sin tocarme del todo, como si luchara contra su propio instinto.

Me estaba pidiendo permiso. Y lo sabía.

Durante un segundo eterno, respiré. Su mano acariciándome era fuego contenido, una tormenta a punto de romperse. Yo también ardía, pero en silencio. Sentía el temblor en mis manos, la presión

de su agarre, el vértigo de saber que el control se deslizaba entre nosotros, cambiando de dueño con cada respiración.

No dije nada.

El silencio fue mi respuesta.

Él lo entendió. O tal vez lo intuyó. La tensión se quebró, pero no desapareció: se transformó en algo más oscuro, más profundo.

En ese instante comprendí que ya no había retorno. Que lo que estaba a punto de suceder no dependía del deseo, sino del destino que ambos habíamos invocado sin decir una palabra.

Mi cuerpo colgaba sobre sus hombros. Sentía su respiración cerca, profunda, contenida, como si cada paso fuera una batalla contra sí mismo. El pasillo se extendía ante nosotros, iluminado por luces suaves que apenas rompían la penumbra.

Cuando se detuvo frente a una puerta, contuve el aliento. Esperé, expectante, a descubrir qué se ocultaba tras ella.

Al abrirla, un ambiente distinto nos envolvió de inmediato. Era una habitación oscura, casi gótica, donde el aire olía a madera y a deseo reprimido. Las paredes de piedra, frías y silenciosas, contrastaban con la luz cálida que caía desde los apliques del techo, bañando el lugar en un resplandor tenue.

En el centro, una cama de dosel de caoba se alzaba sobre dos escalones, vestida con sábanas de satén negro que brillaban apenas

con el reflejo de la luz. A los pies, un sillón de líneas curvas completaba la escena con una elegancia provocadora.

Del techo de vigas oscuras colgaba un columpio de terciopelo rojo, oscilando suavemente, como si esperara su momento. En el lado opuesto, un jacuzzi burbujeaba con un murmullo grave que parecía llenar el silencio.

A la izquierda, un gran aparador con un espejo ocupaba toda la pared, devolviendo una imagen distorsionada de la estancia: un espacio creado para el control, el poder y la rendición.

Ya estaba allí. Y aunque no me atreviera a decirlo en voz alta, lo deseaba con todo mi ser.

Él aún no lo sabía… pero aquella noche, sin importar cómo terminara, yo también sería parte de su destino.

CAPITULO VII. SIN CONTROL.

En un instante fui consciente de dónde estaba… me encontraba en una mazmorra.

Tan solo había estado en una antes: en la habitación privada del Inferno. Pero lejos de asustarme, me pareció hermosa.

Las luces LED del suelo, marcando los escalones, contrastaban con los apliques de luz cálida que envolvían el ambiente, creando una atmósfera tan sensual como inquietante. Todo allí parecía diseñado para intensificar los sentidos, para volver cada emoción más profunda, cada roce más vivo.

Quizás ese era su propósito. A fin de cuentas, todo lo que allí se viviera se sentiría de un modo especial… y, por ende, se intensificaría.

Yo estaba dispuesta a entregarme por completo a las manos de Martín. Él aún no sabía cómo reaccionaría, pero yo ya deseaba, con un ansia casi dolorosa, que me reclamase, que me hiciera suya plenamente.

Con sumo cuidado, bajó mis pies hasta el suelo y me dejó allí, frente a él.

—No te muevas —ordenó con voz firme y autoritaria. Una simple frase… pero bastó para que entendiera que el juego había comenzado.

Martín se acercó al sillón a los pies de la cama. De ambos lados sacó lo que parecían ser unos grilletes unidos por cadenas. Los dejó caer sobre el asiento con un sonido metálico que resonó en la habitación… como una declaración de intenciones.

—Hoy serás mía… de un modo o de otro lo serás.– casi lo susurraba entre diente mientras se aproximaba a mi.—Voy a hacer contigo lo que desee.

Su voz, ronca como una profunda tormenta, llenaba el vacío de la habitación.

No me sentí intimidada por aquellas palabras; al contrario, me estremecí en el gusto, con una mezcla de sorpresa y deseo.

El eco de su advertencia resonaba en lo más hondo de mí, en cada respiración podía sentir como mi ser se daba a él.

Se acerco a mi… acariciándome el cabello la vez que acercaba ligeramente sus labios a mi boca. Era una tortura deliciosa y llena de angustia. Yo mientras permanecía estática, como una figura de mármol, inerte sin vida. Pero ardiendo en mi interior al sentir como su mano agrupaba mi pelo, formando la coleta que sujetaba y de la que tiraba sin miramientos.

Me hizo temblar de impaciencia al sentir su autoridad. Enloquecía pensando en que vendría detrás de aquello, en como reclamaría mi

cuerpo y como seria saberse suya de una vez por todas.

La locura de su provocación me hacia sufrir, jadeando desesperada por sentir el siguiente paso.

Y Llego, llego el siguiente movimiento de él en mi cuerpo, cuando los dedos de su otra mano alcanzaron mi clítoris comprobando así mi nivel de humedad.

—Bien mi zorrita, estas mojada y lista para mi.— susurraba contra mis labios a la vez que los mordía.

Me era imposible hablar, la respiración acelerada apenas me daba opción a llenar de aire mis pulmones. Tampoco deseaba hacerlo, estaba decidida a entregarme y el dulzor que sus manos me daban eran mucho mas agradables que cualquier protesta.

Llevo sus dedos impregnados de mi a sus labios. Lamia de ellos, recreándose en cada lametazo que les daba. Tan solo estaba a unos milímetros de mi– podia oler perfectamente mi olor atreves de sus dedos– los lamia con lentitud, chupando cada uno de ellos con hambre y necesidad.

Permanecía mu pegado a mi, cuando su autoridad aumento, tirando con mas fuerza de mi pelo y obligándome a inclinar mi cabeza hacia atrás, hasta levantar mi mentón hacia él.

En ese instante volvió a pasar sus dedos entre mis piernas y los coloco de nuevo esta vez sobre mis labios.

—Abre la boca– ordeno con severidad— vas a probar a que sabe mi comida favorita.

Me impacto el pensar que debia chupar sus dedos que aun seguían cubiertos por mi esencia. Pero una vez asimilada la vergüenza de verme así, sometida, los chupe.

Primero, mire al suelo. Aun sentia algo de apuro ante lo que hacia. Después, los fui introduciendo dentro de mi boca. Conforme fui notándolo entendí que aquello me gustaba mucho mas de lo que podía admitir, y levantando la mirada a sus ojos, continúe haciéndolo con mucha mas pasión.

Podía ver como él, disfrutaba con lo que hacia. Aproximándose mas a mi su cuerpo, hasta invadirme con el calor que de él emanada.

—Muy bien– me dijo mientras una sonrisa traviesa cruzaba sus labios— eres muy obediente y como recompensa… vas hacerlo en otro lugar.

No sabia a donde se dirigían sus palabras. Mi excitación me traicionaba sin dejarme procesar lo que ocurría. Quizás como precaución o tal vez como entrega, pero lo cierto es que yo me dejaba llevar ante lo que Martin deseara.

Acto seguido, sacó sus dedos de mis labios. Me sentí frustrada en se momento, ante la ausencia de ellos. No podía seguir disfrutando de aquello que tantísimo placer me estaba dando. Él no se quedo quieto, su otra mano que sujetaba mi pelo, tiro con fuerza de el hasta hacerme bajar. Indicándome así, el lugar exacto donde él quería tenerme. Y me arrodille ante él.

Con bastante habilidad, fue desabrochando su cinturón y el botón de sus pantalones.

Los bóxer ajustados, apenas retenían el gran bulto que presionaba contra ellos, haciéndolos casi estallar de la presión. Con un solo dedo, el pulgar, tiro de ellos bajándolos, liberando definitivamente su pene erecto y duro.

Aquello me pareció inmenso, no habia visto otra como aquella. La tenia justo delante de mi cara – incluso podía sentir el olor de las gotitas de semen que la cubrían– y rozó con ella mis labios, irradiándole su calor .

—Abre la boca y traga como una buena puta– no dejo lugar a dudas de lo que pretendía. Y sin darme tiempo a reaccionar… la clavó dentro en mi boca.

Con un golpe de sus caderas contra mi cara, introdujo su pene completo en mi garganta.

Mi primera reacción fueron un par de fuertes arcadas. No se si por repugnancia o por el impacto que debió tocarme la campanilla. Pero mi estomago se revolvió pidiéndome vomitar.

Aquello no le freno… salió lentamente de ella dándome un pequeño respiro – imagino que no deseaba verse cubierto de vomito– para luego volver a entrar, esta vez con algo mas delicadeza.

Este nuevo ritmo me gusto mas que el primer impacto. Con el vaivén de sus caderas marcaba un ritmo constante y algo pausado. Una decadencia de entradas y salidas que me permitían chupar como una niña que disfruta de su helado.

Ese ritmo fue increíble. Con los golpes de pelvis aumento la fuerza y comenzaron a ser cada vez mas intensos y frecuentes.

—Te voy a usar de formas que no serias capaz de imaginar.– su voz era ronca y oscura.

Él embestía sin piedad alguna. Cada golpe seco y contundente, me hacia dar nuevas arcadas. Mientras mis manos masajeaban sus testículos, al mismo ritmo que su mano marcaba en mi cabeza.

Así estuvo hasta que no pudo mas… con un fuerte choque de sus caderas con mi cara, la clavo casi hasta la mitad de mi garganta. El gruñido que salió de su boca, retumbo en cada rincón de aquella estancia. Sentia como su cuerpo se contraía contra mi, a la vez que yo sentia como el liquido viscoso y caliente se derramaba por mi garganta hacia mi estomago.

—Traga– fue lo que dijo mientras apretaba mi cabeza contra su pubis.

Cuando salió de mi me miró.

Mi cuerpo estaba abrumado por lo que acababa de ocurrir, pero reaccione sin pensar. Pasé un dedo por mi labios, recogiendo los restos de su semen que pudieran haber quedado e impregnando mis dedos, los lleve de vuelta a mi boca.

—Gracias Martin— le dije con un hilo de voz que se escapaba entre mis continuos sofocos.

Él, dio dos pasos hacia atrás como si quisiera mirarme desde lejos. Me extraño que hiciera aquello, pero yo no estaba en disposición de

pensar. Vi orgullo en sus ojos cuando me miró– eso me desarmo por completo– y acercando su mano me ayudo a ponerme de pie.

—Eres increíble– fue lo que dijo mientras acariciaba mis sofocadas mejillas.

Recogiendo mis manos, me guio hasta el sillón de líneas curvas que se encontraba a los pies de la cama. E indicándome como debia de colocarme en el, abrochó los grilletes que colgaban a mis muñecas y tobillos.

Quede recostada sobre el.

Continuaba aturdida en la intensidad de lo vivido. Mi cuerpo vibrante esperaba paciente a que llegase el siguiente paso…

Pronto lo sentí, algo frio y suave rozaba mis nalgas desnudas. Desde mi angulo era imposible ver que se trataba y menos aun que era lo que hacia con el. Yo tan solo notaba el ligero cosquilleo que dejaba al paso el objeto que me recorría.

Unas gotas frías de un liquido viscoso fue lo que le presidio. Se deslizaban libres en una carrera desde mi culo hacia la parte delantera de mi cuerpo. Algo ligero y liquido que chorreaba entre mis nalgas goteando directamente en el sillón.

"¿Que puede ser?" intuía que podía tratarse de algún lubricante o loción, pero me preguntaba intrigada para que o necesitaría.

El objeto de metal despejo mis dudas… se deslizó recogiendo alguna de aquella gotas que fluían por mi culo, y presionando directamente

en mi entrada trasera, se fue introduciendo en mi anillo sin que se resistía. Su insistencia y la intención fueron dilatándome poco a poco, dejando paso para que aquel objeto entrara por completo.

Me sentia extraña e incomoda a la par. La sensación confusa de tener aquella especie de tapón presionándome, ensanchándome, me chocaba completamente con el nivel de excitación que causaba en mi clítoris.

"Ummmm, ¿como Puedo sentirme tan bien siendo una puta para él? "

Aquella pregunta era la que martilleaba en mi cabeza.

Me sentía capaz de todo, sin miedo alguno. Pero cada paso que daba era una exploración, un descubrimiento de lo que un deseo que desconocía, y que solo él podía ofrecerme. La curiosidad me guiaba más que la razón; el mundo se abría ante mí, y yo quería sentirlo todo.

Aquel pequeño objeto se movía dentro de mi. Martín guiaba el ritmo, pausado y contante, dándome el tiempo necesario para hacerme a el. Él era dueño del juego, me usaba, jugando conmigo, desarmándome hasta dejarme indefensa ante su dominio seguro e intimidante.

Yo en cambio me revolvía dentro del torbellino se sensaciones. No entendía cómo la entrega podía parecer una forma de libertad, cómo la vulnerabilidad se convertía para mi en deseo. Y sin embargo, allí estaba yo, feliz en su dominio, temblando de ambición entre la vergüenza y el placer.

Respiraba aceleradamente, tanto que me ahogaba con mi propio aliento. Un aliento que contenía cuando el contraste del frío me rozaba por dentro, y exhalaba con un temblor al abandonarme quizás de alivio, o tal vez de anhelo.

Así transcurrieron algunos minutos. Sentía una tensión constante en mi cuerpo, un ardor que pedía ser reconocido.

El dolor de mis pechos avisaron de mi necesidad. Unos pezones que se estremecían demandando una atención que anhelaban, una caricia que definitivamente los calmara y los saciara, pero no llegaba. Apoyada contra el sillón, la presión hacía que mi me proporcionaba la necesidad de sentirle más fuerte.

Busqué mi consuelo en un movimiento, obteniendo un roce que me supo a una pequeña victoria. Que me daba el escozor que me servía de tregua para templarme mientras mi humedad continuaba creciendo. Me urgía que aquello fuese a más. Aunque él marcaba el ritmo, mi necesidad se aferraba a cada contacto, buscando prolongarlo, hacerlo suyo…

Y llegó ese momento… Sentí sus manos sobre mis nalgas, apretando con una fuerza agresiva, y tirando de mí hacia él me inmovilizó de nuevo.

Volvía a estar atrapada –aunque realmente nunca habia dejado de estarlo, desde que lo conocí…

Mi culo se derretía contra su ardiente cuerpo… La presión crecía entre ambos, y en ese roce descubrí una parte de él que hasta entonces me había sido oculta.

Podía saber como se sentia… mas allá de la fachada de tipo frio y distante. Mas allá del tipo cruel y despiadado… habia un hombre y estaba tremendamente excitado.

Su pene duro y firme desafiaba mi entrada, avanzando con pequeñas punzadas. La tanteaba, incitándola a dejar de resistirse. Insistente, se fue abriendo paso a través de la humedad que emanaba, recorriendo su camino con determinación. Sentía cómo tensaba mi piel, cómo el placer y el leve dolor se entrelazaban en una misma corriente que me empujaba, definitivamente, a rendirme.

En esa entrega, mi cuerpo terminó por reconocer el suyo, dejándose someter por él. Encontró un ritmo propio —más lento, más profundo —, hasta que la tensión se disolvió en una sensación plena, casi serena.

Le tenía dentro. Esa era mi certeza, y me sentía afortunada por ello.

Mi cuerpo le pertenecía, y lo sabía. Se rendía ante él sin reservas, sin pensar, dejándose llevar por la urgencia de su piel.

—Dígame, señora abogada… ¿a quién perteneces? —preguntó con voz ronca, grave, dominando el silencio.

—A ti… soy tuya —respondí, sin control, sin filtro, dejándome arrastrar por la verdad que ardía en mis labios.

Mi cuerpo hablaba por mí. Cada palabra se desprendía del aire como una promesa, quedando suspendida entre nosotros, tatuándose en la piel, fundiéndose con el temblor de nuestros cuerpos.

La presión entre nosotros aumentó, despertando sensaciones que hasta entonces me habían sido desconocidas. El dolor de mi piel se mezcló con el placer, llevándome al límite de lo soportable, y aun así me rendía a cada roce y movimiento.

Mi rendición no le hizo abandonar su insistencia. Cada gesto era más firme y preciso, sincronizado como en un juego silencioso que me envolvía por completo. Su ambición le llevaba a desearlo todo y reclamaba cada parte de mí en sus embestidas.

Tirando suavemente de mi cabello, me alzó unos centímetros sobre el sillón que ya parecía formar parte de mi piel. Sentí el roce del aire sobre mi cuerpo, estremeciéndome mis pechos, recorriendo mi cuerpo sudoroso mientras él continuaba sumergiéndose en mi. Cada vez mas vigoroso, creciente, más intenso, más primitivo.

Con tres fuertes entradas, ya estaba suplicando por correrme. No soportaba más la necesidad de romperme por completo y poder gritar, desahogando toda la energía que contenía dentro de mí.

—Por favor, Martín… —susurré, dejando que mi voz se quebrara en el aire.

Él no estaba dispuesto a que aquel juego terminase ahí. Yo, con los ojos cerrados por tratar de controlar aquello que se fraguaba en mis entrañas y que amenazaba con explotar, abrí la boca buscando el frío de la noche que me templase. Pero no fue la noche la que llegó: ella… sentí que algo de goma se ensartaba en ella, dándome la opción de sofocar en él mis gemidos.

Abrí mis ojos, sorprendida. Me había puesto una mordaza que agradecí al poder canalizar en mordidas la frustración de no tener su

autorización.

—Bien, cada perrita necesita su bozal —fue lo que dijo, sintiéndose su tono demencial de satisfacción.

Ya no podía contestarle; tan solo podía babear como la perra que él quería que fuese.

Y me llevó al límite que nunca habría podido esperar…

Con sus fuertes manos apretó mis nalgas separándolas aun mas. PY preparándome para lo que tenia para mi, cubrió de resbaladizo lubricante mi culo.

Como si descorchase una botella, saco de mi al acomodado juguete que albergaba dentro. Cuando lo sacó me sentí vacía… anhelaba la sensación de estiramiento en mi ano. La que me llenaba por completo, como si toda la vida hubiera estado esperándole para ahora no querer deshacerme de el.

Balbuceé en señal de protesta al sentirme sin él. Martín entendió a la primera mi protesta y, riendo, se acercó hasta mi oído.

—¿Mi princesa echa de menos algo? —preguntó con ironía y recochineo—. No te preocupes, mi pequeña, no está en mis planes dejar ese bonito agujero vacío.

Antes de acabar de oir aquella frase, ya lo estaba sintiendo.

Su glande se clavaba directamente en mi anillo, traspasándolo casi por completo sin encontrar resistencia. Su pene estaba dentro de mi ano y se movía con soltura acomodando mi musculatura a su diámetro para hacerlo menos doloroso.

Intenté respirar, pero el aire se me quedó atrapado en la garganta, entre el temblor y la entrega.

Cuando entró completamente retuve el aliento en mis pulmones, pausando mi garganta que se ahogaba en la lucha por no contraerme. Pasaron unos segundo hasta que pude volver a respirar. Por un momento, solo existía la sensación de estar completamente llena de él, envuelta, perdida.

No se movió. Durante unos segundos permaneció inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Mi mente oscilaba entre la incredulidad y el deseo, entre la confusión y la necesidad de que no se detuviera ahí.

Fue entonces cuando sentí su mano, firme y decidida, descender entre mis piernas. Un nuevo impulso de placer me recorrió, tan intenso que apenas pude contener un gemido.

Un gran consolador vibraba como una cigarra atrapada dentro de mi. La pequeña protuberancia que sobresalía de el, golpeaba sin piedad mi sensible clítoris. Era una tortura exquisita, una mezcla de dulzura y desesperación que llevaba mi cuerpo al límite y mi mente a la rendición total.

En ese instante, él comenzó a moverse. Martín marcaba el ritmo, lento y cadente, mientras cada sensación se mezclaba en una

sinfonía que me envolvía por completo. Mi cuerpo ya no me pertenecía: era solo un reflejo del deseo que él provocaba.

Las babas que de mi boca chorreaban por mi barbilla lubricaba mi pecho adoloridos. El aire se me escapaba entre suspiros entrecortados, y mi mente oscilaba entre la rendición y la locura. Sentía cómo todo dentro de mí se tensaba, cómo cada fibra vibraba al compás de algo que ya no podía controlar.

Y fue así, en medio de esa marea, como me rompí para él.

—¡Ya! Entrégame lo que me pertenece… —la orden quedó suspendida en el aire, pesada, vibrante.

El silencio solo se rompió con mis propios gemidos ahogados, cuando la intensidad del momento me desbordó por completo. No supe si fue dolor, deseo o rendición… solo sentí que todo en mí se quebraba, que ya no había barreras entre su voluntad y la mía.

Aquel clímax me desgarró por completo, dejándome exhausta sobre el sillón, tratando de recuperar el aire que se negaba a volver a mis pulmones.

Él terminó apenas unos instantes después, con un gruñido profundo y primitivo que quebró el silencio que yo misma había dejado. Durante un momento, el tiempo pareció detenerse, suspendido entre la calma y el temblor que aún recorría mi cuerpo. Su cálido semen inundaba mi pequeña cueva.

Su esencia salía de mi, brotando como un manantial de aguas termales. El silencio que siguió fue denso, casi reverente. Solo se

rompió cuando Martín, con un gesto lento, desató los grilletes de mis muñecas y tobillos. Las cadenas cayeron al suelo con un sonido metálico que marcó el final de algo que ninguno de los dos podía nombrar.

Con sus fuertes brazos me ayudó a levantarme de allí. Rodeada entre ellos, me cargó contra su cuerpo, como si no quisiera que perdiera el calor que aún me envolvía. Me llevó hasta la cama, donde, al recostarse conmigo, continuó acurrucando mi cuerpo mientras me besaba y acariciaba con ternura.

Yo me sentía hechizada por todo aquello. Era suya, no tenía la menor duda de que así era. Me había sentido la mujer más entregada, la más sumisa, y había disfrutado de serlo. Tanto, que sabía que me había arruinado para siempre: ningún hombre, después de él, podría estar a su altura.

Todos aquellos pensamientos me abrumaron, llenándome de un miedo tan profundo como el deseo que había compartido junto a él. Si el día en que le conocí supe que mi vida había cambiado, ahora comprendía que debía alejarme de él para siempre.

Comprendí en ese instante que entregarme no era perder, sino fundirme con su fuego; dejar que la intensidad me atravesara y, en ella, encontrarme a mí misma. Sentí cómo cada fibra de mi ser vibraba con la mezcla de deseo y miedo, cómo cada latido me recordaba lo difícil que sería renunciar a alguien que había llegado a ocuparlo todo dentro de mí. Sabía que no podía permitir que nuestros mundos siguieran cruzándose. Aunque no quisiera, debía apartarme. Y esa certeza me rompía por dentro: quería quedarme, pero sabía que quedarme sería perderme a mí misma.

Él dormía apacible, tranquilo. Al mirarlo, podía parecer frágil… pero no lo era. Sabía que era un hombre fuerte, de carácter firme y resistencia inquebrantable. Lo observé con una mezcla de admiración, amor y dolor. Quise creer que mi partida no le afectaría; al fin y al cabo, ¿qué podía ser yo para él? Una más, tal vez. Pero la verdad era que mi corazón se resistía a dejarlo ir, y cada instante en su presencia me recordaba lo mucho que lo deseaba y lo imposible que resultaba ese deseo.

Salí con cuidado de la cama para no despertarlo, recogí mis prendas y me dirigí a la puerta. Solo me permití, una vez, mirar hacia atrás. Dos lágrimas cruzaron mis mejillas. Me dolía dejarlo ahí, me dolía admitir que lo necesitaba, que me sentía suya por completo, y al mismo tiempo que debía marcharme para proteger lo que aún quedaba de mí. Sentía un vacío extraño, un hueco que nadie más podría llenar, y sin embargo, sabía que permanecer a su lado no traería más que destrucción de mi propia vida.

Sin volver a girarme, abandoné aquella habitación, dejando una simple nota sobre el recibidor:

“Por favor, no me busques.”

Cuando llegué a casa, preparé mis maletas. Cada objeto que guardaba parecía un símbolo de lo que dejaba atrás, y mientras lo hacía, sentía un nudo en la garganta y un temblor en el estómago. Sabía que Martín no cumpliría con lo que le había pedido. Era un hombre autoritario, y no se conformaría con renunciar tan fácilmente a algo que consideraba suyo. Y, aun así, debía aceptar que mi libertad y mi paz eran más importantes que cualquier vínculo que pudiera tener con él.

Iñaki me había ayudado a encontrar un lugar seguro donde refugiarme por un tiempo, mientras todo se calmaba y yo intentaba recomponerme… o, al menos, aprender a respirar sin él. Sentía miedo, tristeza y un extraño alivio al mismo tiempo. Era una mezcla de dolor y liberación, de nostalgia y fuerza; y mientras cerraba la puerta tras de mí, sentí que dejaba atrás más que un hombre: dejaba atrás una versión de mí que ya no podría volver a ser.

….

Con el paso del tiempo, el recuerdo de Martín comenzó a diluirse, deshojándose entre los días como un perfume que se resiste a desaparecer del todo. Cada instante sin él llevaba consigo un eco de lo vivido, un susurro que insistía en volver, aunque quisiera olvidarlo.

Aun así, en las noches más silenciosas, cuando todo está en calma y la oscuridad envuelve la habitación, a veces creo sentirlo cerca. Un roce en el aire, un calor imposible, un temblor que recorre mi piel… y por un instante, todo vuelve a ser real.

Entonces comprendo que hay juegos que, por más que uno intente cerrar, siguen respirando bajo la piel. Permanecen como un latido secreto, como una historia que nunca termina del todo, que sigue viva en el espacio entre el deseo y la memoria. Aguardan a ser recordados, y aunque uno crea que ha seguido adelante… todo puede volver a comenzar de nuevo.

Aunque intenté borrar su recuerdo, hay rincones de mi piel que aún esperan su regreso. Entre sábanas vacías y susurros de lo que fue, percibo su presencia como un eco que no desaparece, su sombra rozando mi memoria en cada instante.

Y cada noche me invade la certeza de que aún me busca, mientras yo, sola, lo recuerdo en mi cama… con un deseo silencioso y un anhelo que no sabe dormirse. En lo más profundo sé que esta historia no ha terminado, y que quizá, cuando menos lo espere, volverá a comenzar…